



Tona Ina

La misteriosa Luz del mar en el Caribe

María Suárez Toro

Ilustra Héctor Gamboa Goldenberg





Tona Ina

La misteriosa luz
del mar en el Caribe

Crónicas

María Suárez Toro
Ilustra Héctor Gamboa Goldenberg

CR863.44

S939t2

Suárez Toro, María

Tona Ina: la misteriosa luz del mar en el Caribe crónicas / María Suárez Toro; ilustrado por Héctor Gamboa Goldenberg / Centro de Investigaciones sobre Diversidad Cultural y Estudios Regionales (CIDICER). -- 2. ed.--San Ramón, Alajuela : Centro de Investigaciones sobre Diversidad Cultural y Estudios Regionales (CIDICER), Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica, 2024.

Recurso Electrónico: archivo de texto, digital, PDF; ilustraciones a color

ISBN: 978-9930578087

1. LITERATURA COSTARRICENSE - CUENTOS. 2. CONSERVACION DE LOS RECURSOS MARI-NOS-COSTA RICA I. Gamboa Goldenberg, Héctor , il. II. Título.

Créditos

Comisión Editorial del CIDICER
Dra. Luz Marina Vásquez Carranza
Dra. Magdalena Vásquez Vargas
Dr. Minor Herrera Valenciano
Dr. Mauricio Arley Fonseca
M.L. Elena Valverde Alfaro
Lic. Damián Herrera González

Centro de Investigaciones sobre Diversidad Cultural y Estudios Regionales, CIDICER
Universidad de Costa Rica
San Ramón, Alajuela - Costa Rica
Correo electrónico: cidicer@ucr.ac.cr
Sitio web: <https://cidicer.so.ucr.ac.cr>

Ilustrador: Héctor Gamboa Goldenberg
Diagramación: Francela Zamora Fernández
Corrección de estilo y edición: Raquel Victoria Wintter Vargas

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni puede ser registrada o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, magnético, por electroscopio, por fotocopiadora o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la autora o de la editorial.

Dedicatoria

A mi madre, Maribel Toro del Valle (1922-2020), en agradecimiento.

Los trazos indelebles suyos están en mi ADN mitocondrial¹ con su fuerza telúrica celular y también el ADN “mito²-condrial”³, porque me enseñó a imaginar la vida como la quería vivir yo, a expresarla y escribirla sin tapujos, asumiendo las consecuencias de mis gracias y desgracias.

-
- 1 **Mitocondria:** Células que generan estructuras pequeñas que producen energía en casi todas sus células y lo hacen mediante la combinación de oxígeno con las moléculas de combustible (azúcares y grasas) que provienen de los alimentos; son heredadas de la madre.
 - 2 **Mito:** Narración protagonizada por personajes fantásticos, ubicada fuera del tiempo histórico, que explica o da sentido a determinados hechos o fenómenos.
 - 3 **Condria (chondria):** Sufijo que significa ‘que tiene gránulos en la composición celular.

Índice

Reconocimientos	8
Introducción.....	14
1. Tona Ina y la misteriosa cueva de un pez león en Cahuita.....	20
2. Los tesoros de los piratas del Caribe Sur	30
3. El sonado galeón portugués en Cahuita.....	48
4. El accidentado viaje de dos barcos esclavistas entre Dinamarca, África y Costa Rica ...	62
5. El uso de la biomimética para controlar invasiones en Talamanca	80
6. La niñez del Caribe Sur y el pez león	92
7. La africana Nicolasa Mina.....	104
8. El misterioso bosque de árboles de corales en el mar: los Cayos de Florida.....	116
9. Potí, un buen pirata con ojo de vidrio en Cahuita.....	128
10. El viaje de El Barco Fantasma en Manzanillo	138
11. A 310 años desde la llegada de los barcos daneses	158
12. Las damas de los corales.....	166

Reconocimientos

Más que un agradecimiento por el aporte a las crónicas de viaje de Tona Ina, deseo homenajear a quienes lo escribieron conmigo. Este libro me recuerda a *Fuenteovejuna*, pues el pueblo del Caribe es el protagonista colectivo, como aquel creado por Lope de Vega en su obra maestra *Fuenteovejuna*, donde toda su gente asume la responsabilidad de haber cometido un delito por el cual se busca un responsable. En este drama, la autoridad se enfrenta ante un pueblo que se ha unido para defender su territorio.

Algunos detalles de este libro son similares a la obra de Lope, aunque, para efectos de responsabilidad social y literaria, asumo que he recopilado las voces de muchos, construyendo una nueva narrativa desde el fondo del mar Caribe, sus costas y las vivencias de su gente. Fue escrito a partir de archivos desempolvados, de escasos libros sobre el tema, pero, especialmente, recuperando prácticas ancestrales de buceo y de gestión comunitaria, las cuales actualmente coordina el Centro Comunitario de Buceo Embajadoras y Embajadores del Mar (CCBEM-Caribe Sur) en el Caribe Sur, para destacar los rasgos culturales en la búsqueda de la identidad de naufragios que se encuentran a lo largo y ancho del mar Caribe, entre Cahuita, Puerto Viejo y Manzanillo.

Al comienzo intenté escribir un ensayo y luego un reportaje sobre esto, pero siempre lo mezclaba todo en el intento; los cuentos y las crónicas de viaje que contaba en escuelas, colegios, programas de radio, entrevistas y escritos en las redes sociales, se me colaban. Todo lo anterior era tan importante como las investigaciones, pues trataban de las prácticas de nuestra juventud en su búsqueda del buceo, las historias orales de sus precursores, las investigaciones complementarias no escritas y las entrevistas a los abuelos y las abuelas.

Escuché las voces de pescadores, buceadores y *elders*⁴ que nos antecedieron; de arqueólogos e historiadores que también conocieron e investigaron los temas aquí narrados en forma literaria; y también de gente que supo transmitir esos acontecimientos de boca en boca, a través de los tiempos. Agoté la posibilidad de escribir un ensayo, y cuando ya casi me daba por vencida, Héctor Gamboa Goldenberg lo leyó minuciosamente y me sugirió crear un personaje cuya misión sería narrar los viajes al fondo del mar y los hallazgos de acontecimientos ocurridos. Le agradeceré por el resto de mi vida porque Tona Ina se convirtió en ese personaje colectivo ancestral anclado en la actualidad por una gestión comunitaria en buceo scuba en el Caribe, que investiga naufragios. Ella es personaje y narradora, y también cronista de todos los tiempos. Agradezco a Héctor, además, por la interpretación tica de los acontecimientos expresados en sus increíbles ilustraciones que invitan a bucear más allá del deporte.

Agradezco a mis primeras lectoras y lectores del texto: Olga Goldenberg, a la memoria de Cristina Zeledón, Constanza Rangel, Anabel Contreras y Abraham Goldewitch. Estoy agradecida por sus críticas y sus aportes al texto inicial de esta alma puertorriqueña, que aunque ha vivido en Costa Rica 47 años y se ha nacionalizado, sigue siendo boricua en esa reconocida sintaxis puertorriqueña que se filtra todo el tiempo en sus escritos. Ellas no son responsables de mis excesos, los cuales respetaron, pero sí de las mejoras hechas en esta obra.

El trabajo fuerte de edición recayó en las manos de Guadalupe Urbina, quien conoce las ocurrencias de mi alma escribana, así como mis limitaciones para expresarme en el lenguaje escrito. Ella ha sabido dejar intacto mi espíritu en una narrativa mucho más fluida y elegante, además de colocar mi voz investigadora con la de Tona Ina como cronista.

A Laura Wilson, por su generosa introducción que resume tanto y tan sensiblemente desde su compromiso con la historia y la cultura de Cahuita. Y al final, el aporte de María Pérez ordenando y conceptualizando la introducción de Laura con el fin de evitar un prólogo cuando la intención fue realizar una introducción oral para luego adaptarla al lenguaje escrito.

A la memoria de don Claudio Reid, historiador oral nato en Cahuita, quien contaba como no he conocido a nadie contar cuentos. Cuando leyó el primer cuento de Tona Ina, me dijo que él no contaba los cuentos de nadie, pero que ese sí lo contaría para la película de Samuel Jackson *ESCLAVIZADOS*, porque Tona Ina era la historia suya y de todos los que se quedan sin voz en algún momento y la vuelven a recuperar con la de todos los tiempos. No alcanzó a contarla en cámara, pero su espíritu lo dejó impregnado en este libro.

Especial mención a Gloriana Brenes, presidenta del Centro Comunitario de Buceo Embajadores y Embajadoras del Mar, quien me ha permitido escribir en medio de tantas y tan grandes responsabilidades compartidas con ella, a la Junta Directiva y la Asamblea del centro, y a una membresía tan comprometida en un proyecto tan complejo de gestión comunitaria.

4 **Elders:** en singular *elder*. En inglés se usa para llamar a la persona mayor en edad.

A Marianita Harvey Chavarría, coordinadora de Acción Social en la Sede del Caribe de la Universidad de Costa Rica, quien creyó en el sueño de la juventud del Caribe Sur por bucear sus mares para conocerlos y cuidarlos, enamorándose del mar con nosotros.

En literatura son varias las fuentes de inspiración que agradezco: Winston Brooks y Rosemary Riddle, en la portada del menú de su restaurante Típico Cahuita; Paula Palmer, en *Whápping Man*; Tatiana Lobo y Mauricio Meléndez, en *Negros y blancos: todo mezclado* (1997).

Los precursores en buceo scuba amateur, con Selles Johnson (que no buceaba), son Mista David, Mr. Bacey Spencer, Bató; a los vecinos en las playas de Cahuita, Puerto Viejo y Manzanillo, con los testimonios de Sony Boy, Culí, Rubén y Manicu; a las pobladoras de Puerto Viejo: Miss Elena Spencer, Irma Brown, Sonia Rodríguez, Anita Rodríguez, Sigrid Lahman y su fundación Acción Ya, Gloria Gavioli de Escape Caribeño, Sofi Arias del Hotel Puerto Viejo y Carol Britton de la Fundación Arte y Cultura para el Desarrollo (FUACDES); a las de Cahuita: Laura Wilson, Miss Edith, Leda Villa, Stacey Cunningham y Ana Teresa Williams, y a las pescadoras Zoraya Bonilla en Cahuita y Ciprianana Rocha en Manzanillo. A Maylin Mora del Área de Conservación Amistad Caribe (ACLAC) y a Rodrigo Rodríguez del programa La Hora Brava en Radio Casino.

A Danny Williams y al *calypsonian* KAWÉ que magistralmente han sabido llevar la saga de los barcos esclavistas daneses, que se expresa en este libro, a ese arte periodístico popular que es el calypso. *Barcos Hundidos*, acabado de producir al calor de este libro, condensa en veinte líneas 311 años de historia documentada y seis años de búsqueda de los trazos de esa historia en el fondo del mar en el Caribe.

Los buceadores scuba realizados en la década de los setenta son Etel Alvarado, Eduardo Fernández y Christopher Weston Knight, con capitanes de la zona como Mairena y Chipán. En una época distinta a la actual, en la cual no se reconocía que los artefactos en el mar constituyeran un bien común de la historia y la cultura nuestra, ellos han ayudado ahora, con sus testimonios, a reconocer el respeto que merece el legado, devolviendo la memoria en información o en objetos donados, pertenecientes al imaginario colectivo y al patrimonio cultural subacuático, ahora que el Estado costarricense ha convertido en ley la Convención para la Protección del Patrimonio Cultural subacuático de la UNESCO.

El aporte afrodescendiente a este esfuerzo ocupa un lugar privilegiado en este reconocimiento. Si en algún momento se termina de escribir y publicar la historia del aporte afro a la creación del Parque Nacional Cahuita, debemos reconocer a varios afrodescendientes, como Alphaeus Buchanan Palmer, un visionario que, junto con otros pobladores como don Toni Mora y todo un pueblo, luchó por el aporte que la comunidad de Cahuita haría al país y al mundo, cuando junto al Estado se asociaron en una administración compartida. Hoy existe una gobernanza compartida a nivel nacional en el Parque Nacional Cahuita, por ellos y por la experiencia de gestión comunitaria en la búsqueda de la identidad de los naufragios en Cahuita. La Asociación de Pescadores de Subsistencia y Acuicultura de Cahuita (ASOPESCAHUI) organiza al sector que

conoció y cuidó esos lugares arqueológicos desde todos los tiempos de la pesca durante los últimos doscientos años: los pescadores y las pescadoras artesanales.

A los afrodescendientes Edwin Cyrus y a Mario Cerdas, se les reconoce que fueron dos funcionarios de alto nivel, que creyeron en el proyecto del CCBEM-Caribe Sur desde su primer momento cuando apenas era un sueño. A Harold Robinson del Fondo de Población de Naciones Unidas (UNFPA). También a Quince Duncan quien, estando en el cargo de Comisionado Presidencial de Asuntos Afrodescendientes, nos escuchó a mí y a Cyrus con mucha atención y expresó su apoyo incondicional.

A Fredrick Wright, instructor PADI de buceo, quien ayudó a crear este proyecto, capacitó y creyó en la iniciativa entre el 2014-2016 cuando arrancaba. A las afrodescendientes Margaret Simpson y Hermelinda McKenzie, de la biblioteca de Limón, por su entusiasmo y por la inclusión de la temática de esta obra en las actividades de su biblioteca móvil, viajando por Limón y hasta San José.

A los bribris Timoteo Jackson, su hijo Agustín Jackson, a Alejandro Swaby y don Fausto López Morales, presidente de la Asociación Disto Kata (Lugar de los Clanes), y Marina López y Faustina Morales de la Asociación Comisión de Mujeres Indígenas de Talamanca (ACOMUITA). Fueron los primeros a quienes contamos la historia del descubrimiento en el fondo del mar y se interesaron junto con toda la comunidad del territorio Bribri y el Cabécar que han conocido el acontecimiento. Desde las directivas de sus asociaciones, los pueblos Bribri y Cabécar, en eventos de encuentro, aportaron información acerca de los orígenes de sus mezclas afrodescendientes con sus raíces indígenas. Hago reconocimiento a esos pueblos cuyo aporte histórico sobre el mestizaje afroindígena ha aflorado como un actor relevante en estos acontecimientos, aunque aún no ha sido elevada su propia voz ni su propia historia oral en estos acontecimientos.

Agradezco también al Centro de Investigaciones sobre Diversidad Cultural y Estudios Regionales (CIDICER) de la Universidad de Costa Rica.

En Puerto Viejo, Playa Chiquita y Manzanillo, a la Asociación de Pescadores Artesanales Caribe Sur (ASOPACS) y sus maestras del mar Lucía Hernández, Blanca Espinoza y Rocío León quienes, con su trabajo pionero educativo sobre el pez león, aportaron las historias reales que aquí aparecen acerca de ese animalito invasor que mantenemos a raya intergeneracionalmente niñez, juventud, buceadores y pescadores artesanales.

A empresas como Escape Caribeño, Cahuita Tours, Tajo Chirripó, Mairena Tours, ACUAMAR, PADI, AWARE, ACUAFOTO, Club Rotario de Limón, Ciudad Perdida, Ocean Connect en Guanacaste, Juju Juice, equipos de buceo Sherwood, Restaurante Coccoloba y Soda Wacho en Manzanillo y Rest. Miss Edith, En las Olas y Roberto's en Cahuita; a Cabinas Kasha y Hotel Atlántida, con sus piscinas para capacitar en buceo; a los bomberos de Limón y de San Box por llenar tanques de buceo; todos apostaron a esta iniciativa aportando recursos y acompañamiento. A National Geographic por abrirnos su espacio para blogueros en su portal *Expediciones*. Y a

Maylin Mora del Área de Conservación Amistad Caribe (ACLAC) quien se comprometió hasta con muchos desvelos para que este proyecto prosperara.

A los organismos regionales de Naciones Unidas como UNESCO, UNFPA y UNOPS que nos han apoyado decididamente, así como al Sistema de Integración Centroamericana (SICA).

A la memoria del canadiense Guilles Lemieux, cuya tesis de maestría sobre los recursos culturales y escénicos fue clave para la creación del Monumento Nacional Cahuita en 1970. También, al estadounidense Russel Lohse por su libro sobre los africanos y las africanas que llegaron a algún lugar del Caribe Sur en los barcos daneses Fredericus IV y Christianus V, el cual se basó en su tesis doctoral. Y a la memoria de otro estadounidense, Steven Gluckman, el primer arqueólogo subacuático que en la década de los ochenta hizo un reporte preliminar excelente acerca de los naufragios en el Parque Nacional Cahuita; desde entonces sugería que podían haber sido dos barcos y que, con el hallazgo de una manilla o pulsera esclava, podían ser naves asociadas con la esclavitud.

Otros sondeos e investigaciones arqueológicas previas a las nuestras fueron realizados por los arqueólogos David Van Zand de Cleveland Underwater Explorers (CLUE) y Lynn Harris de University of East Carolina (UEC) en el 2012, y en el 2015 el trabajo de campo del programa de la UEC con todos sus profesores y estudiantes precursores de las investigaciones actuales. Pero, entre 2016 y 2018, esos equipos de la UEC regresaron cada año, invitados por el CCBEM, a las expediciones de gestión comunitaria para la búsqueda de la identidad de los naufragios en el Parque Nacional Cahuita, que organizamos con el apoyo decidido de la Universidad de Costa Rica Sede del Caribe y los permisos de la administración del Parque Nacional Cahuita y el ACLAC/SINAC/MINAE.

CLUE en Manzanillo y en Puerto Viejo en el 2016, también invitado por CCBEM, aportó a la documentación del supuesto Daisy Gray en Playa Grande y al hallazgo que los embajadores del mar hicieron en El Lanchón de Puerto Viejo, al encontrar su parte perdida en 2016. Entre 2019 y 2020, el arqueólogo danés Andreas Bloch y el arqueólogo terrestre Arturo Hernández se unieron a la expedición de estos últimos dos años.

A la dirección de Cultura del Ministerio de Cultura y Juventud que en el 2019 fue la primera institución de gobierno que comprometió fondos para el trabajo cultural asociado a los procesos de documentación de la búsqueda arqueológica de la identidad de los naufragios.

A Rocío Fernández, directora del Museo Nacional de Costa Rica, que desde el 2016 escuchó con atención nuestra primera presentación, solicitando a la Dirección de Antropología y Arqueología que creara un expediente del proyecto comunitario.

Nos han visitado, asesorado y capacitado en eventos o seminarios que han enriquecido este libro los arqueólogos de la Sede Rodrigo Facio de la Universidad de Costa Rica como Silvia Salgado, del Centro de Investigaciones sobre Diversidad Cultural y Estudios Regionales (CIDICER), del Museo de El Salvador, del Museo de Dinamarca, del Museo de Ghana, de Japón, de Croacia,

una bióloga, la antropóloga social y conservacionista de Brasil Liana Méndez, la arqueóloga terrestre Ifigenia Quintanilla y la antropóloga social Alicia Zamora.

La organización estadounidense sin fines de lucro Diving With a Purpose (DWP) y a Youth Diving With a Purpose (YDWP); especial mención a Ken Stewart, Kramer Wiblerly y Tara Roberts, y al personal de la mundial Nautical Archeology Society (NAS) que nos ha acompañado pero también ha becado a nuestra juventud para capacitarse con ellos y le han abierto campo en los medios internacionales a estas historias. Y los instructores PADI que han capacitado localmente a esta juventud buceadora que documenta estas historias: Fredrick Wright, Armando Molina, Facundo Viachico y Giovanni Sandoval.

Y por último, por ser de mayor importancia, el más profundo agradecimiento a los responsables de haber creado el personaje ancestral de la matriarca Tona Ina. Ella fue creada por las embajadoras y los embajadores del mar en la búsqueda de sus raíces ancestrales, en la historia no contada y en las consultas a sus abuelos y abuelas. Ese núcleo de jóvenes ha contribuido a expandir el lugar que tienen nuestros mares como bien común en la historia, la cultura y los tesoros de la biodiversidad de Costa Rica; me han aportado, personalmente, uno de los más preciados tesoros de la vida bien vivida, su “juventud divino tesoro” que habita en las mentes de quienes vivimos aprendiendo de las nuevas generaciones.

En el buceo recreativo, estos buceadores y buceadoras no solo recrean la historia, sino que han recreado mi experiencia en el mar, de tal forma que, cuando me interno con ellos, vuelvo a ser aquella niña que nadó en los mares de su primera patria, Puerto Rico. Por eso agradezco cada memoria de mi madre Maribel Toro del Valle y de mi padre Gumersindo Suárez González, y la de mis hermanas, hermanos, sobrinos, sobrina y sobrinas nietas, quienes han vivido la fiebre del mar con la poesía de nuestra madre, el amor incondicional de nuestro padre y nuestras felices niñeces con ellos frente al mar de Vega Baja.

María Suárez Toro

Introducción

Un grano de arena alborota el mar comunitario

Agradezco al Creador por ser yo parte de esta población costarricense afrodescendiente y por tener el privilegio de vivir de cerca una propuesta comunitaria que se expande y que nos ha dado ya muchas satisfacciones y alegrías. Me hace sentir muy orgullosa saber que es la juventud, los hijos y los nietos de muchos de nosotros, quienes están descubriendo, junto a otros miembros de nuestra comunidad, nuestro pasado y tienen el encargo de transmitirlo a las generaciones futuras.

Este libro de crónicas, historias, cuentos o como cada una y uno de los lectores quiera llamarlo es solo una parte o más bien una consecuencia de un enorme proyecto que ya tiene cinco años (2006) de haber iniciado. A cada relato le llamamos crónica porque intenta dar cuenta de las experiencias de abuelos y nietos, adolescentes estudiantes y jóvenes, adultos expertos en buceo arqueológico comunitario, científicos, académicos, pescadores y María Suárez Toro, quien se ha dado a la tarea de cocrear con buceadoras y buceadores del Caribe un tipo de buceo que motiva a la comunidad multiétnica donde vivimos para hacer historia y escribir la memoria.

El proyecto de cultura arqueológica comunitaria nace como una apuesta por el potencial de los jóvenes de la zona. Nace como un entrenamiento de buceo, se va especializando en buceo arqueológico y termina como un centro desarrollado por Embajadores y Embajadoras del Mar, un grupo de adolescentes y jóvenes adultos de diferentes pueblos y etnias que han trascendido su objetivo primero y se han interesado en cada una de las actividades que surgen en el camino.

En esta enorme propuesta, la oralidad tiene una importancia fundamental ya que han sido los ancianos quienes han enriquecido el trabajo con sus recuerdos y sus anécdotas. Las entrevistas se han convertido en materia prima para este proyecto. María se ha encargado, junto con los jóvenes del grupo Embajadoras y Embajadores del Mar y algunas madrinas y padrinos, de recoger la información y de realizar actividades que impliquen y enamoren a la comunidad. Una de ellas es la visita a escuelas para contar sus historias a los niños y niñas, quienes colaboran no solamente participando con sus familias, sino usando su imaginación en maravillosos dibujos, algunos de los cuales ilustraron el primer texto que vio la luz: *Tona Ina y la misteriosa cueva de un pez león en Cahuita* (Sede del Caribe, Universidad de Costa Rica, 2016). La exposición de los dibujos en actividades le ha permitido a la niñez tener voz en la investigación.

Y como en la población afrocaribeña la música y específicamente el calypso no pueden faltar, nace con KAWÉ *Barcos Hundidos* (2021). Esta crónica musical, este calypso, narra magistralmente, en veinte líneas, la saga de los barcos daneses y lo que hace la juventud buceadora para develar la historia.

En el programa de National Geographic sobre el cuatrocientos aniversario del primer africano esclavizado que puso pie en suelo estadounidense, aparece un cuento narrado al principio y al final del documental. En el capítulo de una serie para la radio de National Geographic, *Into the Depths*, Tara Roberts y su equipo reconocen cómo la gestión comunitaria es el centro y asegura la sostenibilidad de la gestión comunitaria en el desarrollo de una cultura arqueológica subacuática.

Por otra parte, la serie de Samuel Jackson *ESCLAVIZADOS* recoge, en su cuarto episodio sobre la búsqueda de barcos esclavistas en el Caribe de Costa Rica, imágenes de Tona Ina en Cahuita. La presentan como la representación, la metáfora del *Yellow Brick Road* de Elton John, como una búsqueda de la identidad de los barcos a través del Sitio de los Ladrillos. Además, incluyen una importante referencia al mestizaje afroindígena en Talamanca.

El apoyo de la Universidad de Costa Rica en sus sedes Caribe (Limón) y ahora Occidente (San Ramón), así como del Centro de Investigaciones sobre Diversidad Cultural y Estudios Regionales, ha sido clave en todo el proceso de publicación. La Sede del Caribe estudia la creación de un certificado paraprofesional que valide, en Costa Rica, los conocimientos adquiridos en el buceo arqueológico comunitario, reconocido internacionalmente.

Tona Ina, los jóvenes y mis impresiones

Empecé hablándoles de mi orgullo por nuestros jóvenes buceadores y buceadoras —hasta bebés he visto yo, con su mamá dándoles de mamar en este proceso— y ahora quiero incluir a Tona Ina, a ese mágico personaje que ilumina los caminos del mar y sabe la importancia de la memoria. La importancia de la historia oral que se va tejiendo entre la juventud buceadora, la población del Caribe y su ancestralidad desde todos los tiempos; una historia oral que se inmortaliza en este libro.

Yo pensé, antes de conocer este trabajo, que nuestra historia solo estaba en la parte terrestre del Caribe. Nunca me imaginé que el fondo del mar podría cambiar esta perspectiva al revelarnos sus maravillosos secretos. Siempre se habló de piratas, cofres y tesoros, de barcos encallados frente a las costas, de barcos fantasmas. Se crearon fantasías sobre personas que, tal vez, mejoraron su condición económica por joyas o dinero encontrados entre fierros y maderos. Ahora nuestras muchachas y muchachos están descubriendo que el verdadero tesoro es conocer, averiguar de dónde venimos, quiénes son nuestros antepasados, saber que el océano Atlántico es una puerta a la historia y a la cultura.

La juventud está viendo lo que nosotros no vimos. No teníamos ni idea de cómo investigar para descubrir los misterios y ellos lo están haciendo guiados por Tona Ina, por el Centro Comunitario de Buceo, acompañados por los expertos en buceo, en fotografía, en arqueología, en pesca. Tona Ina, esa diosa de los mares, ese personaje encantador cuyo nombre en lenguaje africano yoruba significa Luz Marina, no solo nos habla de barcos encallados, sino de personas, de seres humanos que desembarcaron en la costa, subieron la cordillera de Talamanca, caminaron al norte hasta llegar a Matina y tal vez a otros lugares que todavía no se sabe. En esta zona estamos ampliando la historia. Estamos escribiendo una versión que no está en ningún libro de texto de este país.

Este libro está escrito como una crónica, con anécdotas y a la vez cuentos que unen la realidad y la imaginación, lo que se cuenta y se vive, lo que se supone y se sabe. Este libro nos amarra más a nuestra tierra limonense, a la zona del Caribe Sur, esta tierra y este mar maravilloso. Nos viene a enriquecer como pueblo de pescadores que hemos sido, como agricultores y pequeños comerciantes, como personas que amamos la música, el canto y la comida, tan nuestra y con tanto sabor y saber.

Este libro deja claro nuestro valor y el valor de nuestros jóvenes, su entusiasmo, su responsabilidad y su trabajo, porque este proyecto es nuestro y somos nosotros quienes vivimos en él, lo alimentamos y asumimos los nuevos retos, como el del pez león. Esta especie en exceso daña a las otras poblaciones de animales marinos; Tona Ina aprende con los embajadores del mar por qué ellos lo capturan, lo preparan y lo consumen, y educan a la comunidad acerca de sus peligros, junto con los pescadores adultos y las organizaciones.

Tona Ina admira a estas dos poblaciones legendarias tan importantes en la costa de Talamanca: la afro y la indígena. Las elogia por tanto tiempo vivido en armonía; por tantas familias unidas por rasgos físicos, tradiciones y culturas, y se preocupa por los roces actuales. Ambas etnias aprendieron juntas sobre la selva y el mar. Ambas tradicionalmente han respetado la naturaleza y la protegen. ¿Y ahora qué pasa? ¿Dónde nos perdimos? ¿Cómo recuperamos esa conciencia que nos une?

Cada crónica de viaje de Tona Ina contiene un aprendizaje y algún misterio

Tal vez esto no sea lo más usado en la introducción de un libro, pero a mí me parece importante referirme a algunas inquietudes que me deja cada crónica, con el fin de compararlas con las suyas.

Tona Ina y la misteriosa cueva de un pez león en Cahuita nos lleva a los sitios arqueológicos submarinos en el Parque Nacional Cahuita y a viajar por esa inmensidad del agua marina que une culturas milenarias. ¿De dónde y cuándo vinimos?

Los tesoros de los piratas del Caribe Sur. ¿Quién no sabe que nuestras ricas costas y sus contornos coralinos, entre Tuba Creek y Punta Mona, fueron codiciadas por los grandes poderes, incluso de piratas? ¿Y las poblaciones autóctonas o las que habitan la región antes de los nuevos conquistadores?

El sonado galeón portugués en Cahuita. Las hipótesis de los barcos hundidos son tantas y tan diversas que todavía no es posible desechar ninguna completamente. ¿Barcos españoles, portugueses o daneses? ¿Barcos pesqueros, piratas o esclavistas? ¿Bajaron y se quedaron en tierra? ¿Son algunos de nuestros antepasados?

El accidentado viaje de dos barcos esclavistas entre Dinamarca, África y Costa Rica es una crónica demoledora con mitos y realidades sobre la llegada de africanos a nuestras costas. ¿La población afro venía directamente del continente? ¿Cambiará la nueva investigación nuestra historia?

En las dos crónicas sobre la niñez del Caribe: *El uso de la Biomimética para controlar invasiones en Talamanca* y *La niñez del Caribe Sur y el pez león*, Tona Ina nos convierte de nuevo en protagonistas de nuestra propia historia, de nuestra niñez llena de fantasía y aprendizajes. Tona Ina, maestra de la esperanza, reconstruye el conocimiento y la resistencia ancestral indígena y en las prácticas de la niñez hoy día.

Tona Ina le habla a la africana Nicolasa Mina —por allá del año 1710—. Fue una de las dos adolescentes raptadas para ser vendidas como esclavas. ¿Qué más violencia que el abuso, el maltrato, la venta, el llegar a un lugar extraño sin familia, sin conocer las costumbres o la lengua? ¿Qué mayor fuerza que la de estas mujeres, aprendiendo a resistir?

Tona Ina y el misterioso bosque de árboles de corales en el mar. Los corales nos conectan y los seres humanos primero nos diferencian y luego intentan borrar nuestra cultura para dominarnos. Naturaleza, barcos negreros, lucha para ser lo que somos. ¿Resistimos?

Potí, un buen pirata con ojo de vidrio en Cahuita. ¿Querés viajar y ver en tres dimensiones? ¿Saber de fotogrametría, modelación digital tridimensional del espacio geográfico? ¿Cambiará la arqueología? Eso lo pueden contestar nuestros jóvenes embajadores que hacen el curso en el Parque Nacional de Cahuita con el japonés K. Yamafume.

Los que vieron en tres dimensiones el Sitio de los Ladrillos... ¿Te intriga? *Tona Ina y el viaje de tres ladrillos daneses de vuelta a Dinamarca* muestra la tenacidad de jóvenes buceadoras y buceadores y sus capacitadores en arqueología marítima, por llegar a tener las pruebas científicas que logren ampliar nuestra historia.

El viaje de El Barco Fantasma en Manzanillo. ¿Saben ustedes lo que dice la historia oral sobre el barco fantasma y su naufragio? ¿Oyeron contar a los abuelos sus anécdotas? ¿Será realmente el barco de vapor Daisy Gray, el carguero que los pobladores vieron llegar a Manzanillo, en 1954, y encallar en la arena frente a Almendros y Corales?

Tona Ina y las damas de los corales. Solo imaginen qué maravilla el día que se logren rescatar los corales en Puerto Viejo. Tona Ina, viaja al fondo del mar y logra entender la simbiosis —esa relación estrecha— entre las mujeres protectoras, las niñas y los corales. ¿Quieren intentarlo?

Y ojalá este sea el cuento que profundice la historia...

Tona Ina continúa en nuestros mares, iluminando y siendo iluminada por estos jóvenes buceadores que siguen las huellas de sus ancestros. Esas gentes de mar que han vivido simbióticamente con la naturaleza, en este vasto territorio que baña sueños, crea imaginarios y no deja perder la esperanza. La esperanza de que el mundo al fin reconozca la deuda que tiene con nuestra cultura, esta cultura milenaria que ha permeado nuestro continente y el mundo entero; sin tener aún hoy las oportunidades suficientes para poder vivir una vida plena.

En ese sentido, termino con la reacción de Cristian Campbel cuando supo sobre la investigación acerca de los barcos esclavistas daneses en Costa Rica:

[...] debe aprovecharse todo este trabajo de la comunidad caribeña para hacer una acción afirmativa contundente, donde se le reconozca a mis ancestros su aporte al mundo. No es suficiente que la ciencia diga que la vida humana proviene del continente negro. Cada Estado debería realmente reconocernos, dejando de invisibilizar a la persona negra. Esta es una oportunidad única para el gobierno de Costa Rica. Aún estamos a tiempo de hacer dicho reconocimiento en el marco del decenio que nos dedicaron y en el día internacional de la persona afrodescendiente.

Laura Wilson

Cahuita, 31 de agosto de 2021

Día Internacional de la Persona Afrodescendiente

TONA INA

y la misteriosa cueva
de un pez león en Cahuita





Tona Ina y la misteriosa cueva de un pez león en Cahuita

Soy Tona Ina, una tenue luz asentada en los misterios de una antigüedad que yace sin ser contada en el fondo del mar y que clama por ser conocida. Mi nombre en lenguaje yoruba es Tona Ina, en español y en creole es Luz Marina, y en bribri soy Boe Deje.

Soy la viajera luz ensombrecida por el largo silencio transcurrido sobre lo que pasó un día, cuando vivía intensamente en el mar Caribe Sur, hace ya más de trescientos años. Los artefactos de los barcos hundidos de aquellos tiempos permanecen ahí sin reconocimiento. Son los testigos mudos de los primeros africanos y africanas que llegaron, probablemente, a nuestras costas directo de África para quedarse, sin que se haya acreditado públicamente su historia y sus aportes a la cultura de Costa Rica.

En marzo de 1710, en alguna costa del Caribe, fue la última vez que tuve luz propia. En aquella ocasión, en las playas del lugar, iluminé el camino de 650 africanos y africanas de todas las edades que llegaron y desembarcaron —sin amos— de dos barcos daneses, el Fredericus IV y el Christianus V, traídos a las Américas para ser vendidos como esclavos. Las naves desviadas por tormentas y errores náuticos en el Caribe se dirigían a la isla de St. Thomas. Al llegar a Costa Rica y estando en tierra desconocida e insegura, perdidos, los marineros se sublevaron al negarles su deseo de permanecer en tierra en busca de alimento y agua, así como el pago de su salario. Se quemó un barco en circunstancias desconocidas y dejaron al garete el otro, no sin antes poner a salvo a todos. Los daneses fueron puestos con algunos de sus esclavizados en una barcaza inglesa que los llevó a Portobelo en Panamá y de ahí partieron a Europa. En el fondo del mar quedaron como testigos aquellos artefactos de las embarcaciones hundidas e inertes, como prueba de los acontecimientos.

Los africanos y africanas, puestos a salvo en tierra firme, desembarcaron en la rica costa de arenas cálidas, majestuosos árboles de sangrillo y abundante vegetación. Muchas de las africanas y los africanos desembarcados desaparecieron de la historia oficial, al internarse en las selvas de la Alta Talamanca, donde se juntaron con los bribris y los cabécares.

Yo, Tona Ina, fui la luz de la libertad de quienes lograron llegar a Alta Talamanca a vivir libres en las montañas de la población originaria, reconocida porque nunca se dejó conquistar por los europeos. Otros fueron capturados por indígenas miskitos, quienes se los llevaron como prisioneros al protectorado inglés en la costa atlántica de Nicaragua, pasando a engrosar las filas infames de los esclavizados por los británicos. Pero otros africanos y africanas del desembarco caminaron la playa de sur a norte hasta llegar a Matina. Allí, desgraciadamente, fueron capturados por colonos en Costa Rica, quienes se los llevaron tierra adentro convirtiéndolos nuevamente en esclavos.

En ese momento perdí mi luz. Desde entonces vago por los mares del Caribe Sur disminuida por el largo silencio que han guardado todos estos años los restos de las embarcaciones que les trajeron y a la espera de que alguien algún día me encuentre en los artefactos sumergidos. Solo vivía por la esperanza de que alguien al ver los artefactos se preguntara por mi historia.

Entonces, un buen día de verano, unos jóvenes buceadores de la zona encontraron unos cañones en el fondo del mar y preguntaron acerca de ellos, primeramente, a los abuelos y a las abuelas, queriendo conocer su historia.

Aquí, desde mi penumbra, les cuento la historia sobre el reflejo de las luces que la población originaria del Caribe Sur aún ve en noches oscuras, luces y sombras de tesoros ocultos en el mar, que nos dejaron los espíritus de los antepasados en Punta Cahuita. Y es que acá, como dice alguien, "todo vino del mar". Yo también vine del mar. Soy esa luz, soy Tona Ina, la luz marina que se mueve con unos jóvenes buceadores y buceadoras por los mares del Parque Nacional Cahuita. Desde aquí, vengo a contarles la historia de cómo ellas y ellos me ayudaron a recuperar mi brillo.

Un día de verano en el Caribe Sur, el mar amaneció tranquilo y transparente, como suele estar en el mes de septiembre. Tan calmado y claro estaba que hasta yo, con mi disminuida luz, le podía ver el alma. Ese mar es un conjunto único, que contiene toda la energía cósmica y vital en los ambientes marinos. Las algas y los abanicos de coral se mecían en una danza rítmica al vaivén de las corrientes y de su energía arrecifal. Los corales tornasol modificaban su brillo cada vez que un rayo de luz solar los iluminaba bajo el agua. Los imponentes promontorios rocosos de corales fósiles rodeaban las pozas de arena blanca donde el mar se había tornado en azul turquesa intenso. Sus miles de pececitos multicolores, las tortugas y otros animales invertebrados disfrutaban del pasto marino, su alimento preferido, conviviendo en calma. Las profundas cuevas daban albergue a las langostas, los meros y los pargos, y a toda la existencia que convive en esas aguas. Bucear ahí era estar en el vientre del planeta, colmado de vida silvestre, con el calor y la protección del rítmico arrullo de líquido amniótico que nutre la vida.

Esa mañana, mientras yo nadaba sin luz por esos mares, dos jóvenes, Dagoberto y Jazmín, estaban aprendiendo a bucear en Cahuita, junto con sus instructores de buceo scuba: Frank y Gloria. Fueron a sumergirse en los mares de los arrecifes, aquella sería su primera inmersión

como aprendices en la zona del Parque Nacional, y eso gracias a las lecciones que ofrecía el Centro Comunitario de Buceo Embajadores y Embajadoras del Mar.

Gloria siempre decía: *“El mar no tiene dueño ni se puede parcelar, todas las personas somos responsables de su cuidado y, por eso, al mar hay que sentirlo, no solo observarlo”*. Ella lo sabía bien porque contaba que había adquirido el concepto de la maravilla del color de la vida en esos arrecifes, en su primer buceo en las pocitas de Puerto Viejo cuando estaba muy pequeña.

Ese día de buceo, Frank “el profe del mar”, Gloria, Jazmín y Dagoberto se adentraron poco a poco en las aguas, lanzándose del bote que quedó anclado en medio de la bahía, meciéndose como una hamaca vacía que baila al ritmo de la suave brisa caribeña. Sentí a Jazmín fantasear con poder ver algún tesoro de los barcos piratas de los cuentos que su abuelo Hipólito y su abuela Terencia le habían contado. Entre todos los cuentos narrados por los pescadores, los favoritos de la juventud eran aquellos en los cuales aparecían barcos piratas y tesoros que yacían en el fondo del mar.

Mientras tanto, observé que Dagoberto hacía inventario de peces, apreciando las bellezas de las especies. Aquella maravilla espectacular empezó a empañarse cuando vislumbró los ejemplares del pez león, especie asiática invasora de los arrecifes caribeños. Al conteo de la primera decena de esos hermosos pero voraces peces, se preocupó por la gran cantidad de ellos en aquel lugar. Decidió buscar el refugio de los leones de los mares, para luego pedir ayuda y capturarlos. Sabía que esos peces se habían convertido en una plaga en las costas del Caribe, reportados desde el 2009 por un pescador. Solo los pescadores y las pescadoras los capturaban y se decía que cada hembra podía poner más de dos millones de huevos al año.

Yo sabía que el pez león era un animalito que había venido a estas costas desde el océano Indopacífico, cerca de Japón, desde el otro extremo de este mundo caribeño. Dagoberto había escuchado varias hipótesis que explicaban la llegada de este pez al Caribe y a Brasil. Se decía que un coleccionista de peces exóticos soltó unos al mar en la costa atlántica de Estados Unidos y luego se propagó por toda la costa y el Caribe. También se afirmaba que podía haber sido parte de un huracán en la costa del estado de Florida, Estados Unidos, donde se quebraron unas peceras y los resistentes peces nadaron por ríos y quebradas hasta encontrar la salida al mar. Otra hipótesis aseguraba que los huevos depositados por el pez león fueron arrastrados por el lastre de un barco.

Alguna de esas hipótesis podía ser la cierta, pero lo más importante para las y los jóvenes era saber que este pez león en el Caribe no tenía depredador y, por tanto, se comía todo lo que se producía y reproducía en el arrecife: pargos, pulpos, langostas, meros, cangrejos y caracoles que se escondían en las cuevas o hendijas del coral.

Vi a Frank observar atento al pez león cuando se metió en una cueva de boca pequeña pero profunda. Era una boca de un diámetro como el de una bola de *volleyball* y de un largo de tres metros del mismo diámetro, parecía algo raro en el fondo del mar.

El pez desapareció en la cueva sin que Dagoberto pudiera acercársele. El cazador de leones llamó al resto del grupo mediante señas. Todos los demás se percataron de que esa cueva era un extraño artefacto, lleno de caracoles, algas y corales. Tenía boca redonda y un largo cuerpo acostado. Observé cuando buceadores y buceadoras al fin pudieron ver bien la cueva, impactándose del parecido que tenía con un cañón. Gloria se acercó calmada, fijó la mirada en la boca de la cueva y supo que era imposible agarrar al pez león en ese momento. Jazmín estaba desesperada por contarles su versión de ese artefacto. Les hacía señas y no le entendían. Decidió hacer la seña de subir a la lancha para contarles. Para Jazmín, aquello era un cañón de algún barco pirata de los que había escuchado hablar tantas veces a su abuelo pescador.

Subieron al bote, se hidrataron tomando agua y comenzaron a hablar todos a la vez, pues la emoción era bastante. Frank lanzó el reto de investigar. Era una buena idea.

Yo, la luz marina sin luz, me fui detrás hasta subir al bote a duras penas, de tan debilitada que estaba después de tres siglos sin luz propia. ¿Alguna vez ustedes se han preguntado por qué, en casi todas las culturas, cuando alguien tiene una gran idea se dice que tiene una brillante idea? Es porque yo, la Tona Ina, la luz marina, la Boe Deje, me les meto en la mente para que sigan pensando, sigan indagando y preguntando a la historia, para que no se conformen con lo que les han contado y busquen más allá cuando ven cosas poco conocidas o escuchan cuentos que se pueden investigar.

Pues Frank les contó que él había visto un aro, parecido a una pulsera de aquellas usadas para identificar a los esclavizados. Alentó a sus aprendices a investigar sobre esos tesoros y los barcos esclavistas que pudieron haber encallado en esa zona. Les dijo que, además del buceo recreativo PADI para disfrutar de ver los arrecifes, también existe el buceo para identificar barcos hundidos y artefactos que se encuentran en el fondo del mar. Los jóvenes lo llamaron “buceo con propósito recreativo”: recrear la historia y la cultura que se encuentra bajo el mar.

Los escuché hablar de lo que se proponían investigar. ¡Me puse tan contenta! Si bien en ese momento no recuperé mi luz, brilló en mí la chispa de la esperanza. Si seguían el camino del saber a fondo, tal vez encontrarían la verdadera historia. Dijeron que buscarían en Google, en los libros, en archivos y, sobre todo, preguntando a los abuelos y a las abuelas, porque ellos conocían historias antiguas.

Investigaron por Internet. Al hacerlo, siempre les aparecía información sobre la película *Piratas del Caribe*, de cómo fue filmada, de los actores, de las escenas, de lo divertido y lo caro que fue y de los estereotipos sobre los piratas. Pero nada sobre los piratas del Caribe costarricense en Cahuita. Frank, el profe del mar, les recomendó buscar información tanto en español como en inglés y que, además, le agregaran la palabra “historia”. Al grupo de jóvenes decidido a investigar le llamaron “Los huaqueros de historias”. Gloria, la maestra del mar, les dijo: *“A la historia nunca se le da la espalda. Es necesario seguir buscando a ver qué tesoro cultural es el que hay ahí abajo”*.

Y al fin vi cuando se llevaron una gran sorpresa al encontrar un poco de información escrita desde 1969 cuando Guilles Lemiex hizo el primer estudio académico del lugar, que un año después se convertiría en el Monumento Nacional Cahuita. Descubrieron que desde entonces había investigaciones realizadas en el Caribe sobre el tema de piratas, galeones, esclavos y objetos encontrados.

La investigación los llevó a hablar con los pobladores de Cahuita, Puerto Viejo, Manzanillo, Gandoca, Limón centro y otros lugares, enterándose de que alguna gente poseía tesoros de esos barcos, como botellas, monedas, espadas, platos y mucho más. Incluso descubrieron el interés de la comunidad de Cahuita por hacer un museo submarino y una colección en tierra con los objetos que la gente había guardado antes de conocer su valor cultural. Ellos consideran que todo Cahuita es un museo vivo de cultura e historia.

Desde ese día en adelante, los jóvenes buceadores modificaron su visión sobre el mar, el parque y el Caribe Sur. A partir de lo descubierto, pasaron a ver y sentir esos mares y sus arrecifes como centinelas de la historia y de los legados que permanecen allí. Los buceadores estaban impactados de lo que encontraban cada día y supieron que esa misteriosa cueva del pez león los transformó en virtuales espeleólogos, es decir, en especialistas del estudio de cuevas.

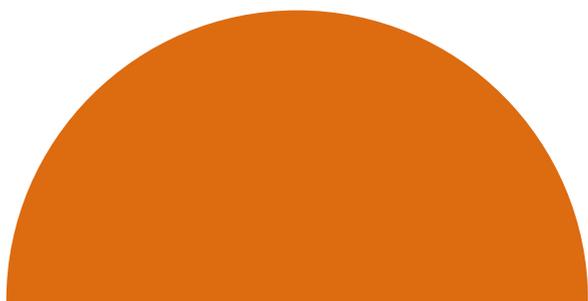
Aunque en este caso no hubiera sido una cueva real, se convirtió en el inicio de algo que los adentraba en las cuevas del saber. Compartieron la información yendo de pueblo en pueblo por todo el Caribe Sur, en cada escuela, en cada centro cultural, en cada liceo, en cada Casa de la Cultura. La gente se sorprendía de tan maravillosa historia desconocida hasta el momento, aunque los artefactos en el fondo del mar les eran conocidos desde siempre. Hasta decían ver luces en Punta Cahuita, pero siempre creyeron que provenían de otros fenómenos poco relacionados con su propia historia y sus propias raíces.

Desde entonces, cuando los pobladores del lugar fijan su mirada en el horizonte hacia Punta Cahuita y ven luces, ya no piensan que son de piratas o de naves espaciales venidas de otros planetas o de simples pescadores escondiéndose en la oscuridad de la noche para pescar allí. Supe que cuando se quedaban mirando fijamente hacia el lugar, las luces que veían eran tan solo el reflejo de la luz interior que habita en ellos mismos y en la zona del Caribe Sur donde construyeron su historia y su cultura. Son sus raíces el aporte de las antepasadas y los antepasados que llegaron desde África en embarcaciones por descubrir, cuyos restos permanecen allí, ahora plenamente reconocidos como parte del origen que ha permeado la cultura del lugar y sus vidas cotidianas. ¡Desde entonces, yo volví a ser esa luz, la luz marina, la Tona Ina que recuperó su luz!⁵

5 Lo que es real en esta historia es que la juventud buceadora del Centro Comunitario de Buceo Embajadoras y Embajadores del Mar (CCBEEM) ha guiado la profundización y conexiones comunitarias en la búsqueda de la identidad de los naufragios en el Parque Nacional Cahuita y que ese trabajo partió de la motivación de cuatro jóvenes locales que se interesaron en aprender a bucear con tanques, a partir de su participación en buceo en un torneo de captura de pez león, organizado en el 2014 por la Asociación de Pescadores Artesanales Caribe Sur (ASOPACS). Ellos son Esteban Gallo Madrigal, Anderson y Kevin Rodríguez Brown y Royer Coloner Leiva. La investigación académica del canadiense Guilles Lemiex para sugerir la creación de la zona protegida en Cahuita es real y en ella habla de haber visto un galeón español en el lugar, aunque no especifica su fuente. La primera versión de esta crónica fue publicada en el 2017 por la Universidad de Costa Rica en la Sede del Caribe, en su proyecto “El Mar y Sus Beneficios”, con ilustraciones infantiles de la niñez de la zona que escucharon el cuento. La cuentacuentos Margarita Mata de Limón hizo la síntesis radiofónica. Los seiscientos ejemplares que publicó la Universidad de Costa Rica no alcanzaron y por eso en el 2018 se publicaron otros trescientos. Estos también se agotaron muy rápido y, para poder reeditarlos en un libro más grande, ahora se suma a otras crónicas que son todas las que aparecen aquí.

LOS TESOROS

de los piratas del Caribe Sur





Los tesoros de los piratas del Caribe Sur

Dicen que en noches oscuras se ven luces en Punta Cahuita. Dicen que son las luces de los espíritus piratas de antaño. Ellos vuelven de vez en cuando para asegurarse de que sus tesoros sumergidos están allí; han pasado cientos de años y permanecen intactos a través de los tiempos.

Quienes afirman eso pueden estar en lo cierto. Según la historia oficial de Costa Rica, todo el Caribe Sur, que entonces era una provincia de la Corona española, era el refugio y el escondite preferido de los piratas de los mares del Caribe continental y de las islas selváticas. Las ricas costas que quizá le dieron nombre a esta provincia del reinado hispano fueron también privilegiadas por la naturaleza marina. Colmadas de contornos rocosos y coralinos, siempre han sido perfectas para la cría natural de especies, pero también para esconder tesoros.

Sus playas están bañadas por las corrientes norteñas. Los oleajes cíclicos de las marejadas de cada año en invierno, los movimientos de las placas como la de Cocos⁶ y el surgimiento mismo de Centroamérica desde el fondo del mar hace millones de años delinearon entornos costeros ideales para ocultar barcos y para servir de escondite a quienes huían con lo robado: ilos piratas del Caribe!

Yo, Tona Ina, una luz marina yoruba africana en el Caribe Sur, los vi desde que arribaron, antes de los colonizadores, unos en espíritu pacífico, otros con ganas de guerra. Ya estaba yo allí cuando llegaron los príncipes africanos en doscientas canoas, pero también cuando arribaron los corsarios, después los colonizadores y hasta los barcos esclavistas daneses que atracaron al haberse extraviado de su rumbo original hacia la isla de St. Thomas.

Ello nos dejó dos naufragios para descubrir eventualmente con la juventud buceadora, que también nos dejaron unos 650 africanos quienes desembarcaron libres por voluntad de los marineros daneses amotinados y por su propio empuje libertario.

6 **La placa de Cocos**, también conocida como “placa del Coco”, es una placa tectónica debajo del océano Pacífico de la costa occidental de América Central.

Y es que mi luz marina es una luminosidad que no pertenece a los tiempos de los conquistadores e inmigrantes europeos que llegaron al Caribe Sur. Soy mucho más antigua, vine mucho antes. Soy oriunda de un mundo que nació en el África profunda, desde donde vinimos hace miles de millones de años atrás. Cuando decidí venir a las Américas, ya tenía edad acumulada, por eso mi cultura es milenaria.

Ya sabía de la existencia de comunidades indígenas en el continente y en las islas caribeñas de las Américas, me lo había contado una ballena; me explicó con vívida experiencia que esas poblaciones habían cruzado por el norte, bien al norte del planeta, atravesando glaciares y sorteando tempestades de nieve, hasta bajar a encontrar cálidos climas en la cintura del continente.

No todas las narrativas originarias son esas. Los bribbris dicen haber nacido aquí mismo y por ello aseguran que vinieron del mar, pero por el camino del territorio centroamericano que salió del mar y de su contacto con Sibú. Yo misma los conocí después. Viajé a esos lugares a principios del siglo XV. No navegué en un galeón ni en un barco mercante, y mucho menos en una embarcación de guerra. Vine por cuenta propia, antes que los europeos, adelantándome a lo que sucedería y así poder contar el cuento de la llegada de mi gente de África a las Américas.

Viajé muchos meses en la gran panza de la ballena que me había informado acerca de la existencia de esas tierras al otro extremo del océano. Me había dicho que estaban pobladas de gente constructora y de quienes se instalaron en ese mundo proveniente del fondo del mar. Cuando llegué a la rica costa, esperé durante más de un siglo la venida de mi gente. Como dije, yo sabía que inevitablemente llegarían a quedarse.

Durante mis viajes por los puertos europeos en el vientre de la ballena, había visto grandes barcos hechos para las guerras. En ese tiempo, apenas saliendo del feudalismo, las guerras eran pugnas entre monarcas para robarse las mercancías, las tierras y el producto del trabajo de sus súbditos.

Las embarcaciones de dos y tres pisos, de fina y resistente madera, estaban llenas de cañones, de balas, de fusiles, de barriles de pólvora y de espadas afiladas. Tenían inmensas velas para ser impulsadas por los vientos y navegar como alma que lleva el diablo. Por eso les llamaron “cara-velas” y ahora carabelas. Al ver aquella voracidad para apropiarse de riquezas ajenas y al percatarme de la inmensidad de sus embarcaciones, presentí que no tenían límites y que no se conformarían con viajar por los mares de Europa. Llegarían al África mía y de ahí saltarían a todos los demás mundos. Me dije para mí misma: *“¡Um!, estos no le conocen punto final a su avaricia; cuando acaben con lo más cercano se van a ir a otros mundos a conquistarlos también”*.

Claro, en ese momento el pensamiento mío era una simple hipótesis. Pero igualmente me adelanté a viajar y a preparar el terreno para la llegada de mi gente. En la panza de la ballena crucé al otro lado del gran charco en un viaje de nueve meses. ¡Fue un parto! Fue un viaje peligrosísimo para la ballena en su travesía por el océano Atlántico, que entonces no se lla-

maba así, le decían en Europa el “mar Oceánico” porque se sabía que era un inmenso cuerpo de agua salada.

La desmedida cacería de ballenas se hacía desde Europa también. Casi las extinguieron para sacarles el aceite, el cual era usado como combustible para alumbrarse. Por eso Cubalí, nombre yoruba de la ballena que me transportaba, tuvo que moverse como una macarela en estampida. Cubalí significa macarela en yoruba. ¡Curioso nombre para una ballena! Tal vez se creía macarela y eso la salvó del estrés de llamarse ballena en una época en que su aceite valía oro y por eso casi se desaparecieron.

Las ballenas viajan dejándose llevar por la fuerza de grandes corrientes del Atlántico para no tener que nadar tanto. Desde África, seguían la llamada “Corriente Ecuatorial del Norte”, esta recorría bajo el agua la misma ruta que la fuerza de los vientos usada por las carabelas, en ese caso, la de los vientos alisios, que iban de este a oeste entre África y las islas del Caribe. Los vientos y corrientes marinas en el océano Atlántico siguen los mismos patrones. Por eso, aunque vine en ballena, hice la misma ruta que después recorrieron los conquistadores. Aprendí entonces algo muy curioso: uno de esos barcos veleros pesaba cien toneladas; es decir, apenas un poco menos de lo que pesa una ballena.

Finalmente, a mediados del siglo XV, llegué a tierras caribeñas del continente donde también encontré conflicto. Cada pueblo originario tenía su propia idea de hasta dónde llegaba su dominio territorial y guerreaban entre ellos por esta causa. Los miskitos, habitantes de la zona atlántica, en las provincias españolas de Nicaragua y Honduras, eran parte de un protectorado británico enquistado allí. Concebían que toda la costa atlántica debía ser su Gran Moskitia y la recorrían en piraguas para limpiarla de todos a quienes consideraban invasores. No les importaba si formaban parte o no de etnias originarias. Para ellos eran invasores de su codiciado territorio.

Se dice que los bribris y los cabécares se internaron en Alta Talamanca para huir de los miskitos. No es que los “talamancas”, como les decían los españoles, no fuesen capaces de defenderse, pero pareciera que supieron escoger sus batallas. Su resistencia activa fue contra los colonizadores españoles. Por eso se les conoce como la población originaria de Costa Rica que nunca se dejó conquistar. Unas veces pelearon y otras huyeron para no tener que enfrentarse, pero siempre resistiéndose a ser dominados.⁷

La ballena Cubalí se había desviado por traerme a Costa Rica y, antes de continuar su recorrido hacia otros mares, me aconsejó no tomar partido contra los miskitos: *“Saldrías rascando, Tona Ina, porque vos sos de paz, a diferencia de muchos que no les importa nada, con tal de conquistar lo que creen su territorio”*. Le hice caso a Cubalí, ella conocía esos mares y lo que ocurría en tierra mucho mejor que yo. Desde ese momento, a la espera de la llegada de mi gente de África, mi vida transcurrió tranquila en el mar, nadando de norte a sur y de sur a norte por todo el Caribe de Costa Rica.

⁷ Un historiador oral del pueblo Bribri, Alejandro Swaby, dice que los miskitos fueron los “piratas terrestres” del protectorado británico, porque libraban esas conquistas para los ingleses.

Un buen día, poco más de un siglo después de mi llegada, cerca de isla Uvita en Cariay, vi una gran embarcación que se acercaba. Me llamó la atención porque traía un negro trepado en el mástil más alto. “Ya empiezan a llegar los africanos”, me dije al verlo. Es grande, fornido y aguerrido, y fue el primero en gritar ¡tierra! Llegó con otros más de cien marineros en cuatro “cara-velas” o carabelas. ¡Ummm! Ya sé lo que están pensando, que no eran cuatro embarcaciones, sino tres llamadas La Pinta, La Niña y La Santa María. Pero se equivocan ustedes. Esas tres, las más conocidas, recorrieron el Caribe en viajes anteriores. Pero deben saber que, cuando Colón se acercó a Costa Rica en su cuarto viaje, venía en otras embarcaciones que se llamaban La Capitana, La Vizcaína, La Santiago y La Gallega, cada una más o menos con tres decenas de marineros.

A Diego “el Negro”, como le llamó Colón en su diario del cuarto viaje y quien era el ayudante de cabina a bordo de La Capitana, le gustaba treparse a lo más alto del mástil de los barcos para divisar tierra antes que nadie. Se dice que los marineros de esos tiempos sabían cuando se acercaban a tierra, pues mucho antes de verla con los ojos puestos en el horizonte, veían su reflejo en las nubes (en el reflejo de la nubosidad). Además, los marineros se daban cuenta de que estaban cerca de tierra cuando empezaban a ver muchos pedazos de palos y hojas flotando en el mar. Eso había observado Diego y por eso fue el primero que vio tierra, un 25 de septiembre de 1502.⁸

Habían llegado a Cariay, conocido hoy como Puerto Limón. Y se anclaron en la parte más honda, al norte de una pequeña isla que los nativos llamaban Quiribrí, conocida hoy día como isla Uvita, aunque Colón trató de nombrarla “La Huerta” por la abundante alimentación que ofrecía. Hay quienes creen que la fecha de llegada fue el 18 de septiembre, pero yo, que lo vi todo, cuento otra versión. En verdad, se acercaron a 67 leguas del lugar el 17 de septiembre. Una legua es el equivalente a casi 5 km, así es que ni tan cerca ni tan lejos. Se detuvieron fondeando en el mar y enviaron un pequeño barco con el objetivo de explorar el lugar anticipadamente. El bote se hundió y murieron dos de los que remaban para hacer la exploración. Transcurrió toda una semana entre el naufragio para recibir la noticia en la carabela, y la decisión previa que tomó Colón de arriesgarse a enfilarse a tierra sin exploración, para finalmente llegar a Cariay.

Diego era negro, pero no necesariamente oriundo de África. Se dice que pudo haber sido oriundo de la península ibérica, tal vez descendiente libre de muchos africanos que llegaron a Sevilla, antes de la esclavitud. Se sabe que viajó como hombre libre y no como esclavo porque recibió un pago por sus servicios en La Capitana cuando concluyó en 1505. Además, por su nombre Diego, se sabe que había sido bautizado como cristiano, cuestión que ocurría en España en ese tiempo.

Detrás de Colón vinieron otros enviados de monarquías coloniales: Inglaterra, Francia, Portugal, Holanda y hasta Dinamarca. Se aventuraron a conquistar nuevos mercados. Y con ellos, traídos a la fuerza, vinieron los africanos esclavizados. Detrás de ellos y con los conquistadores mismos, llegaron más corsarios.

⁸ Este dato proviene de la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica.

La primera vez que vi piratas fue en el Caribe Sur. Algunos eran, según los habían pintado en Europa desde siempre, sucios y harapientos, como cualquier náufrago que va a la deriva en el mar durante mucho tiempo, sin experimentar agua dulce en el cuerpo. Además, con una pata de palo, parche en un ojo, fusil listo para ser disparado y borrachos hasta más no poder. Pero otros eran guapos, esbeltos, fornidos y hasta se vestían bien los domingos, aunque lo hicieran para aparentar una vida normal y conquistar mujeres.

También había mujeres piratas muy hermosas que no se dejaban conquistar, aunque les gustaran los hombres. Ellas simplemente rechazaban ser subordinadas. En el Caribe eran muy conocidas dos de ellas: la pirata irlandesa Grace O'Malley y la llamada capitana Dorothy, quien dirigía un grupo de treinta y siete mujeres piratas en Yorkshire, ambas activas en las costas atlánticas del norte de América. Es una pena que las dos imitaron a los hombres en la guerra y robando para favorecer a las monarquías de sus países; de eso se trataba estar en el mar, concebido como territorio de conquista.

No crean que todas actuaron igual; también hubo otras capitanas de mar que usaron otras estrategias. Eso lo sabrán más adelante aquí, en la historia de una capitana negra criolla que había escapado de Nicaragua a cargo de un grupo mixto de indígenas y africanos. Llegó a la costa caribeña de Costa Rica y, cuando fueron detectados por los españoles y criollos, negoció con ellos en lugar de hacer la guerra.

Cuando vi lo que ocurría en los mares me asusté. Además de los piratas, todo lo que llegaba era temible: la pólvora, las armas de fuego, las enfermedades como la sífilis y la viruela, y en particular las ideas que traían los conquistadores acerca de los negros, los indios y las mujeres de todas las etnias, que según ellos eran seres inferiores. Tuve miedo, y por eso el Caribe Sur se convirtió en mi refugio; sin embargo, pronto los piratas también se dieron cuenta de que era el lugar ideal para esconderse y ocultar sus requisas.

El primer pirata que conocí en el Caribe Sur fue un francés, Jean Daniel Nau, conocido como "el Olonés". Nunca supe la razón de su nombre, lo que supe es que era el terror de los mares y las costas del Caribe durante todo el siglo XVII. Nunca dirigió un ataque contra la provincia española de Costa Rica, aunque solía merodear los alrededores, asaltando puertos en Nicaragua y Panamá, lo cual implicaba que conocía los mares del Caribe Sur de Costa Rica, lugar de tránsito para él. Había sido marinero de la flota francesa, pero, al cumplir su período militar al servicio de su país, se quedó en las Antillas. El propio gobernador francés de La Española le dio un barco para guerrear contra los españoles en la zona del Caribe. Ganó muchas batallas, se adueñó de muchos barcos que robó, que encalló y que le hundieron, pero nunca pudo ser vencido por los españoles ni por tierra ni por mar. Cuando llegó a esconderse en mi refugio, me oculté temporalmente para que no me viera. El Olonés andaba en un barco pequeño, de apenas dos pisos, armado hasta los dientes, pero sin alimentos para su tripulación. Pasé tres meses en la penumbra de mi propia oscuridad hasta que su último barco, El Olonés de los Mares, naufragó. Tuvo que internarse en las selvas por el río San Juan y de algún modo llegó al Darién en Panamá. Había desaparecido de los mares un buen día de verano y nunca más lo vi ni supe

de él, hasta que me contaron cómo, finalmente, había sido capturado por indígenas kuna de Panamá, quienes le dieron muerte por sanguinario.

Muchos de esos hombres y mujeres del mar, como el caso de El Olonés, habían sido marineros en los barcos oficiales que traficaban mercancías materiales y esclavizados desde África, y se llevaban las riquezas de las Américas. Unos terminaban sus contratos y se quedaban en barcos robados, como Barbanegra, quien a pesar de haber terminado su contrato con la monarquía le siguió siendo fiel, robó una embarcación a los franceses y la bautizó como “La Venganza de la Reina Ana”, en honor de su reina de Gran Bretaña en esa época. Otros fueron marineros rebeldes que en determinado momento escaparon de barcos coloniales donde eran mal pagados o maltratados y se juntaron para formar sus propias expediciones, haciendo estragos en su beneficio con lo robado. Entre cañones, armas, pólvora, artefactos y embarcaciones robadas, se dedicaban a recorrer las mismas rutas para robar lo robado por los colonizadores oficiales, también para robar africanos esclavizados.⁹

Cuenta la historia que en 1666 un ejército de cientos de filibusteros, otro nombre que se les daba a los piratas, atacó Matina. El ataque fue capitaneado por tres corsarios: el holandés Eduard Mansvelt, el inglés Henry Morgan y el bucanero francés Jean Le Maire. Yo sabía que los capitanes se aliaban por encima de las monarquías cuando se hacían la guerra, y que los juntaba la propia codicia y el abandono o la complicidad de sus reyes; tampoco me extrañó que su ejército, desembarcado en Portete, hacia Matina, y enfilado hacia Cartago, estuviera compuesto por ingleses, franceses, españoles, portugueses, flamencos, griegos, genoveses y hasta indios o negros.

Los tres filibusteros al mando se apoderaron sorpresivamente de Matina. Aunque se encontraron con una fuerza de resistencia muy desigual, conformada por campesinos casi desarmados, por alguna razón se retiraron sin siquiera haber llegado a Ujarrás, un pueblito ubicado en las afueras de Cartago. Igual de sorpresivo que ese ataque inicial resultó el repliegue. El acontecimiento se conoce como “el milagro de la Virgen de la Purísima Concepción”. A la gente de entonces le pareció algo milagroso.

Yo, la luz marina antigua, cuando se trata de política, no creo en milagros. Aquí parece que falta otra historia. Debió existir una negociación para que se retiraran. ¡Eso no ocurrió así nomás, “porque les hubieran picado los zancudos”!

¿Qué se habrá negociado? La historia nos debe una mejor explicación y hay hechos desconocidos que se deben contar.

9 Durante la época colonial, en la zona atlántica de Panamá y Nicaragua, al igual que en Jamaica, México y Venezuela, estaban los puertos más importantes. Los piratas descansaban en la costa de Costa Rica, punto intermedio desde donde salían a merodear por las rutas de embarcaciones coloniales para requisar y adueñarse de sus cargas. Además de refugio y escondite, la zona marítima del Caribe Sur de Costa Rica fue canal de tráfico de piratas que desembarcaron allí para llegar a Matina y penetrar tierra adentro. Pretendían arribar a la ciudad de Cartago, centro de la Corona española localizado estratégicamente entre el Caribe y el Pacífico.

¡Umm! Hablando de historias de piratas que no han sido contadas... una está en un libro escrito por Julieta Pinto en 1960, con el nombre Tata Pinto¹⁰. La autora, biznieta del hombre con ese apodo, cuenta una gran verdad no reconocida lo suficiente. En Costa Rica vivió un "pirata" que tuvo puestos políticos importantes. Apuesto a que ustedes no sabían que Costa Rica tuvo un presidente que había sido ese tipo moderno de "pirata". A continuación, les cuento para que me crean: Antonio Pinto Soares (1780-1865), alias "Tata Pinto", era un marino portugués cuando se enamoró de una tica y se quedó a vivir en Costa Rica, por ahí de 1810. No solamente se integró al ejército del país que entonces libraba guerras, sino que ocupó muchos cargos militares.

La tica que lo enganchó de las narices se llamaba María del Rosario Castro Ramírez. Se enamoró tan perdidamente que por su amada dejó el mar. Deben saber ustedes que, para un amante del mar y la marinería, dejar el océano para vivir en tierra no es tan sencillo. Debió estar muy enamorado. Y ella también para casarse con un marinero pirata, pues un amante del mar siempre jala para el océano.

Cuenta la historia que Tata Pinto se quedó en tierra con su María, dedicado al cultivo de café, a la minería y al comercio en general. Pero, por su vasta experiencia en hacer la guerra en el mar, el gobierno de Costa Rica lo reclutó en tierra para ser comandante de artillería. Jefeó la famosa Batalla de Ochomogo en 1832, fue comandante general interino del Estado y hasta comandante general de armas.

Poco sabido es que fue presidente del país entre el 11 y el 27 de septiembre de 1842, durante diecisiete días. No por el poco tiempo debe negarse que fue presidente del país. Recién derrotó a Francisco Morazán y, en el vacío, ocupó la Presidencia hasta que una Junta de Notables nombró a quien ocuparía el cargo. Si hubo presiones y negociaciones para sacarlo solo la historia lo sabrá. Regresó a la vida civil, fue alcalde de San José varias veces y vivió el resto de sus días con su amada y la familia que habían procreado, hasta morir en 1865.

.....

Regreso a la historia de aquel extraño acontecimiento en Matina, jefeadado por un ejército rejun-tado de tres insignes y sanguinarios capitanes piratas que, de repente, se retiraron del codicia-do avance hacia Cartago. Una década después, en 1676, ocurre la mayor invasión de filibuste-ros en toda la historia costarricense. Desembarcan en Matina para apoderarse de la provincia con el mismo objetivo de sus antecesores: asegurar un paso entre el mar Caribe y el océano Pacífico, para saquear en ambos mares.

¹⁰ El libro se encuentra agotado en las librerías actualmente.

No fue sino casi ochenta años después, en 1742, que los colonizadores españoles en Costa Rica construyeron en la costa Caribe el Fuerte San Fernando. Era una sencilla construcción de madera, ubicada en la llanura aluvial donde se había asentado el poblado de Matina, aguas arriba de la desembocadura del río del mismo nombre. Además de repeler ataques, se le reconoció en la época como el primer eslabón de control sobre contrabando de esclavos y mercancías que llegaban por vía del “Mar del Norte”, como se nombraba en esa época al mar Caribe.

Hacia el norte, en la costa de Nicaragua, tenía su sede desde 1687 el “Reino inglés de la Mosquitia”. Desde allí, usualmente por la desembocadura del río Suerre y por Moín, entraban piratas a suelo costarricense, pero sobre todo guerreros miskitos, fieles al empeño expansionista de la monarquía de Inglaterra. Fueron ellos quienes en 1747 destruyeron el Fuerte San Fernando con la ayuda de piratas ingleses, apenas cinco años después de construido. Este Fuerte San Fernando fue clave y se podría decir que desempeñó su papel de guardián, de cara a piratas europeos así como de esclavizados que intentaban escapar. Tuve la suerte de conocer casos interesantes.

No todos los barcos fueron capitaneados por hombres. También hubo mujeres capitanas. Lo supe de boca de unos miskitos que merodeaban por la zona de Matina. Se trataba de una capitana y un marinero que desembarcaron en las costas del país, provenientes de la isla de San Andrés. Arribaron en una simple piragua, desafiando la esclavización y desafiando los mares, un 12 de octubre de 1744 (dato curioso, pues como ustedes saben el 12 de octubre es la fecha en que se conmemora la llegada de Colón a las Américas).

Resulta que ese día el comandante Esteban Ruiz de Mendoza, lugarteniente de todo el Valle de Matina, en el Fuerte de San Fernando, alcanzó a ver dos figuras que pedían ayuda en las orillas del río Suerre. Envío soldados a capturarles al darse cuenta de que eran dos mujeres negras criollas. Una se llamaba María Francisca, fue descrita por el capitán como la embajadora de las dos decenas que viajaban en una piragua y que habían sido esclavas de los ingleses. Explicó que la capitana de la piragua (un tipo de embarcación indígena) hablaba muy bien el español, que en ese idioma le pidió protección y que no les hiciera daño, además rogó por su libertad.

María Francisca, capitana y vocera del grupo, les prometió a los soldados que, a cambio de la libertad y protección, jurarían lealtad a las autoridades locales y servirían al rey y señor coreando “¡Viva España!”. Juraron destruir a los miskitos y no a los españoles, así como tampoco hacer daño en el Valle de Matina. Las autoridades les dieron refugio en Cartago primero y luego fueron enviados a Escazú y San José, donde vivieron en comunidad bajo estricta supervisión de la Corona.

La capitana había narrado su historia a los españoles en buen castellano, explicando que el grupo había buscado a los españoles que eran buenos cristianos, y porque los ingleses los maltrataban con castigos severos. Entre las personas hubo siete niños y dos niñas pequeñas, cinco varones adultos negros y uno indígena, dos mujeres negras y cuatro mujeres indígenas. Los soldados supieron que el grupo se había escapado de la colonia inglesa de San Andrés, en las afueras de la costa nicaragüense, y que había llegado a Costa Rica gracias a un marinero de

Angola con mucha experiencia, de nombre Juanima. Ambos, capitana y marinero, dirigieron el grupo hasta las costas de Matina.

Otro caso que me contaron ocurrió en marzo de 1736 y fue una de las experiencias de contrabando que motivó la construcción del fuerte. Ese día un centinela en el puerto de Suerre divisó una piragua miskita en la costa de una playa en Matina. Inmediatamente envió notificación al capitán Juan Díaz de Herrera y Garbanzo, lugarteniente a cargo de todo el Valle de Matina. El jefe mandó la información al gobernador de Cartago para dejarle saber que iría con una escolta a la boca del río Reventazón. Al llegar allí, los soldados encontraron un grupo de cuatro hombres negros, seis indígenas y varias mujeres, niños y niñas, que se encontraban en una isla, en la confluencia entre el Reventazón y el río Jiménez. Los españoles describieron el grupo como “negros bien vestidos con ropas de lino y seda, armados con pistolas y escopetas, quienes construían un albergue para el grupo”.

Al ser interrogados por los soldados, los hombres dijeron que hacían un resguardo para vivir allí porque en un enfrentamiento con los miskitos habían matado a cinco y, para escapar, les robaron la piragua. Aclararon que ahora se sentían seguros ahí, por lo cual estaban listos para vivir sin hacer daño a nadie, ni a los miskitos ni a los españoles ni a nadie. Uno de los soldados, de nombre Juan Román, hijo de un esclavo en Matina, reconoció a dos de los africanos. Nicolás, uno de ellos, era un exesclavo que había pertenecido a José Quirós. El otro, Juan Bautista, había pertenecido a Marcos Zamora.

Nicolás había llegado a Matina quince años antes con otro africano, como fugitivos de su amo, el gobernador de Portobelo en Panamá. Aunque su compañero de viaje había sido recapturado, Nicolás se había escondido de los españoles y de los miskitos durante un año en los campos de plátano del río Reventazón. Había sido capturado otra vez y llevado a Cartago, donde trabajó en haciendas. Volvió a escapar para irse con los miskitos, pero luego se arrepintió de su decisión, alejándose de los indígenas. Cuando los soldados le informaron al gobernador sobre el hallazgo del grupo, Díaz Herrera infirió que los cimarrones eran una amenaza para la esclavitud de Matina. Temiendo una contraofensiva miskita hacia el grupo, la cual afectaría la zona entera, diseñó una estrategia para neutralizar la amenaza. Las autoridades tuvieron que negociar el caso con los mismos implicados, ya que uno de los dueños de los dos esclavizados, Juan Román, ya estaba muerto.

Después de deliberaciones y negociaciones, el gobierno designó un lugar donde vivieran los veintidós indígenas y africanos. Fueron puestos bajo la protección de la Corona y bajo la custodia del alférez Juan Carmona, quien debía tutelar el trabajo del grupo y reportar inmediatamente si el grupo o alguno de ellos trataba de escapar. El lugar designado estaba en el Valle de Curridabat.

Todo esto se lo cuento para que no duden; esa zona de mar tenía un inmenso flujo de todo tipo de embarcaciones. A pesar de que todo lo ocurrido por ahí era ilícito, no aparece información sobre estos hechos en los textos oficiales de la historia. No puede resultarles extraño

entonces que, en Cahuita, Puerto Viejo, Manzanillo y Gandoca, haya barcos hundidos y tesoros de piratas que todavía no se conocen a cabalidad y que para conocerlos se debe explorar.

Incluso, pobladores de esos lugares que nunca han visto luces en Punta Cahuita dicen haber visto grandes cadenas en David Point en Cahuita, en frente del chino en Puerto Viejo, en Pirripli Key en Cocles y otras latitudes de las costas del Caribe Sur. *“Las cadenas yo las vi con estos ojos. Por ejemplo, hace cuarenta años, frente a la casa del finado Mista David, frente al lugar donde están los cañones, había enterrada una cadena muy larga, que llegaba de un árbol hacia la playa. Pero ya se deterioró y no existe”*, me contó un pescador recientemente.

Cuando tenía apenas seis años, Roberto Smichael iba a bucear con su padre para atrapar langosta y desde ese tiempo se encontró con cañones, anclas, ladrillos, botellas antiguas y otras cosas de los naufragios en el mar. Me comentó que los cañones le resultaron de lo más interesante en la pesca de buceo porque *“eran las cuevas de las langostas y de los pulpos”*. Me explicó, además, que su papá le inculcó siempre el significado del mar, el mar no solo era mar, sino historia y cultura para cuidar y resaltar. Manifestó lástima al saber que muchas cosas se fueron extrayendo y perdiendo, pues no se valoraban.

En cuanto a las muchas leyendas sobre luces de los piratas cuidando sus secretos, dijo: *“Soy pescador nocturno y por eso vi y supe de las luces en la playa, pero nunca se me ocurrió que fuesen de piratas. Pensé que era gente caminando por la playa, alumbrándose. Mi papá siempre me dijo que las cosas en el fondo del mar eran de barcos de piratas que llegaron y encallaron en esos lugares”*.

¿Vestigios de piratas a la vista?... Puede ser, ¿por qué no?

Desde hace siglos vengo escuchando a los pobladores hablar de luces y hablar de tesoros. Les puedo decir con certeza cuál fue uno de los primeros en hablar de eso. Fue Selles Johnson, pescador de tortugas que nació en Punta Cahuita a finales del siglo XIX. Él popularizó la historia y la hipótesis más antigua que se conoce sobre los artefactos en los mares de Cahuita. Siempre lo escuché contar acerca de los hallazgos de su abuelo “Old Smith”, nombre cariñoso del fundador de Cahuita Point, William Smith. Para él, los artefactos cerca de Cahuita Point pertenecían, sin lugar a dudas, a barcos piratas.¹¹

Selles se basó no en cuentos, sino en objetos que vieron los pescadores en el fondo del mar en la zona. Había encontrado botellas frente a David Point al norte de Punta Cahuita, viejas y raras botellas que tenían inscripciones en español una y la otra en francés.

Escuché a Selles Johnson narrar muchas veces, con lujo de detalles, lo que según él ocurrió con los barcos piratas. Él decía: *“Estaban escondidos en Puerto Vargas, pero, al dar la vuelta por*

11 Selles se lo contó a la recuperadora de historias orales Paula Palmer en la década de los sesenta y a Christopher Weston en 1968, pero ya lo había contado a mucha gente y la leyenda corrió de boca en boca entre los pobladores de Cahuita Point y del Bluff.

Punta Cahuita, divisaron el humo de un barco inglés. Para huir de él lo más pronto posible y sin ser detectados, se acercaron tanto a la costa que naufragaron”.

¿Quién se lo había contado a William Smith? No recuerdo haber escuchado de dónde procedía ese relato, sin embargo, parecía tan real que nadie lo cuestionaba.

•••••

Cris Weston Knight, buceador amateur costarricense procedente de San José, cuando fue informado de la existencia de anclas y artefactos, los buceó con Johnson como capitán y levantó la hipótesis de que los restos en el lugar correspondían a un galeón portugués de 1723. Con su conocimiento arqueológico por su trabajo en la Isla del Coco, Cris fundamentaba su hipótesis en un sello de plata de la Corona española, la cual autorizaba transporte de esclavos, así como en muchas manillas o brazaletes usados para determinar el valor de los esclavos. Dijo haberlos encontrado en el fondo del arrecife en el sitio de los artefactos.

Otra pobladora de la zona, Laura Wilson, vino a vivir a Cahuita cuando tenía tres años. Me contó que sus abuelas eran de origen jamaicano y su padre nicaragüense, proveniente de la costa de Bluefields. Declaró que ella, desde pequeña, sabía de los restos de embarcaciones del Parque Nacional Cahuita: *“Íbamos a la playa con los abuelos que sacaban coco, y en nuestros juegos siempre encontrábamos botellas de color verde de ‘One Pint’ y preguntábamos qué tipo de refresco venía en aquellas botellas, tan diferentes a las que conocíamos”.* Los abuelos le explicaron que aquellas botellas, encontradas en las playas y en el fondo del mar, eran de barcos piratas. Según los abuelos, los piratas habían dejado tesoros en Cahuita, por eso en las noches todavía se veían luces en la punta, luces de los piratas que resguardaban sus tesoros dejados cientos de años atrás. *“No les prestábamos atención a esas cosas que hallábamos porque eran de hombres malos, de piratas. Aquí aún hay casas en las cuales se dice que ocultan tesoros enterrados y por eso en ellas asustan”.*

Hasta el momento no se ha comprobado científicamente ninguna de las hipótesis, ni la de los piratas de la historia oral de los pobladores de Cahuita, ni la del galeón portugués presentada por buceadores empíricos con criterio arqueológico, ni mucho menos la más reciente, acerca de la posibilidad de que sean los dos galones daneses que arribaron a algún lugar del Caribe Sur en 1710. A falta de pruebas más contundentes, para la juventud buceadora emergente, que practica el buceo recreativo comunitario del Caribe Sur, las hipótesis anteriores narradas en la historia oral de la comunidad persisten y tienen validez como cualquier otra, hasta el momento en el cual se compruebe lo contrario, dicen ellos.



Aunque yo, Tona Ina, la antigua luz marina, no recuerde bien a qué tipo de barco pertenecen los artefactos, vengo hoy en este nuevo escenario a proyectar luz sobre los cañones. Hay un dato en el Sitio de los Cañones y las Anclas, también conocido popularmente como “Sitio de los Galeones” en el Parque Nacional Cahuita, que no se puede pasar por alto. La hipótesis sugiere que, arqueológicamente, los artefactos podrían ser de barcos piratas. De acuerdo con la arqueología subacuática, cuando los cañones se encuentran juntos en un determinado lugar de naufragio, son de distintos tamaños y de distinta confección, podrían pertenecer a barcos piratas. Los piratas armaban sus navíos con piezas robadas de distintas embarcaciones y distintos tipos de barcos, mientras que los barcos de un determinado reinado tenían cañones de una sola confección y un tamaño uniforme.

Claro, también pudieron haber sido usados como lastre para equilibrar el peso de los africanos en el fondo de las embarcaciones porque no se puede obviar que los barcos esclavistas daneses fueron construidos para carga y no para la guerra.

Incluso yo, que he estado aquí desde todos los tiempos de pueblos originarios, conquistadores, piratas, galeones y barcos mercantiles hace ya más de quinientos años, no les puedo aclarar el misterio. Me falla la memoria de los lugares exactos de cada embarcación y cada tipo de barco que vi naufragar en el Caribe Sur y no por vieja, sino porque fueron muchos.

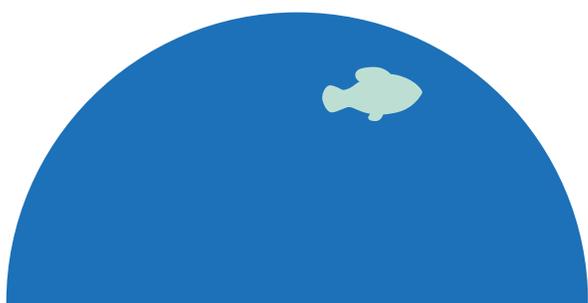
Por eso el buceo arqueológico es tan importante. Puede ser que en el fondo del sitio arqueológico en Cahuita haya un tipo de artefacto de una determinada fecha o puede que dadas las características de la zona haya un poco de todo. Cada vez que la juventud buceadora de la zona hace descubrimientos con el apoyo de científicos en la materia, el respaldo de las historias orales de sus antepasados, la búsqueda de información documental en internet, en libros y en archivos, a mí se me eriza la luz. Mi eterna luz marina no es magia; se nutre siempre de lo ancestral, pero lo complementa con nuevos conocimientos. Y no se da por vencida hasta dar con las verdades contenidas en el fondo del mar, porque forman parte de lo que somos, aunque no lo sepamos todavía. Díganme ustedes si esas verdades no son uno de los grandes tesoros que nos dejaron quienes por siglos transitaban y habitaron el Caribe Sur: son las huellas contenidas en el fondo del mar, que arrojan luz sobre una de las zonas más diversas del país.

Entonces las luces que ven los pobladores y las pobladoras son las mismas que ve la juventud buceadora del CCBEM en la arqueología. Mi luz ancestral y la de los artefactos han ido dejando huella en el fondo del mar, para que sigamos encontrando el significado de nuestras costumbres.¹²

12 Esta crónica está fundamentada en varios trabajos y libros:

- Los trabajos de Marlon Ocampo Barrantes sobre las incursiones de piratas por Matina y la ruta hacia Cartago.
- También en los trabajos que me narró Randal Villalta sobre isla Uvita y otros sobre la llegada de Colón a Costa Rica en su cuarto viaje.
- El libro *Africans into Creoles: Slave, Ethnicity and Identity in Colonial Costa Rica* (2014) de Ken Russell Lohse, fuente importante de documentación sobre Diego el Negro, sobre María Francisca y demás relatos de personas africanas y colonizadores de esa época posterior al arribo de los barcos daneses.
- El libro de Julieta Pinto, *Tata Pinto*, es una novela de ficción histórica editada en el 2005. Julieta Pinto es una escritora muy galardonada, obtuvo en 1969 el premio nacional Aquileo J. Echeverría en novela, en 1970 y 1993 en cuento, y en 1996 le fue concedido el premio Magón.
- Una entrevista de la autora de estos cuentos al pescador dirigente de ASOPESCAHUI, Roberto Smichael.
- Una conversación con el estudioso del Fuerte San Fernando y su papel en Matina, Eduardo Rojas de JAPDEVA y otra con Laura Wilson sobre su procedencia y otra con Alejandro Swaby.

El sonado
GALEÓN PORTUGUÉS
en Cahuita





El sonado galeón portugués en Cahuita

Soy Tona Ina, la antigua luz marina. Han escuchado y leído testimonios de lo que vi y también de lo que me han contado acerca de las embarcaciones a las cuales pertenecieron los artefactos del sitio arqueológico localizado en el Parque Nacional Cahuita frente a David Point, durante más de quinientos años en los que he habitado en estas costas. Como ya les dije, desde mediados de los 1800, la mayoría de los pobladores originarios en Cahuita consideran que tales embarcaciones eran barcos piratas. Sin embargo, les ofrezco otro cuento, iotra hipótesis!

Desde el año 2013, arqueólogos estadounidenses plantean que tales artefactos pertenecieron a dos embarcaciones esclavistas danesas: el Fredericus IV y el Christianus V. De acuerdo con su hipótesis, el 2 de marzo de 1710, ambas naves traían 650 africanos y africanas esclavizados a las Américas, que desembarcaron libres en alguna costa del Caribe Sur.

Yo, Tona Ina, la luz marina, fui la luz de rescate de algunos de ellos. Perdí mi luz cuando 101 de ellos fueron capturados en Matina y devueltos a la esclavitud. Quedé silenciada y oscura durante trescientos años. Pero empecé de nuevo a iluminarme cuando unos jóvenes buceadores encontraron los artefactos y desempolvieron esa historia.

En verdad, la idea sustentada hoy como hipótesis arqueológica surge de lo hallado por buceadores scuba empíricos entre 1968 y al inicio de los años setenta. Lo que vieron todos estos costarricenses en buceo scuba amateur fue mucho más de lo que se distingue ahora, pero muchísimos artefactos fueron extraídos, regalados o comprados para ocupar colecciones privadas.

Hoy en día, los artefactos hundidos allí son el arrecife artificial del parque. Pero claro, a estas alturas del siglo XXI, ese arrecife artificial está totalmente integrado con el arrecife natural. Se alimentaron simbióticamente en su crecimiento; por suerte, porque los arrecifes naturales han sido el camuflaje de las piezas que se salvaron de ser extraídas en aquellos tiempos. Todo lo que permanecía oculto desde hace medio siglo hoy es casi imperceptible: cañones, anclas, balas de cañón, botellas, teteras, esmeriles y demás están cubiertos de algas y corales, la naturaleza se encargó de protegerlos del ojo común.

Etel Alvarado, primera buceadora scuba en el Parque

La primera mujer con “ojo subacuático” que buceó con tanques en esos lugares y durante los años setenta fue Miss Etel. Definitivamente tenía ojo arqueológico, aunque era buceadora empírica, no solo vio lo que todos veían, sino que se percató de mucho más.

¡Y me vio a mí también, a mí, la luz marina que muchos dicen ver en Punta Cahuita! Recientemente hablé con ella y, cuando me presenté después de tantos años, reconoció que en esa época podía ver mi luz.¹³ Mi luz en Punta Cahuita la cautivó desde la primera vez que la vio. *“Yo veía la maravilla de Punta Cahuita desde mi ventana en Playa Negra y por eso siempre estuve mirando por esa ventana. Una vez tuve la experiencia extraña de ver una luz brillante. De repente se iluminó el mar después de una tormenta que movió todo como lo hace una licuadora. ¡Y rugía como una licuadora! Entonces pensé que podía ser un ovni, pero mucha gente de la zona ha visto luces en Punta Cahuita. Me quedé con la imagen luminosa y por ella me hice artista, pintora. Desde entonces mis obras son en su mayoría del mar del Caribe y la cultura de su gente”.*

Ella buceaba día y noche desde los dieciséis años y se enamoró del mar. *“El mar tiene una danza y cuando se bucea una se da cuenta de que también tiene música. Yo la he oído muchas veces, es una música que le da ritmo al mar. Y también tiene luz, cosa que aprendí ese día”.*

En ese tiempo, como les decía, se veían más artefactos en el fondo del mar; hoy no, y no solamente porque muchos fueron extraídos, sino por el cambio climático, los cambios en las corrientes marinas y hasta el impacto del terremoto de 1991. Incluso, ahora Etel dice guardar la imagen de un gran pedazo de embarcación. Me lo contó así: *“Un buen día de invierno, luego de dos semanas de una marejada grande y fuerte, se abrió una ventana muy clara bajo el agua; recuerdo asomarme con la máscara y ver en forma clarísima toda una costilla de un gran barco. Definitivamente era de galeón. Y lo supe sin duda porque varias veces vi allí también un gran tabique con cadenas y argollas tipo grillete, colgando, como si hubiesen amarrado gente a aquel pedazo largo y grande de madera”.*

Otros buzos empíricos como Etel llegaron a la zona a inicios de los setenta. No fueron tan observadores y artistas como ella. Ellos actuaron desde otros paradigmas. Al encontrar artefactos en el fondo del mar, se dedicaron a analizarlos, pero especialmente a sacarlos, coleccionarlos y hasta a vender algunos. Muchas personas de esa generación asumían que si encontraban algo y no tenía dueño, automáticamente pertenecía a quien lo descubriera. Aprendieron a vivir de la extracción de artefactos en tierra y mar. Los sacaban de contexto, los vendían y coleccionaban. Otros, entendiendo el valor de objetos históricos, pensaron que podían resguardarlos mejor que el Estado, hasta que hubiese un museo local el cual los exhibiera y protegiera. Lo más lamentable durante ese período fue que la población, como me dijo el pescador, al no saber el profundo valor cultural e histórico, no tuvo conciencia de su papel como protectora de su patrimonio.

13 Entrevista de la autora de estos cuentos a las personas que cuentan las historias de buceo en Cahuita en la década de los setenta, a Etelvina Alvarado y a Eduardo Fernández.

.....

Han pasado muchas cosas en los mares del Caribe Sur y en el mundo desde esos años. Hoy hay más conciencia sobre el concepto de propiedad común, no obstante, persiste un gran debate acerca del lugar, de la responsabilidad de cuidado y de quiénes deben disfrutar de su usufructo responsable. Claro que en algunas personas persiste la idea de quedarse con lo que encuentran, pero ese no es el debate en el Caribe Sur; sino que es acerca de quiénes deben y cómo administrar un bien común. En Cahuita ese debate no tiene relación solo con el patrimonio cultural, sino con el patrimonio natural también.

.....

Eduardo Fernández, buceador scuba de la época

Cuando el Parque Nacional Cahuita aún no era parque sino simplemente el mar Caribe Sur, llegaban buzos empíricos con la intención de apropiarse del bien común. Algunos pescadores de la zona los apoyaban mientras otros los miraban con recelo.

Uno de esos buzos, de nombre Eduardo, creció tierra adentro en el Pacífico y aprendió de su padre y de su abuelo a vivir de lo encontrado. Fue buzo empírico en tierra, pero también en el mar, cuando lo conoció porque se trasladó a vivir a Limón en la década de los sesenta. Al igual que quien buceó, me comentó que también para él los hallazgos en Cahuita eran restos de galeones. Los galeones son naves antiguas de dos o tres pisos, tienen dos filas de cañones, pues cuando se topaban con un barco enemigo soltaban primero los cañonazos del piso inferior para dañar la base del barco enemigo y luego disparaban los de arriba para afectar la cubierta. Eduardo asegura que en el Caribe Sur se ha perdido tiempo valioso para la investigación de tales embarcaciones.

A él le parecía que los restos pertenecieron a un solo galeón, el cual se partió en varios pedazos y traía a bordo esclavos, pero también se dedicaba a la pesca de la tortuga. Afirmó que lo sabía pues Weston, un amigo investigador de los artefactos en Cahuita, le había mostrado una medalla, esta tenía el sello característico de los barcos de caza de tortuga y también el sello oficial de autorización real de la Corona española para realizar tráfico de esclavos.

“Esas son las raíces de un pueblo, por eso preservarlas es conservar la historia de la vida a través de las generaciones”, dijo Eduardo allá por los años sesenta. Conocía información certera, sin embargo, su método era erróneo, ya que para él “preservarlas” significaba sacarlas, limpiarlas, guardarlas y venderlas a coleccionistas que las cuidarían, en lugar de dejarlas en su sitio de origen.

•••••

Tanto la arqueología marina como los defensores del patrimonio subacuático plantean que al sacarlas de contexto, aunque el valor histórico de las piezas permanece, se pierde su valor arqueológico para conocerlas mejor, así como la posibilidad de las comunidades de ser guardianas de sus tesoros culturales.

Desde la misma década de los años setenta, eso cambió cuando el lugar marino se convirtió en el 90 % de un parque (el Parque Nacional Cahuita). Desde entonces, de acuerdo o en desacuerdo, todo el mundo supo que era propiedad común. Y el debate se resolvió hace poco en favor de la población aledaña, quienes lo tuvieron y lo cuidaron históricamente conviviendo con él desde siempre. ¡Cómo costó! Pero al fin con la legalización de la cogobernanza, las comunidades, y no solo el gobierno, cuidarían para usufructuar mutuamente una zona protegida que pertenece al Estado como bien común.

•••••

Un poblador, un pescador, un buceador y sus amigos

Desde antes de que fuese parque, algunas personas como Alpheus Buchannan y otros residentes en la zona, como un biólogo de la Universidad de Costa Rica, manifestaban su inquietud por lo ocurrido en Cahuita como patrimonio marino.

En 1970, el biólogo Dr. Carlos Varela¹⁴ de la Universidad de Costa Rica, preocupado por las desapariciones en el lugar, invitó a un arqueólogo subacuático en Texas, de apellido Gluckman, a visitar Cahuita para hacer una valoración de artefactos que había en el fondo del mar y que estaban desapareciendo.

Una vez me monté en el bote de un pescador en Cahuita, de quien yo sabía que en el pasado llevaba gente a ver los artefactos y sacó algunos para vender.¹⁵ Sin embargo en ese momento reconoció que todo artefacto de ese tipo, hoy, tiene más valor en el mar que fuera de él, pero en ese tiempo no conocíamos su gran valor histórico. Él y otro buzo de Cahuita iban a bucear en el mar del hoy llamado parque, movidos por el rumor de que había un galeón hundido. Se

14 El relato sobre el profesor Varela y su invitación al arqueólogo Gluckman a venir a investigar a finales de los setenta tiene como fuente el primer trabajo arqueológico subacuático realizado en los sitios arqueológicos del Parque Nacional Cahuita, de su trabajo titulado "Preliminary investigation of a shipwreck, Pumpata Cahuita National Park, Costa Rica".

15 Entrevista a pescador de Cahuita.

metían para ver si había oro, pues esa era la idea de aquellos tiempos; no había oro pero sí muchas piezas: catorce cañones, tres anclas, garrafas de cinco galones y muchas botellas de vidrio que tenían labrado un mono y un año. Me contó que en ese tiempo se negociaron las botellas con unos coleccionistas panameños por \$5 estadounidenses cada una y por \$10 los galones, y que lo único de gran valor había sido una espada con una cubierta de oro que nunca se supo a dónde fue a parar. *“Al principio se decía que eran barcos piratas y que encallaron botando la carga por todos lados mientras se desintegraba el casco”*, me explicó el pescador, recordando, además, que en 1968 había llevado a un buzo de habla inglesa, quien estudió los restos sin encontrar nada de gran valor comercial.

•••••

Hoy la mentalidad del pescador ha cambiado: *“Nuestro principal papel es cuidar y proteger lo que tenemos en el Parque Nacional, es nuestro sustento y ahí tiene más valor que fuera del agua. Hay que protegerlo porque de ello vivimos y es un parque muy importante para nosotros, para la humanidad y para el planeta”*.

El buzo de habla inglesa al que se refería era el costarricense Christopher Weston Knight, de padre inglés, ingeniero de la IBM y buzo empírico aficionado, nacido en San José. Es reconocido porque escribió y publicó el primer gran libro sobre los tesoros de la Isla del Coco en el Pacífico. Por su gran conocimiento, fue una fuente de información importante acerca de esa otra hipótesis de un galeón, aunque no el danés, sino el portugués. Él mismo se lo había dicho a otra buceadora actual, Sigrid Lahmann¹⁶, quien me lo contó, mientras se decidía a publicar la entrevista que le hizo apenas unos meses antes de su muerte, el 25 de julio de 2017.

•••••

Sigrid Lahmann no me conocía aún cuando lo entrevistó; tal vez por eso nunca le preguntó a Christopher si vio luces en Punta Cahuita alguna vez, pero me aseguró que al señor le brillaron los ojos de su propia luz cuando habló acerca de cómo encontró los artefactos en el fondo del mar en Cahuita.

Un día en 1968, Christopher había ido a arbaletear langostas con Mista David, quien le servía de capitán en su bote. David no buceaba; le tenía pavor al mar, pero le dijo que ahí donde estaba buscando langosta había visto desde el bote muchas veces una gran ancla. A partir de ese mo-

16 Entrevista realizada por Sigrid Lahmann a Christopher Weston Knight unos meses antes de su muerte en el 2017.

mento encontró no solo el gran ancla sino varias, y muchos cañones, balas de cañón, pedazos de vasijas, piezas de amarre de embarcaciones y muchos brazaletes tipo “manillas” (brazaletes que se conocen también como esclavas) con las cuales se señalaba el valor de un esclavo en África. También encontró el gran sello de plata del que me había hablado Eduardo, por eso pensó que el pedazo de barco que todavía se veía entonces era un galeón: el sello era el permiso que autorizaba a los esclavistas a trasladar africanos al Nuevo Mundo.

•••••

Cuando el periodista Guillermo Loría lo entrevistó junto con Selles Johnson para un artículo que salió publicado en *La República* el 13 de enero de 1970, habían sacado uno de los cañones y otras piezas más, entre ellas muchas manillas. El cañón fue abandonado en la playa frente a David Point cuando él, su amigo canadiense Erick Wellington y Selles no lo pudieron levantar más. Una foto de ambos frente al cañón aparece en el periódico.

Cristopher le dijo a Sigrid haber regresado en 1974 a Cahuita, esa vez con Eduardo, quien ya había sacado artefactos pequeños también, y decía haber encontrado otro galeón o pedazo de galeón en otra parte de Punta Cahuita. Ni lerdo ni perezoso para investigar, contactó a la revista *National Geographic* a quien aseguró haber dado la información, aunque en la revisión que hizo Sigrid tal información sobre Costa Rica no aparece referida. Dijo que el “Smithsonian Institute” llegó para conocer la evidencia que él tenía. Supuestamente esa institución reafirmó que los restos eran de un galeón portugués de 1723. *“Yo quería saber de dónde era y resulta que me lo identificaron como un barco portugués, un esclavero y en gran parte se basaban en el sello. Pero después vino un gringo que yo llevé a bucear ahí, Loky. ¿Cómo se llamaba este macho? Locky, algo así, ni me acuerdo. Él vino y entonces estuvo husmeando ahí, tomando fotografías y por los cañones y su diseño, los había de varios tamaños; de trece, ocho y seis pies, yo los medí y por otras cosas que había, él dijo que era un barco portugués y ellos tenían sus teorías”*. Ni lerda ni perezosa, Sigrid fue a consultar con el “Smithsonian”, pero allí no hay trazos de tal información.

•••••

Yo tampoco me lardeé. Busqué en unos documentos que dejó un estudiante en la orilla de la playa en Cahuita, era la base de datos del Tráfico Transatlántico de Esclavos (TTE). Así supe que Portugal y su colonia Brasil, juntos, fueron responsables de casi la mitad del tráfico de los doce millones de africanos esclavizados llevados a las Américas, ya que el príncipe Enrique, entonces regente de Portugal, en 1415 lideró la conquista de la ciudad musulmana de Ceuta en el Mar

Mediterráneo e inició ese año las exploraciones en África en busca de oro y de esclavos. Así pude constatar que ese país europeo fue el mayor traficante de esclavos. Es más, desde ese momento pude decir, sin duda, que hasta fines del siglo XV el comercio de esclavos de Occidente estuvo casi en forma exclusiva en manos de los portugueses.

.....

Que uno de esos barcos encallara en Costa Rica no puede sorprender a nadie. Aunque en el TTE de Portugal la mayoría de esclavizados iban para Brasil que era su colonia, lo cierto es que Brasil ayudó mucho a suplir de esclavos al Imperio español en sus colonias, así como a británicos, franceses, holandeses y escandinavos en general. No es que la monarquía portuguesa apoyara a la española de puro gusto. Es que, para no “majarse los talones”, firmaron tratados de cooperación. Un ejemplo fue el Tratado de Tordesillas de 1494 con el que se demarcaron los territorios de cada quien. Casi todo al oeste pertenecería a España y todo al este (incluyendo Brasil, Las Azores en Portugal y África misma) sería de la monarquía portuguesa, aunque hubo disputas con los ingleses, los daneses y los holandeses que se quedaron con islas y territorios, y participaron en el tráfico de africanos a esclavizar en las Américas.

Los portugueses habían iniciado la etapa “moderna” de la comercialización o trata de esclavos negros en la península ibérica y pronto en América. La trata de negros inició en 1444 con una expedición que llegó de África a Portugal con 235 esclavos. En 1473 se presentó un proyecto de ley según el cual “todos los esclavos comprados en África debían llevarse primero a Portugal”. En ese marco, en 1486 se funda en Portugal la Casa dos Escravos, cuyo fin era conceder licencias y asegurar la recaudación de impuestos por tal actividad comercial. Una de tales licencias pudo haber sido el sello del que hablaba Christopher.

.....

Cuando leí la entrevista de Sigrid a Christopher Weston por primera vez, me dieron ganas de regresar a África después de cinco siglos en los mares del Caribe de Costa Rica. En un mapa del océano Atlántico había mirado que el trecho más corto entre África y las Américas estaba entre la barriga más sobresaliente del continente americano, la cual es Brasil, y la barriga más sobresaliente de África, denominada Senegambia. Durante el tráfico transatlántico de esclavos, Senegal y Gambia eran un solo territorio.

Contacté a las tataranietas de Cubalí la ballena, que como ustedes saben me trajo de África a las Américas siglos antes. Desde 1425, cuando me dejó en el Caribe Sur de Costa Rica, Cubalí nunca más atravesó el océano Atlántico, pues las penurias que vivió en su retorno a África fueron más fuertes que las vividas a su llegada. Sus descendientes, con gran dolor, me contaron lo ocurrido acerca de la muerte de su tatarabuela. Después de escucharlas, decidí ir nadando yo misma en las corrientes del golfo hasta llegar a la isla de Gorée, en Senegal. Según el mapa del que les hablé, era la panza de África; el punto más cercano para trasladar esclavizados directamente a Brasil, colonia del Imperio portugués.

.....

Gorée¹⁷ es una isla pequeña de unas diecisiete hectáreas, con una placita pública donde se levantan estatuas alusivas al fin de la esclavitud, una playa de pequeñas embarcaciones pesqueras, casas coloniales, un castillo militar antiguo asentado en una colina con un fuerte militar redondo con ventanas para cañones, un pequeño mercadito rodeado de buganvilla y palmeras.

La isla también está marcada por una majestuosa “Casa de los Esclavos” pintada de rosado, con una arquitectura que parece un útero perfecto. Tiene una pequeña puerta al centro, conocida como la “Puerta del No Retorno”. Dos escalinatas cóncavas a sus costados suben a un segundo piso. Abajo están los calabozos donde mantenían a las africanas y los africanos esclavizados mientras llegaban los barcos. Y arriba estaban los soldados y negreros que los custodiaban y medio alimentaban, apenas para que no murieran allí, encadenados, a oscuras y enfermos del largo viaje y del letargo de su destierro.

.....

Asomarse a la puerta es entender, desde el fondo del alma, su nombre. Al otro lado ruge un mar bravo, batiéndose contra las paredes del fortín construido para facilitar el abordaje de gentes encadenadas. Ese mar azul profundo era capaz de anclar cualquier inmenso barco negrero que llevara a las africanas y los africanos a las Américas. Nunca más regresarían a su lugar de origen, de donde fueron sacados —aunque parezca mentira— por otros africanos que los esclavizaron y los vendieron a los europeos.

17 El relato sobre Gorée en Senegal está fundamentado en una visita de la autora de estas crónicas a esa isla africana en 1996.

Antes de migrar a las Américas, yo había observado que la experiencia de la esclavitud no le era ajena a los pueblos africanos. La esclavización entre africanos y africanas era frecuentemente una de las formas de dirimir conflictos territoriales entre comunidades y reinos primitivos. Se daba como resultado de guerras entre reinos o tribus, los ganadores tenían derecho a subyugar a los perdedores; también como forma de conquista de territorios y sus poblaciones, en una época en la cual no había mediadores ni otros parámetros más allá de la fuerza de los vencedores, para disolver conflictos y adquirir trofeos de guerra.

Los colonizadores europeos se aprovecharon de esa práctica para comprar esclavos en África y lucrar con la esclavización. Además de imponerles la condición de mercancía, los colonizadores los desarraigaron y desterraron de su propia África. Al llegar a Dakar, hoy capital de Senegal y en ese tiempo conocida como Senegambia, ya habían caminado por muchos días encadenados, sin alimentos, desterrados. Desde ahí los llevaban a la isla de Gorée, a escasos 3 km, famosa por ser el supuesto lugar donde los portugueses colocaron su puesto militar y primer almacén de esclavos en 1444. Millones de personas fueron embarcadas allí para cruzar el Atlántico, hasta que en 1807 Gran Bretaña cerró el tráfico.¹⁸

Yo me enfermé irremediablemente cuando me paré en esa pequeña puerta por donde pasaron miles de personas esclavizadas. Sus paredes todavía lloran. Tal vez por eso las han pintado de rosado, para disimular su llanto, pero aun así lo sudan a cántaros. Me hizo llorar ese ancestral lamento que permanece pegado a las paredes, al punto de que una fiebre de cuarenta grados me tuvo enferma tres días. Creí morir otra vez, como me ocurrió en Costa Rica en marzo de 1710, cuando 101 de los africanos del desembarco de los galeones daneses fueron reesclavizados en Matina.

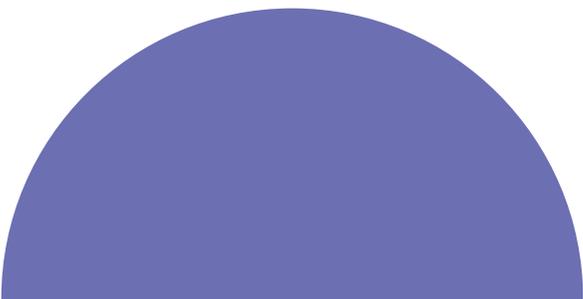
Nuevamente, mi luz se atenuaba de tanto y tan incontenible llanto, luego enseguida brillaba, incandescente desde adentro, como cuando un cuerpo se debate entre la vida y la muerte y no se sabe cuál triunfará. Pero ganó mi luz, pues lo eterno no se deja morir, ni siquiera de pena, y mucho menos sus deseos de libertad.

•••••

Hoy un pequeño ferry va y viene con turistas por la misma ruta que hacían los esclavizados para ser embarcados en Gorée hacia las Américas. Declarada Patrimonio de la Humanidad desde 1978, Gorée es hoy lugar patrimonial de turismo cultural para nunca olvidar lo que fue ese tráfico transatlántico de esclavos.

18 Este relato también se basa en la versión digital en internet de la ponencia del 2013 por David Van Zandt de CLUE y Lynn Harris de la Universidad de Carolina del Este, en un congreso de la Society of Historical Archaeology (SHA), bajo el título "Slave Ships and Mutiny, The Cahuita National Park Shipwreck Survey in Costa Rica".

El accidentado viaje de dos
BARCOS ESCLAVISTAS
entre Dinamarca, África y Costa Rica





El accidentado viaje de dos barcos esclavistas entre Dinamarca, África y Costa Rica

Soy Tona Ina Yoruba, esa luz marina que surca las aguas saladas cristalinas y transparentes del mar Caribe Sur de Costa Rica, siguiendo las pistas de historias que yacen sin ser reconocidas en el fondo de esos mares. Sagas que durante más de cinco siglos han acaecido en las cálidas aguas que fueron la autopista internacional por la que nos llegó, en grandes embarcaciones, todo lo que vino de África y de Europa en los tiempos de la colonización.

Las naves —transporte único en esos tiempos— cargaron riquezas, desplazaron gente, truncaron sueños convirtiéndolos en pesadillas del desarraigo forzado, en guerras, en rebeliones abortadas y en naufragios. Pese al cometido esclavizador y colonizador de muchas de ellas, la fuerza de la resiliencia movilizó sueños y esperanzas de quienes se resistieron a perder sus libertades e identidades aquí, el mundo donde llegaron a construir sus propios mundos, a la par de los pueblos indígenas que también se resistieron a ser borrados de los mapas y de la historia.

Unos barcos simplemente pasaron por aquí sin tocar tierra. Otros se detuvieron a pertrecharse para seguir hacia otros destinos. Y algunos se hundieron aquí, dejándonos sus rastros en el fondo del mar para que algún día los encontráramos y, en ellos, historias de luces y sombras extraviadas en el tiempo, pero presentes en cuerpo y alma entera entre sus descendientes.

Ahora que he recuperado esa luz, la Tona Ina que soy, gracias a la juventud buceadora, asumo el reto con ellos de contribuir a la recuperación de la vida que nos legaron quienes vinieron en esas embarcaciones. Aunque no conozcamos su historia todavía, está viva; vive entre nosotros. Y yo, la luz marina que lo alumbró todo, resplandece cuando esos acontecimientos la sacan a relucir, liberándola del silencio sepulcral.

Yo vine antes que todos ellos; me adelanté más de tres siglos para estar acá cuando llegara mi gente de África, mi gente negra traída a golpe de remo, palo, látigos y de velas empujadas por la fuerza de los vientos alisios. En inglés son llamados *Trade Winds*, precisamente porque fueron los aires que usaron los europeos para viajar en embarcaciones de velas para comerciar. Esos

vientos, por lo general suaves y constantes, muchas veces desplegaron una furia incontrolable y cambiaron los rumbos trazados por capitanes, tan confiados en sus instrumentos de navegación que ni siquiera me vieron cuando traté de avisarles cómo sortear tormentas para llegar a sus destinos.

Hoy vengo a contarles una de esas historias. Se trata de cómo un error náutico de los capitanes de las naves danesas Fredericus IV y el Christianus V ocasionó su naufragio en el Caribe de Costa Rica el 2 de marzo de 1710, luego de catorce meses de haber salido de Copenhague, Dinamarca, en diciembre de 1708.

Desgraciadamente para ellos y para contento de la Costa Rica caribeña multiétnica, el error náutico nos legó el arribo en escapada de unos 650 africanos y africanas que llegaron directamente desde sus tierras natales en África. El ADN de algunos de ellos está entre nosotros y urge revivir la historia de su llegada, oculta en nuestros mares y en archivos empolvados que van encontrando su propia luz en el mundo de la información.

Durante toda su larga travesía, mi gente de África había viajado en condiciones de hacinamiento infrahumanas, sin atención a sus enfermedades, casi desnudos y con poca alimentación en la penumbra del sótano fétido. El viaje organizado por la empresa danesa mercantil colonizadora del Caribe, la Compañía India Occidental y Guinea, era uno más desde que Dinamarca había entrado en el tráfico de esclavizados en la última parte del siglo anterior, pero fue el último viaje de esas dos naves.

.....

Las naves danesas

En Dinamarca hubo dos líneas diferenciadas de grandes embarcaciones construidas en esos tiempos. Una era la línea de barcos de guerra, que por supuesto está descrita en la historia con todo su esplendor. Y otra fue la línea comercial, usada por las compañías mercantiles, como la que viajaba al Caribe y otra que viajaba al Oriente. Pero las naves, fuesen comerciantes o de guerra, muchas veces llevaron los mismos nombres. Por eso ha sido necesario investigar y preguntar mucho para aclarar todo.

Según el periodista Jakob Ollin, en la época de las guerras europeas y la colonización, cada gran nave oficial danesa repetía la nomenclatura de los recientes reyes de Dinamarca y Noruega y de sus sucesores: el rey Christianus Quintus entre 1670-1699 y su hijo Fredericus Quartus entre 1699-1730, quien heredó el trono a la muerte de su padre. Nombres como Elephant, Dannebrog, Christianus, Fredericus e Indfødsretten, que se encuentran en los archivos de Dinamarca,

se refieren a los barcos más importantes, simbólicos, usados por la armada naval o por los reyes. Eran los más grandes, lentos y llenos de cañones con un poder de fuego inmenso.

Era una línea de navíos muy diferente a la de los barcos esclavistas. Los dos barcos esclavistas daneses que llegaron a Costa Rica parecen haber sido construidos en el último cuarto del siglo XVII en el suroccidente de Noruega, pero no ha sido fácil localizarlos porque algunos archivos se quemaron. Dice un periodista que pudieron haber sido fragatas danesas. Aun así, a pesar del misterio de su construcción, la historia de los barcos esclavistas es más simple. Cuatro fueron construidos por la compañía mercante danesa antes mencionada para mercadear hacia las Américas a partir de 1699. Pero dos de los cuatro se extraviaron, dejando pérdidas a la compañía. Dado que solo les quedaban dos, decidieron sacarles el mayor provecho mediante una alianza con un rey africano, con el que se aseguraron la compra de personas —prisioneras— a quienes esclavizar. A la larga el trato no les funcionó; no pudieron comprar suficientes africanos para atravesar el Atlántico. Por eso el viaje, ya en 1709 por África, recogiendo mercancía, empezó mal y terminó en hambruna cuando arribaron por error al Caribe de Costa Rica.

No se ha encontrado una descripción detallada de las embarcaciones que viajaban a las Américas con la compañía mercantil danesa, esto probablemente se debe a la manera como se descartaron bitácoras y datos de la compañía que las manejaba.

En el Archivo Nacional de Dinamarca explican que muchos documentos fueron descartados como material inútil en una de las reorganizaciones de los archivos por parte del gobierno de Dinamarca, cuando en 1754 la Compañía Danesa India Occidental y Guinea fue disuelta. Por eso, aunque recientemente en el 2017 esos archivos fueron puestos a disposición del público en forma digital, no dan cuenta de todo.

.....

Dinamarca parece tener secretos para desempolvar sobre el tráfico de esclavos. Los propios arqueólogos daneses de los museos de su país no conocían este pasaje de su historia, hasta que les llegó desde Costa Rica. Tal vez la nuestra no sea la única sin contar. Y al hacerlo juntos, ticos y daneses, quizá podamos acercarnos en una alianza sellada, para que estos tristes acontecimientos nunca más vuelvan a ocurrir, ni en Europa, ni en las Américas, ni en África, ni en ningún lugar del planeta.

El día que eso suceda, yo, Tona Ina, brillaré como nunca en la historia. Les prometo seguir buscando y preguntando en Dinamarca, en España y en Costa Rica, pero mientras tanto, lo que sí está claro es cómo fue el viaje de los dos barcos.



El accidentado viaje

A finales de 1708 salieron dos naves de Copenhague, cada una por su lado, pero ambas de la misma compañía danesa. El Christianus V zarpó en noviembre y el Fredericus IV salió un mes después, ambos hacia Ghana.

Emprendieron lo que terminó siendo su último viaje a las Américas. Iban rumbo a su colonia en el Caribe, la isla de St. Thomas en lo que hoy son las Islas Vírgenes, cerca de Puerto Rico. Pasarían por los puertos esclavistas de África occidental para comprar allí la mercancía que llevarían al continente que colonizaban.

El Christianus V llevaba un cargamento que incluía materiales como telas, bienes derivados del metal, armas y ladrillos. Estos ladrillos a menudo estaban destinados a ser objeto de comercio con los africanos, pero también materiales para la construcción, lastre para balancear las naves y para aislar las cocinas de leña en las embarcaciones y evitar que dañaran la madera del barco con su fuego.

El cargamento inicial del Fredericus IV incluía cofres, algunos con pistolas, dos sobres de cuchillos, 522 barras de hierro noruego, 648 barras de hierro sueco y 19 cajas con regalos para vender en África. Muchos de estos bienes sirvieron en África occidental como objetos de intercambio. Por ejemplo, las sábanas de cama fueron cortadas en tiritas para utilizarlas como materia prima para tejedoras, mientras que las barras de hierro podrían fraguarse como herramientas y armas. Dado que se esperaba que el viaje de los barcos fuera por varios años, también cargaba cerca de 28 000 libras de pan y veintidós cerdos curados.

Como señalaba anteriormente, ambas cargaban miles de ladrillos amarillos usados como lastre para equilibrar las embarcaciones, en las cocinas para que no se quemaran los barcos y para construir sus edificaciones en las Américas. Aunque el recorrido no fue tan largo el viaje fue muy accidentado. En aquel corto viaje soplaron vientos de rebeldías, soplaron vientos de guerra y soplaron vientos de tormentas inmanejables para quienes capitaneaban las naves.

Ciertamente, recogieron mercancía —humana y en especie— a lo largo de las costas de África occidental, surcando las aguas entre los puertos de un continente en disputa por las monarquías colonizadoras y también entre las tribus locales. Así, antes de llegar al cabo López de Gonçalves, se percataron de que Francia y su país Dinamarca habían entrado en guerra a causa del conflicto por la sucesión del reinado español, que tuvo lugar entre los años 1701–1714. Tal conflicto, en el que se involucraron todos los países monárquicos, repercutió en los viajes hacia sus colonias, pues hasta el mar se convirtió en territorio en disputa. En aras de ganar la guerra todo se valía.

Los fuertes vientos de cambio de la costa oeste africana por la que transitaban habían impulsado los navíos hacia la bahía de Biafra y hacia Camerún. Durante ese lapso, Christianus V y Fredericus IV pasaron cerca de las islas portuguesas de Santo Tomás y Príncipe, pero no lograron permanecer suficiente tiempo en puerto debido al mal clima. Se las habían ingeniado para anclar, pero no lo necesario para adquirir mercancía por miedo a quedar atrapados en la guerra. Enterados de la situación bélica entre Francia y Dinamarca y conscientes del peligro que suponía dirigirse hacia el cabo López de Gonçalves que pertenecía a los franceses, los capitanes enrumbaron sus navíos hacia las Indias occidentales a pesar de las escasas raciones que tenían. Por eso partieron juntos, cosa rara en el tráfico de la época, donde los viajes eran un barco a la vez. Pero deben saber que también viajaron juntos por temor a las insurrecciones, como una que había ocurrido en el Fredericus IV. El amotinamiento ocurrió antes de salir del puerto en Ghana.

Como les decía, las africanas y los africanos prisioneros en esos tiempos de guerras tribales en África también eran convertidos en mercancía. Ante los colonizadores, seducidos por la paga en dinero o en materiales de intercambio, les entregaban sus prisioneros a los traficantes, en este caso a los daneses. Así el botín obtenido como vencedores en sus propios conflictos y luchas interétnicas y territoriales fue mercantilizado por la colonización.

Pues volviendo al recorrido de los barcos daneses, ocurrió que mientras los capitanes adquirían una mayor cantidad de mercancía humana en Ghana, las personas africanas subyugadas, que habían sido “almacenadas” en el sótano del barco, se impacientaron. Enfrentaban —ni más ni menos— lo que sería su segundo desarraigo. Y trataron de liberarse. Esto ocurrió durante la noche del 13 al 14 de septiembre de 1709.

¡Fue tremenda aquella revuelta! Algunos africanos rompieron sus cadenas y atacaron a los marineros en la plataforma principal de la embarcación, pero no consiguieron liberar al resto. Sin apoyo, los líderes rebeldes fueron capturados y decapitados y la rebelión desarticulada. Los líderes del amotinamiento fueron ejecutados con el fin de dar una lección al resto: el costo de la más mínima insurrección serían la tortura y la muerte violenta. Lloré amargamente al enterarme del macabro castigo que sufrieron; pasearon sus cabezas por el barco para que todos vieran y sintieran terror, y finalmente las amarraron y colgaron de los mástiles.

Los conflictos entre monarquías durante la Guerra de Sucesión estaban afectando el comercio, pues no llegaba a los puertos suficiente mercancía humana, ocasionando inflación en los precios de los escasos africanos para la venta y también alterando fechas de partida e itinerarios de los barcos.



En los archivos actualmente accesibles por internet, ustedes pueden precisar fechas y ruta del Fredericus IV hasta su escala en Ghana, donde arribó el 1 de septiembre de 1709. Por su parte, el Christianus V partió del fuerte danés en mayo de 1709 en ruta hacia uno de los grandes puertos esclavistas, el entonces puerto Petit-Popo, conocido hoy como Aneho, en Togo. Ahí una tragedia de otra índole azotó a su tripulación. Mientras cargaban mercancía, una canoa cayó sobre el capitán y tres miembros de la dotación, y los mató instantáneamente. El mando recayó sobre el segundo marinero, Ander Pederson Waroe, quien decidió enrumbar hacia el gran puerto esclavista Ajudá, conocido como Ouidah hoy en Benín, donde llegó el 21 de junio de 1709. Allí consiguió aumentar el número de africanos.

Los dos navíos por fin se juntaron y partieron de la costa de esclavos en octubre de 1709. No podían poner en riesgo su más valiosa mercancía que seguiría su ruta a las Américas, en donde los esclavizados les producirían riqueza. Fredericus IV zarpó cargado con 435 africanos y 8000 libras de colmillos de elefante, entre otra carga. El Christianus V transportaba 373 esclavizados para un total de 808 africanos y africanas de todas las edades, de los cuales 186 murieron en el camino.

Llegando al Caribe antillano

Era una noche oscura de enero de 1710 cuando se acercaron al Caribe. Una pesada atmósfera tropical llenó de neblina el ambiente marino, oscureciendo todo al alcance de la vista de los marineros. Mientras los capitanes trataban de leer sus compases y mapas de navegación, y de vez en cuando levantaban la vista intentando divisar horizontes para encontrar su rumbo hacia la isla de St. Thomas, se sintieron quebrantados al saber que estaban tan perdidos como la chiquita de La Llorona¹⁹.

En ese momento yo, Tona Ina, la luz marina, me asomé en la oscuridad para alumbrarles el camino hacia la islita más cercana, que era Barbados. Un marinero me vio y avisó, pero no me reconocieron y tampoco me hicieron caso. Los capitanes confiaron más en sus instrumentos técnicos que en la luz marina, la que alumbra los caminos fluidos a los bienaventurados que creen en su propia luz ancestral.

La travesía tomó un afortunado giro cuando los dos barcos fallaron en llegar a Barbados por tres grados hacia el norte. Eso dejó a la tripulación sin idea alguna sobre su ubicación y casi sin alimento. Desembarcaron en la isla Santa Catalina, a trescientas millas de la isla de St. Thomas. Supieron dónde estaban gracias a unos pescadores de tortuga y a unas barcasas inglesas que

19 **La Llorona** es un espectro del folclore latinoamericano según la tradición oral, y simboliza el alma en pena de una mujer que prefiere a sus hijos en el río antes que entregarlos como esclavos en las minas durante la colonia. Ella recorre por las noches ríos, pueblos y ciudades, asustando con su sobrecogedor llanto a quienes la ven u oyen.

andaban pescando. Pero al percatarse de los errores de navegación y aceptar que no podían regresar a St. Thomas, los capitanes decidieron dirigirse hacia Portobelo en Panamá, en un esfuerzo por vender africanos para comprar municiones.

Intentaban llegar a puerto en Panamá, cuando enfrentaron otra gran tempestad que esta vez los desvió quinientas millas fuera de curso. La tormenta azotó las naves con la fuerza descomunal de los siete vientos, las imponentes olas de los siete mares y los rayos y truenos que desataron con furia todas las deidades africanas. Los prisioneros que viajaban en el sótano de los barcos experimentaron de la peor forma la tormenta. Casi todos ellos, Yoruba, se encomendaron a sus deidades de la naturaleza. Invocaron a Obatalá, orisha que simboliza la justicia, la salud, la pureza, la sabiduría, la verdad y la paz. Lo necesitaban en ese momento. La furia de las aguas parecía que partía las embarcaciones, golpeando por ambos lados. En el sótano del barco buscaron la esperanza y se escucharon contra las maderas los sonidos recurrentes de los tambores de Changó, orisha que representa la alegría de vivir. No podían hacer nada más que rogarles a sus a Yemayá y a Oshún del mar y a Eleguá que abre caminos. Les rogaron en sus lenguas para que abrieran el mar y los dejaran pasar sin percance. ¡Y las deidades les escucharon!

Llegaron a algún lugar del Caribe de Costa Rica. Aunque era una zona en conflicto entre piratas ingleses y españoles, en ese momento reinaba la calma. Unos pescadores jamaquinos condujeron los barcos hacia una bahía donde los capitanes de Fredericus IV y Christianus V soltaron anclas. Pensaron que habían llegado a Punta Carreto en Panamá. Pero al oírlos discutir acerca del nombre del lugar, supe que lo habían malinterpretado y quizá correspondía más a la localidad de Punta Cahuita en Costa Rica.

Yo sabía que los ingleses, al no hablar español ni miskito, confunden muy a menudo los nombres y los eternizan incorrectamente en sus mapas. “Punta Cerret” en su inglés para Punta Carreto en Panamá y “Punta Caobe” para la Punta Cahuita de los miskitos en Costa Rica. Puede ser.

.....

Los mapas antiguos no parecen ser suficientemente exactos. No ofrecen evidencia científica y por eso todavía no se sabe a ciencia cierta dónde está la Punta Carreto o Acarreto. Esto según el libro de Tatiana Lobo *Negros y blancos, todo mezclado* (1997), fuente donde aparece por primera vez en la literatura costarricense la primera referencia a los barcos esclavistas daneses.

Hay una Punta Carreto en Panamá cerca de Portobelo, pero está demasiado lejos de Matina en Costa Rica, que fue el lugar donde se reportó oficialmente la aparición de los primeros africanos de esas naves que llegaron a las playas del Caribe Sur, apenas ocho días después del desembarco. A juzgar por la geografía entre Punta Carreto de Panamá y Matina de Costa Rica, es casi imposible suponer que fue allí el lugar de llegada de las dos embarcaciones. Adicionalmente,

los citados mapas antiguos colocan a Punta Carreto unos en Punta Mona y otros en Punta Cahuita, ambos sitios en Costa Rica. Dice un lingüista de apellido Holm, en 1982, que estudió la documentación europea sobre esos naufragios, citando a otros estudiosos, que, de acuerdo con los mapas del siglo XVII que están en el museo británico, el nombre de la punta o península parece corresponder con Punta Carrett o Punta Carata, ambos en la posición actual de Punta Cahuita en el mapa.

Pero para saber a ciencia cierta, urge investigar arqueológicamente, urge estudiar archivos en Dinamarca, Guatemala, Sevilla en España y en Costa Rica, y en algún momento se podrá buscar en las raíces profundas del ADN de nuestra gente afro y mestiza, pero también en la memoria ancestral.

La costa a la que llegaron

Al llegar a Costa Rica, la tripulación confrontó al capitán Pfeiff, al mando del Fredericus V, exigiendo paga y permanencia en el lugar para buscar alimento antes de zarpar en busca de Portobelo. Él se negó a quedarse en un sitio que consideró peligroso, donde merodeaban indígenas miskitos y tal vez españoles, y tampoco cedió ante la demanda de pago de servicios atrasados. En un intento por apaciguar los ánimos de los marineros, ordenó liberar a los africanos en el litoral, para que la comida que quedaba fuese distribuida entre la tripulación para continuar hacia Portobelo. Descontenta por las duras condiciones, la marinería se sublevó y soltó las amarras de las anclas luego de haber desembarcado a los africanos. Abrieron las arcas, repartieron el oro del barco entre ellos y contrataron al grupo de jamaquinos para que los llevaran a Panamá junto con los capitanes.

Ya sin nada que hacer, Pfeiff y los capitanes del Christianus V viajaron con la tripulación hacia Panamá y se llevaron veintiún africanos. Posteriormente, embarcaron de regreso a Europa, unos a Dinamarca y Pfeiff a Holanda. Los africanos permanecieron en Panamá.

Los demás africanos y africanas desembarcaron libres en la costa. Hasta ahora han sido los primeros africanos en haber llegado directamente de África a Costa Rica para ser esclavizados y que aparecen reportados oficialmente en archivos nacionales. De distintas edades y procedencias en África, traídos para venderlos como esclavos, su accidentada llegada y desembarco en el Caribe de Costa Rica les significó una libertad inesperada, que para algunos duró poco tiempo.

Testimonios documentales permitieron saber que unos fueron llevados por sus amos a Panamá; otros, capturados por miskitos en la costa, seguramente fueron llevados al protectorado inglés en la costa atlántica de Nicaragua. De otros nunca se supo nada, porque los que tomaron el camino de la selva hacia Alta Talamanca deben haberse encontrado con los Bribri y los Cabécar, desapareciendo de la historia oficial y mezclándose con nuestros pueblos originarios que nunca se dejaron conquistar.

.....

¡Esos africanos sí que recuperaron su libertad! Su historia no contada se puede hallar en lo profundo del mestizaje de los bribris y los cabécares, entre quienes no saben todavía cuál es el origen de su negritud. Pero otros 101 de ellos, los que caminaron por la costa hasta llegar a Matina, fueron recapturados y esclavizados. De algunos de esos se pueden trazar líneas genealógicas a partir de documentos de compra y venta de esclavizados en los archivos nacionales, así como en actas bautismales, actas de matrimonio y de defunción. Y ahora que Costa Rica al fin se ha declarado constitucionalmente multiétnica y pluricultural en el 2014, muchos nos preguntamos hurgando en nuestras genealogías cómo se come eso.

Miguel Maroto: Uno de los africanos del desembarco

Ustedes saben que el triste acontecimiento de la captura de esa centena de africanos liberados y su reesclavización por parte del poder colonial me hizo perder mi luz, casi al punto de morir. Saben también que los jóvenes buceadores me la devolvieron. Con ellos estoy empeñada en una búsqueda de la cual forma parte la historia rescatada del arribo, la rebelión de los marineros, el naufragio de los navíos daneses, la liberación de las africanas y los africanos frente a nuestras costas. Esta búsqueda implica no solamente el rescate de nuestra historia, sino también y particularmente el encuentro con el ADN de nuestra raíz multiétnica y pluricultural. Por eso quiero contarles acerca del avance más cercano que hasta hoy he conseguido, para la confirmación de ese ADN vivo aquí y ahora.

Una noche mientras nadaba entre Puerto Viejo y Cahuita, conocí a Adriana Maroto cantando a la orilla del mar. Era una noche oscura y por eso, desde la playa, ella pudo divisar las luces de Punta Cahuita. Al verme y reconocermela, me llamó inmediatamente. “*Tona Ina —me dijo— idetente, que te necesito! Te quiero contar un cuento*”. Sentada en un promontorio de ladrillos amarillos, empezó a cantar el cuento, como si fuera una canción de cuna. Una melodía al son de tambores acompañaba la historia acerca de una niña que buscaba caracoles a la orilla del mar mientras se preguntaba si alguna vez sabría de dónde vino su negro antecesor. Nunca se lo pudo preguntar a su padre estando él en vida, porque lo perdió cuando era muy niña. Y ahora, como todos los años cuando se acercaba el aniversario de la muerte de su padre, la inquietud por indagar sus verdaderas raíces la hizo llamarme.

Y sí, algo sabía yo acerca de la llegada a Costa Rica de un señor africano al que le pusieron ese apellido Maroto cuando desembarcó del Fredericus IV. Miguel Maroto llegó a Costa Rica el 2 de marzo de 1710, procedente tal vez del actual Benín, antiguamente Dahomey, ubicado en África occidental, o quizá de Togo, en África subsahariana. Has de saber para tu interés, Adriana, que llegó aquí directamente desde África y, al ser capturado en Matina, fue esclavizado a

sus dieciséis años de edad. De casta Mina, su lenguaje africano original pudo haber sido fon o yoruba si vino de Benín o el ewe o kabiyé si vino de Togo. En cualquiera de esas lenguas, mi niña, lo importante es que de algún modo contó su historia y por eso la podemos conocer ahora. El asunto es que en Costa Rica no existían puertos para ese tipo de tráfico, y existe entonces la creencia de que aquí jamás llegaron barcos esclavistas; pero los trazos de este hombre nos confirman lo contrario, aunque el desembarco haya ocurrido por accidente.

El 1 de mayo de 1710, es decir, dos meses después del naufragio de los barcos daneses, Miguel Maroto fue capturado en Matina con veintidós “zambos” miskitos y negros. Una década más tarde, Miguel dio declaraciones sobre su llegada, narrando que entró por Matina procedente de una playa donde habían encallado los barcos en los que venía con muchos otros. Intenté seguirle la pista a Miguel Maroto con mi nueva luz, Adrianita. Es una luz que he recuperado gracias a la indagatoria y rescate histórico, literario, etnográfico y hasta lingüístico, realizado por alguna gente en los últimos tiempos acerca de estos hechos. Aunque sé que puede haber diversas hipótesis sobre su procedencia, me llamó mucho la atención su historia.

El enterarme de la trayectoria del esclavo Miguel me ocasionaba el mismo sufrimiento como aquella primera vez que fui testigo de los hechos que le trajeron aquí. Esa canción de cuna que cantas acerca de esa niña en busca de sus raíces fortalece mi luz africana yoruba y voy a contarte algo de lo que sé sobre tu posible ancestro. Miguel Maroto pasó de mano en mano luego de ser capturado y esclavizado. Su primer “amo” fue el gobernador Grande Ivalbin, quien tomó por esclavos a veintiuno de los africanos del desembarco, hecho consumado con la venia de la Capitanía General de Guatemala para compensar el sueldo que no le habían pagado. Muy pronto, Ivalbin vendió a Miguel al capitán González Coronel, quien a su vez se lo vendió a Gabriel Maroto, a la muerte del cual su madre doña Luisa Calvo, en Cartago, pasó a ser su “ama”. El 19 de agosto de 1727, doña Luisa donó su esclavo Miguel Maroto a su nieto, el cura José Díaz de Herrera, quien casi de inmediato se lo vendió por cuatrocientos pesos de cacao al alférez Francisco Gutiérrez, cacaotero del lugar. En 1730, Gutiérrez vendió su esclavo Miguel a Bernardo García de Miranda, por ese mismo precio.

¡Uf! ¡Qué agotamiento al solo leer esto, una travesía tan dura como la del viaje transatlántico y lo peor es que ni puesto en tierra pudo arraigarse en todo ese tiempo! Lloro, Adrianita, si tienes que llorar, yo ya he derramado las lágrimas que se han sumado al caudal del mar, fundiéndose en las profundidades de las luces y sombras de sus legados e historias. Miguel, pasando de mano en mano, de trabajo en trabajo, de “palo si boga y palo si no boga”, como dice el cruel dicho de la esclavitud, tuvo muchos amos y amas hasta que en 1716 contrajo matrimonio con Petronila Calvo, una mulata libre. Es probable que Petronila fuese descendiente de la familia Calvo, posiblemente mezcla de española y africana y por eso “mulata libre” como se le describe en las actas de matrimonio.

Aunque no se ha localizado un documento de manumisión que precise cuándo Miguel Maroto obtuvo su libertad, lo que sí se ha verificado en archivos es que, al nacer los hijos de su matrimonio con Petronila, Miguel aparece como “mulato libre” por primera vez. Hay que recordar

que la esclavitud o libertad se heredaba por la madre, y Petronila era mulata libre, de modo que las hijas e hijos de la pareja Maroto Calvo nacían libres. La información en los archivos señala, sin embargo, que los descendientes de esta pareja trabajaron en la producción de cacao en Matina, primero como esclavos y luego como hombres y mujeres libres.

La pareja tuvo seis hijos: José Hermenegildo, nacido en 1716; Andrés, quien vino al mundo en 1719; María Gertrudis, quien nació en 1724; María Candelaria, en 1727; Manuela Antonia, en 1736; y María Narcisa, en 1739. Todos tuvieron descendencia hasta nuestros días, menos Manuela Antonia y María Narcisa. Aunque los parientes llevan el apellido Maroto o Calvo, prevaleció el Maroto. Se sabe que en el siglo XIX, además de Maroto, sucesores de esta cepa se apellidan también Carvajal, Brenes, Barrios, Rivera o Salazar.

No se sabe cuándo murió Miguel, pero su viuda Petronila vivió hasta el 16 de enero de 1765 y fue enterrada en la iglesia de Los Ángeles en Cartago. *“Jamás se imaginó Miguel cuando desembarcó después de la forzada travesía, que iba a fundar un nuevo linaje tan lejos de su lugar de origen y a establecer nuevas relaciones en un nuevo mundo”*.²⁰

Adrianita, chiquilla mestiza de un Maroto, pudiste haber sido descendiente de Miguel. No puedo dejarte en este lugar sin antes dar a conocer la canción de cuna que te he escuchado cantar a la orilla del mar.

20 Como dijo el lingüista Mauricio Meléndez, escritor de esta etnografía de Miguel Maroto: *“Jamás se imaginó Miguel cuando desembarcó después de la forzada travesía, que iba a fundar un nuevo linaje tan lejos de su lugar de origen y a establecer nuevas relaciones en un nuevo mundo”*.

Las fuentes de este trabajo son la tesis y el libro: *Africans into Creoles: Slave, Ethnicity and Identity in Colonial Costa Rica* de Ken Russel Lohse, quien cita a Holm, Justesen. Además los mapas de los archivos de Gran Bretaña aportados a la autora de estos cuentos por el arqueólogo español Omar Fernández.

El libro de Tatiana Lobo y de Mauricio Meléndez *Negros y blancos, todo mezclado* (1997); la ponencia de Mauricio Meléndez en el “Seminario Verdades Ocultas en el Mar Caribe Sur 2016”; la presentación del arqueólogo danés Andreas Bloch en el seminario “Quehaceres, Deberes y Saberes de la arqueología comunitaria en el Caribe Sur” en 2018 organizado por Embajadoras y Embajadores del Mar con la Universidad de Costa Rica (UCR) Sede del Caribe y la Asociación de Pescadores de Subsistencia y Acuicultura de Cahuita (ASOPESCAHUI), así como documentación del Archivo Nacional de Costa Rica, archivos de Dinamarca como Maritime History Virtual Archives y Virgin Islands History Archives, y una carta del periodista Jakob Ollin sobre los barcos y sus nombres. Los otros estudiosos son de Steven Field en Gran Bretaña en 1740 y Edward Long cuando escribe una historia de Jamaica, 1774.

La historia sobre Miguel Maroto, un afrodescendiente de la vida real que desembarcó de uno de los barcos daneses, aparece reseñada en el trabajo etnográfico de Mauricio Meléndez en su ponencia en el evento “Verdades Ocultas en el Mar Caribe Sur”, 2016, organizado principalmente por la Fundación Arte y Cultura para el Desarrollo (FUACDES). Buscando aportar a la búsqueda de posibles descendientes de Miguel Maroto, la autora de este libro de cuentos entrevistó a una amiga suya de apellido Maroto, la profesora costarricense Adriana Maroto, quien sabe tener ascendencia negra sin haber podido descubrir su linaje. Actualmente trabaja con Mauricio Meléndez en ello.

Coro

Anancy, fogosa arañita africana
que te resistes a desaparecer
en el olvido de las hazañas
de tu gente que vino de África,
no permanezcas escondida,
sal a bailar tu danza vital.
Devélele a mi niña los secretos del mar,
devuélvele la memoria ancestral,
de sus antepasados que vinieron
de un lejano mundo que vive entre nosotros,
que se encuentra en ti, Anancy,
para que las nuevas generaciones
sigan buscándote también en el fondo del mar.

Coro

Anancy, fogosa arañita africana
que te resistes a desaparecer
en el olvido de las hazañas
de tu gente que vino de África,
no permanezcas escondida,
sal a bailar tu danza vital.
Enséñale a mi niña a hurgar
en los archivos empolvados
que otros vieron y cerraron
por no creer en su propia luz ancestral.
Vos podés, sos Tona Ina,
esa que alumbra lo oculto
para salir con Anancy a bailar,
la danza de la raíz vital.

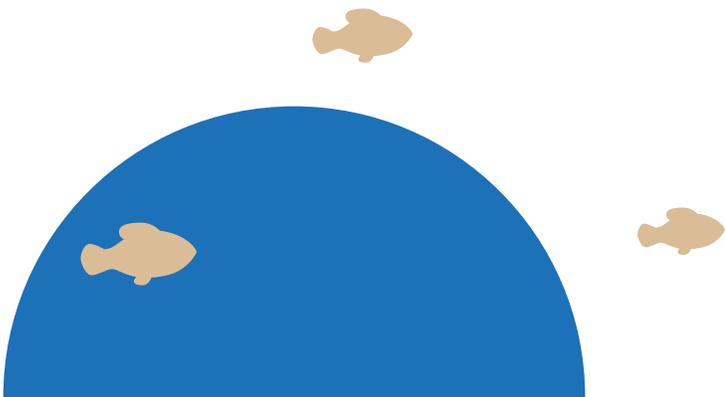
Coro

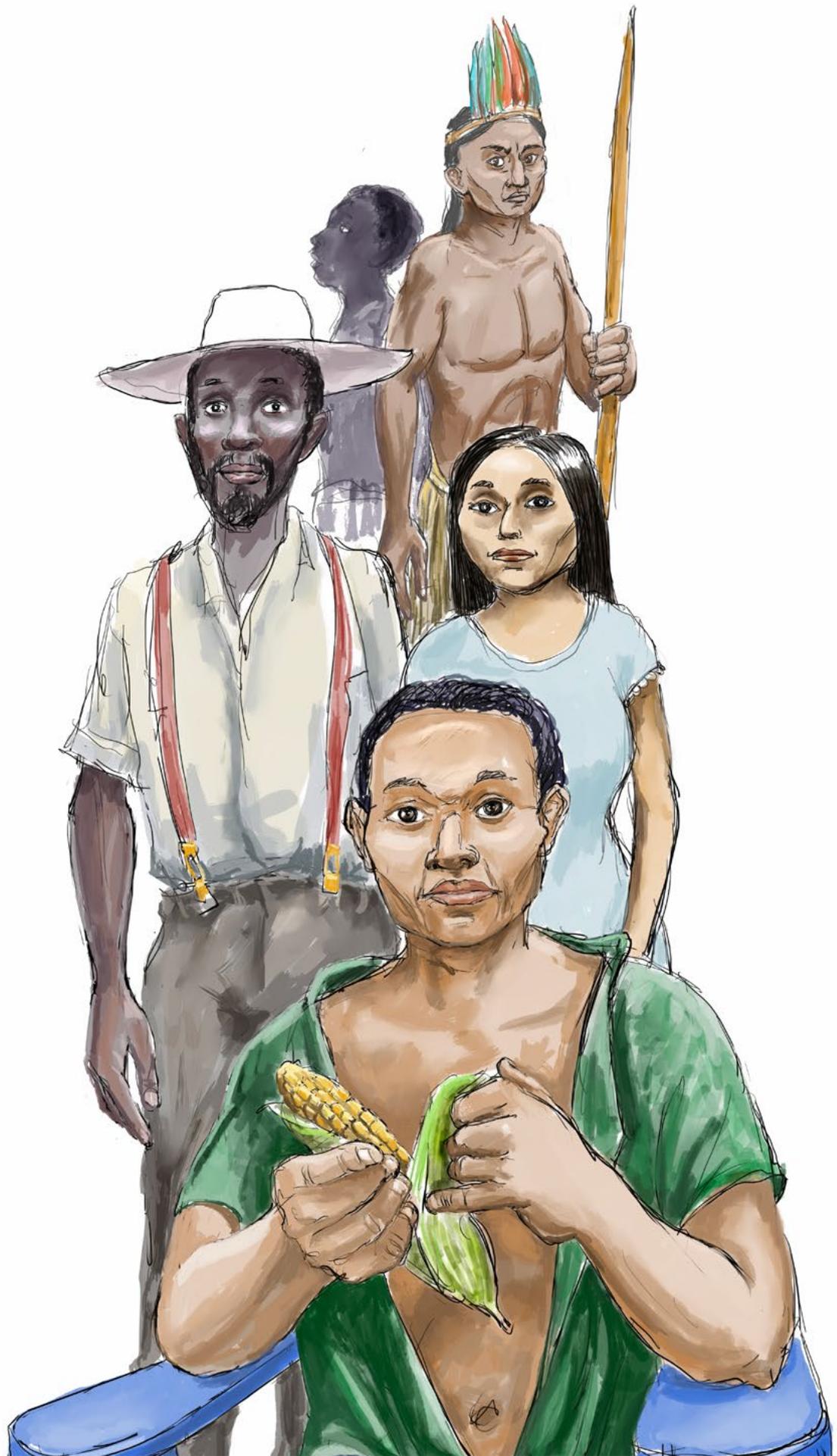
Anancy, fogosa arañita africana
que te resistes a desaparecer
en el olvido de las hazañas
de tu gente que vino de África,
no permanezcas escondida,
sal a bailar tu danza vital.
Guía a mi niña con tu luz,
esa que aparece y reaparece
en el ADN cultural,
que nos delata por encima de los colores,
a seguir averiguando
quiénes somos,
de dónde hemos venido
y en qué nos hemos convertido.

Coro

Anancy, fogosa arañita africana
que te resistes a desaparecer
en el olvido de las hazañas
de tu gente que vino de África,
no permanezcas escondida,
sal a bailar tu danza vital.

El uso de la
BIOMIMÉTICA
para controlar invasiones en Talamanca





El uso de la biomimética para controlar invasiones en Talamanca

Hoy vengo bañada en agua de mar y encandilada por el brillo de los conocimientos ancestrales usados por nuestros antepasados desde tiempos antiguos en Talamanca y aunque parezca extraño, vuelvo a verlos hoy renovados, en las experiencias con la niñez del Caribe Sur en la Baja Talamanca costera.

Por eso esta niñez es la semilla de la vida talamanqueña, porque crece desde sus profundidades. Lo sé por experiencia. Desde tiempos inmemorables, la especie humana ha desarrollado esa capacidad de aprender del resto de la naturaleza en este Caribe, empezando por nuestros pueblos indígenas y sus métodos para sobrevivir, para resistir, para crecer al calor de su entorno.

Observando los animales, las plantas, las energías del curso de los ríos y de los mares, y observando las señales del tiempo, de los vientos y de las mareas, aprendieron estrategias para resolver y enfrentar las amenazas, convirtiéndolas en oportunidades para desenvolverse.

Por eso se dice que una de las formas más antiguas de conocimiento humano es la hoy llamada biomimética. No es otra cosa que la estrategia de imitar los métodos de sobrevivencia del resto de la naturaleza, una inagotable fuente de conocimiento para vivir y sobrevivir que nace de la interacción con el entorno y sus comportamientos. De eso les vengo a contar hoy dos experiencias que he conocido en todos estos siglos en esta zona bendecida por la naturaleza, incluyendo la naturaleza de quienes la han habitado en todos los tiempos.

Conocí a los pueblos originarios desde que llegué a Costa Rica, antes de la llegada de los españoles, de los ingleses y de los piratas. Supe que estos pueblos de Talamanca sacaban su fuerza de los poderes de la naturaleza. Hace ya más de trescientos años que usaron la biomimética para repeler invasiones continuas. La biomimética es tan antigua como los Bribri en el territorio de Alta Talamanca y fue usada para resistir a la colonización. El término biomimética y su com-

presión es de factura reciente aunque su práctica es ancestral, pero sigue siendo nueva en las prácticas de la niñez actual del Caribe Sur para sacar al pez león de los mares.

Ambos momentos de la historia, en el pasado y en el presente, tienen en común que son cuentos de resistencia a invasiones, pero también tienen la característica compartida de que, en ambos, la biomimética ha sido un método para aprender a resistir esas invasiones. La biomimética permanece en el ADN de poblaciones que, al no ser totalmente capturadas por la mentalidad mecanicista y tecnológica, en lugar de considerar los poderes de la naturaleza una amenaza para ellos, los integran a sus estrategias de vida, de “pura vida”. Nuestras culturas originarias convivían estrechamente con ella, observándola con atención y con gran disposición para aprender de ella.

En el ejercicio de tal aprendizaje, los pueblos originarios de Talamanca escogieron privilegiar el camino de la semilla de maíz, por su resiliencia. Es más, son semilla del maíz en su cosmovisión. El camino de la semilla es el camino del territorio, entendido no solo como la tierra, sino como todo lo que da vida a la semilla para que crezca. Así pasa hoy día con nuestra niñez, son la semilla que crece aprendiendo de su entorno, que incluye a quienes les precedieron. Esta experiencia se sigue reproduciendo en los niños y las niñas que he conocido en Talamanca desde los siglos de los siglos.

1710: Alta Talamanca, un pueblo que cuida su semilla

Cuenta la cosmovisión Bribri que la deidad Sibú arrojó las semillas de maíz desde lo alto del cerro Namásul en Alta Talamanca para que germinaran. Antes de lanzarlas, Sibú las había separado, escogiendo las mazorcas de acuerdo con los colores. Las más oscuras, rojas y negras, las apartó y las colocó en tierra fértil. Y las más claras, blancas y amarillas, las lanzó al aire. Por eso se dice que las claras están dispersas por todos lados; en cambio, las oscuras quedaron concentradas en el territorio de Alta Talamanca.

Las oscuras que germinaron dieron vida a todos los clanes talamanqueños, clanes matrilineales, en los cuales la mujer jugó un papel importante y en los que la pertenencia al clan se hereda por la madre, al igual que el derecho de posesión de la tierra. El resto de las semillas se esparcieron por toda Talamanca y más allá, pero todas venían de Sibú, traían en su ADN el conocimiento de la biomimética.

¡Así ha sido la identidad de las semillas!

En la cosmovisión indígena Bribri, el armadillo era el que más ayudaba a cuidar la semilla de maíz, porque Sibú se lo había encomendado desde siempre.

2015: Las pocitas de Villas del Caribe, Cocles, Talamanca: escenario de resistencia infantil a la invasión del pez león

Pablito logró divisarlo cuando limpió su máscara de buceo para aclarar la vista. Sacó inmediatamente la cabeza del agua y gritó emocionado: ¡Vengan, vengan, aquí está el primer pez león que podemos capturar! Una de las niñas que jugaban en la pocita se acercó con gritos de emoción a confirmar el hallazgo, sin poder contener la alegría de verlo tan cerca y al alcance de sus manos.

Ashanti llamó a Daniel para que trajera la malla tipo mariposera para cazarlo. Así, todo el grupo se fue congregando. Era una hazaña colectiva de mentes, voluntades y destrezas de la pesca responsable. La misión del grupo era contribuir a reducir tan dañina especie para los arrecifes del Caribe Sur. Habían aprendido a proteger los peces del arrecife capturando y consumiendo pez león.

—Este pez es un invasor que vino de muy lejos hasta aquí, vino del océano Indo-Pacífico, no tiene en nuestros mares quien se lo coma, nosotros tenemos que ser sus depredadores —dijo enfáticamente Ashanti.

Al fin llegó Daniel con la malla. Pero por más que trataron de agarrarlo, el bandido pez león seguía en su cuevita hecha a la medida de su propio tamaño. Nada lo movía de allí.

—¡Desgraciado! —comentó Pablito—. Tiene la cabeza dentro de la cueva. Seguro está devorando un pececito.

—Podemos buscar un palito para hacerlo salir, pero se nos puede escapar —dijo Ashanti.

—Mi papá mete las manos cuando los peces se encuevan, pero eso no podemos hacerlo con el pez león, sus espinas cuando punzan son tóxicas —explicó Pablito.

—Sí, a un tío mío lo punzó uno y lo mandó a la clínica porque es alérgico; esa punzada no mata, pero le dolió bastante hasta que se puso agua caliente —explicó Daniel.

—También podemos hacer lo mismo que hace el pez león —dijo Ashanti—, podemos irnos a nadar como quien no quiere la cosa.

—¡Claro! Así tal vez se descuide y en un rato volvemos al ataque —dijo Ana, una niña que pasaba por la playa cuando vio lo que ocurría y se quedó para unirse a semejante acontecimiento.

—Pongámosle un nombre para que no se nos pierda.

—¡Sí! pero pongámonos un nombre nosotros para saber que somos los “guerreros del pez león” —proclamó subiendo el puño Ashanti.

Así descubrí, esa mañana de verano mientras me paseaba por los mares del Caribe Sur, las estrategias de la niñez en las pocitas de Villas del Caribe en Playa Chiquita. Los vi hacerlo, como vi a los Bribri tres siglos antes.

No es casualidad que el principal líder de la resistencia indígena de Talamanca en la conquista española viviera en Suinse, que en bribri se dice Tswi'tsi y que significa "espalda del armadillo". Y él también tenía su nombre tomado de lo aprendido en la naturaleza. "Rey de las Lapas" fue su nombre.

1710: Alta Talamanca, lugar de resistencia

Desde que vine de África y recorrí las montañas de Alta Talamanca, supe claramente que esa cordillera era una de las más extensas y sería de las más inexpugnables de Costa Rica. Es como el armadillo, que se esconde en su caparazón para resistir cuando la amenaza es desigual pero sale cuando el peligro se aleja.

Tswi'tsi es una región de la cordillera de Talamanca en la margen derecha del río Cohen, a pocos kilómetros de San José cabécar. Se caracteriza por ser una región escarpada, de altos y bajos quebrados muy abruptos, como la espalda de un armadillo.

Los Bribri y los Cabécar usaron la estrategia de permitir a los conquistadores acercarse a la espalda del armadillo, porque allí, de la misma manera en que habían visto a la danta, al tigrillo y a los demás animales, les podían tender emboscadas sin que tuvieran tiempo ni espacio para la retirada. Sagaces guerreros y guerreras se resistieron a ser conquistados. Se pintaban y se adornaban para hacerse pasar, camuflados, como si fueran otros animales en la selva.

Pablo Presbere recorría el territorio con la velocidad del jaguar tras la danta. Lo vi un día que bajé a tomar agua al río. Un hombre de baja estatura, como son todos los bribris, pómulos grandes, ojos inmensos bien abiertos y la piel del color del maíz más oscuro. Era un gran cacique de la resistencia. No sé si nació allí pero se sabe que allí vivió, en la "espalda del armadillo". Y que preparaba la resistencia de su gente porque había interceptado una carta donde los españoles decían que iban a conquistar el territorio indígena en la zona. El "Rey de las Lapas" volaba por el territorio sin ningún obstáculo.

Aunque fue asesinado, su liderazgo tuvo éxito: hoy los pueblos y las culturas Bribri y Cabécar permanecen vivos y organizados con su territorio. La resiliencia de la semilla del maíz bien sembrada por Sibú, cuidada por la estrategia del armadillo y ejercida por los clanes que se apoyan en su conocimiento vital de la naturaleza (ellos mismos son la naturaleza), nos ha legado la Alta Talamanca, que no se ha dejado conquistar, y la Talamanca costera en la que niños y niñas también aprenden y aplican las estrategias de resistencia de la naturaleza.

2015: Estrategias de caza y pesca

Cuando los niños lo vieron por primera vez esa mañana, presuntuoso entre los peces como si fuese el “rey del arrecife”, observaron que el pez batía los párpados de sus ojos como si dijera “¡yo no fui!”, mientras divisaba pececitos para su desayuno.

Sus majestuosas aletas laterales, grandes como gavilán en vuelo, se agitaban al ritmo de quien cree controlar el ambiente que le rodea. Sus espinas dorsales, pélvicas y anales, ni siquiera estaban estiradas en señal de alerta, de tan dueño del lugar que se sentía este pez león, y las olas casi ausentes apenas dejaban entrar una tenue corriente de agua fresca a la pocita.

—¡Aaaaah! —corearon todos y todas—, ¡llamémosle “Colo”!

Así, el pez león fue bautizado Colo por los participantes del campamento diurno de buceo infantil cuando lo vieron allí por primera y última vez. El animalito de poco más de veinte centímetros usaba todas sus “artes” para encantar con su belleza escultural a los pececitos del arrecife, que ni siquiera se percataban de su amenazante presencia. Los pequeñines multicolores habían sido dejados allí por sus madres y padres para protegerlos de peces grandes. Ignoraban la presencia del peligroso pez león.

Colo se mecía con las olas. Bailaba una danza con la suave corriente marina dentro de la pocita que creía suya. Miraba de derecha a izquierda y de izquierda a derecha con sus ojos agazapados, como quien anda de paseo. De esa manera, cuando los pececitos se descuidaban... ¡zas!, los atrapaba sin misericordia.

Al entrar bañistas al lugar, el pez león no pudo contener el temor a los extraños movimientos. Se encuevó, como el armadillo cuando se enfrenta a especies mucho más grandes que él. Es cruel con las pequeñas especies de colores y con los huevos de las langostas, que devora sin compasión. Pero cuando se enfrenta a especies grandes, deja de actuar como el león de los mares para convertirse en un cauteloso encuevado. Es un animal inteligente. Supo dónde y cuándo esconderse de la adversidad.

El pez león trataba de camuflarse en una cueva de piedra, aparentando ser una alga marina. En su intento de pasar desapercibido, se apostó panza arriba en la parte superior de una cueva en la pocita. Se colocó en un huequito en el que apenas cabía. No se le veían los ojos ni la cola. Apenas se divisaban sus bellas, largas y coloridas aletas pectorales. Pablito, líder de los guerreros en la hazaña, los reunió para armar sus estrategias de captura.

1710: Pablo Presbere, Rey de las Lapas

¿Cuál sería su nombre en bribri? Es evidente que Pablo es su nombre “españolizado” por los conquistadores. Sin pruebas suficientes todavía, hay quienes afirman que en su lengua era

“Pabru Presberi”. *Pa-bru* significa ‘jefe de las lapas’ y, de acuerdo con la cultura ancestral que él representaba, el plumaje de esa ave tenía poderes sobrenaturales. En tanto *Presberi* vendría de *Pres* que en bribri significa ‘lugar de aguas salobres’, como las del mar y los manglares; mientras que *bere, bri* o *beri* significa ‘lugares por los que corren las aguas en invierno’.

Lo conocí en 1709, a la orilla del río en Tswi'tsi. Encabezaba la lucha por preservar su territorio y su gente frente a la amenaza de los colonizadores españoles. Otras muchas etnias de la zona, incluso las que vivían tan lejos como Turrialba, apoyaron su lucha. Se unieron a esa resistencia que llevó a Presbere a la muerte en Cartago, el 4 de julio de 1710.

Fue muy doloroso para mí su vil asesinato por los soldados españoles, quienes lo arcabucearon sin piedad. En ese momento yo estaba en Matina, averiguando adónde se habrían llevado los colonos criollos a los más de cien africanos y africanas que esclavizaron a partir del 8 de marzo de ese mismo año, cuando desembarcaron como personas libres de dos barcos daneses.

Cuando me enteré de la muerte de Presbere y sus seguidores, lloré las lágrimas más saladas de mi luz marina. Utilizaron dos armas terribles: la espada y el arcabuz. La resistencia de los indígenas solamente contó con la biomimética, armados técnicamente apenas con el arco y la flecha. ¡La lucha fue tan desigual! Pero puedo afirmar que los bribris y cabécares, a quienes los conquistadores llamaron “talamancas”, resistieron exitosamente esa invasión. Lo supe y lo sabe la historia.

Habían ganado aun con setecientos indígenas capturados y el asesinato de casi todos sus líderes. Los sobrevivientes resistieron al punto de que los españoles se vieron obligados a abandonar la región. Talamanca fue recuperada y sus pueblos originarios se mantuvieron libres de los conquistadores, tanto así que solamente hasta después de ocho décadas los españoles lograron establecer un pequeño puesto en la zona. Y el resto de la historia se sigue haciendo y escribiendo en la resistencia.

2015: Imitar al invasor para burlarlo

Con Pablito a la cabeza, los niños y niñas habían diseñado un método de pesca. Se fueron a bucear, como lo hace el pez león. Sin alejarse mucho de su presa, los pequeños buceadores se pavoneaban bajo el agua, estirando sus brazos para arriba y para abajo, simulando las aletas laterales del mismo pez. Y nadaron con los ojos casi cerrados, haciéndole creer al pez león que ya no les interesaba.

Mientras tanto, Daniel buscó la ayuda de su madre Lucrecia, una sigilosa nadadora, “maestra del mar”, formadora en el campamento infantil de buceo. Le pidió que mientras ellos se hacían los locos, “enamorando” al pez león con sus danzas, ella se le acercara por detrás cuando la curiosidad lo sacara del escondite.

¡Y así fue! Excelente metodología de pesca, aprendida por los nietos y nietas de pescadores y pescadoras al observar al mismo pez león. El pez se sintió atraído. Primero le llamó la atención el sonido de la danza, luego vio que ya los niños andaban en otras actividades. En un momento, sacó la cabeza de la cueva y... ¡zas!, en un solo intento Lucrecia le metió la malla y lo terminó de sacar hasta subirlo en la red a la superficie.

Todo era júbilo y algarabía en ese momento.

—¡Cho, man, lo agarramos! ¡Es nuestro primer pez león! —gritaba Pablito con entusiasmo.

Con sumo cuidado lo llevaron a la orilla, asegurándose de que nadie se acercara a la malla, había que evitar una punzada de las espinas del pez león. Debían evitar a toda costa un accidente. Lo colocaron en una botella grande para estudiarlo.

—Calculo que debe tener unos tres meses de vida —dijo Daniel.

—Sí, pero come tanto que es grande a pesar de ser tan joven. Este devorador ya se pudo haber comido más de quinientos peces del arrecife. ¡Es insaciable! —explicó Pablito.

—No creo que debemos eliminar este pez por ahora, dejémoslo en la botella —dijo Ashanti, líder del clan guerrero de pez león que trabajaba de la mano con Pablito.

Todos la miraron sorprendidos, porque guardarlos en peceras como a otras especies exóticas es lo peor que se puede hacer con el pez león. La gente que los tiene así, cuando se cansan, los vuelve a tirar al mar. Esa es una de las formas en que pudo haber viajado desde sus lugares de origen en el océano Indo-Pacífico hasta el Caribe.

¡Imagínense, un pez que pudo haber viajado en avión o en barco! ¡Quién lo hubiese creído!, gracias al mal hábito que tiene la gente al embotellar peces vivos en lugar de dejarlos en el mar. Traído para peceras, terminó en el mar Caribe, sin tener acá un depredador capaz de mantener el equilibrio entre todas las especies.

—¡Escúchenme! —exclamó Ashanti— la semana que entra, los pescadores y pescadoras de la asociación y del centro de buceo van a visitar todas las escuelas desde Gandoca hasta Cahuita para hablar sobre el pez león.

—Entreguémosles a Colo para que los niños y las niñas puedan conocerlo en vivo y a todo color —sugirió Hilaria.

—Está bien, pero cuando termine la semana, ¿qué vamos a hacer con él? —preguntó Lucrecia.

—¡Comernos a Colo para que no se coma tanto pececito! —respondió Hilaria.

Fue de esa manera como Colo recorrió todas las escuelas del Caribe Sur y hasta de Alta Talamanca. La lección sobre el depredador de los pececitos pequeños inspiró a muchos estudiantes

a convertirse en los depredadores de una especie invasora, que no tiene en nuestros mares del Caribe quien se los coma.

Al terminar la jornada informativa por las escuelas, Colo fue degustado. Al “sopón” caribeño de pez león le echaron tiquisque, yuca, malanga, mucha leche de coco y todas las especies de la gastronomía local. Todos deleitaron su paladar con el rico sabor de un rondón²¹ de pez león atrapado por ellos.

Bajaron niños y niñas bribris de Alta Talamanca y aprendieron a bucear, y aunque todavía no han conocido al pez león en vida marina, lo conocen en el imaginario de los cuentos sobre la hazaña de los guerreros del pez león, la primera vez que capturaron uno de nombre Colo. Lo llamaron así porque quiere colonizar los mares pero no ha podido, ante la resistencia de las semillas que por suerte fueron dispersadas por Sibú más allá del territorio indígena y es así como se han convertido en semillas guardianas de los mares.

Así, la semilla de la resistencia ante viejas y nuevas invasiones seguía creciendo. Tenía la capacidad de continuar, como sus ancestras, aprendiendo de su propia naturaleza.

21 El rondón (en castellano), más conocido en inglés como *rundown*, *run dun*, *fling-me-far* o *fling mi for*, es un guiso típico de la cocina caribeña, particularmente de la gastronomía jamaicana y la gastronomía tobago-trinitense. Hoy en día se consume en varios países de la región caribeña.

La niñez del
CARIBE SUR
y el pez león





La niñez del Caribe Sur y el pez león

En Guápiles, un pueblo de la provincia de Limón, vivía un niño apasionado por el mar. A pesar de vivir lejos de las costas del Caribe Sur, su pasión por el mar era tan fuerte que hasta yo, Tona Ina, la luz marina que ha vivido aquí ya más de quinientos años, quedé impresionada cuando lo conocí. Ustedes saben que amo apasionadamente el mar.

Desde muy pequeño, su sentimiento era tan intenso que cuando soñaba se sumergía en las profundidades marinas en donde yo vivo. Allí, en sus sueños, nadaba con los tiburones y siempre que se hablaba en la escuela de esos peces, Mauro aseguraba que no había que temerles. “No hacen daño; más bien son muy importantes en la cadena alimentaria”, afirmaba cada vez que se tocaba el tema. Soñó muchas veces que retozaba y jugaba con el supuesto “terror de los mares”.

Mauro había leído que los tiburones son una especie en peligro de extinción y supo que era necesario protegerlos por su importancia para la vida del planeta. Sabía que ese animal estaba en la cúspide de la cadena alimenticia por ser carroñero. Es decir, es de los que se comen las especies débiles o ya muertas; ellos son los “médicos” del mar, pues evitan de este modo la propagación de enfermedades que brotan en cualquier tipo de carne cuando se pudre.

Aprendió, además, que la amenaza de extinción de los tiburones se debía a varios factores, como la pesca comercial indiscriminada, esa pesca que no respeta los ciclos reproductivos de los animales del mar. Y supo que el tipo de pesca más irresponsable que existe es la llamada “pesca de arrastre”. La conozco bien. Una vez casi arrasa conmigo, que soy la luz marina del fondo del mar que habita en los animalitos, en mares profundos y oscuros.

Ese tipo de pesca captura en sus redes todo lo que está en el fondo del mar, sin importar si son presas pequeñas o grandes, comestibles o no, preñadas o no. Esa forma arrasadora de pescar elimina masivamente mucho animalito marino, que hace que a los tiburones se les dificulte encontrar alimento. Donde se practica la pesca de arrastre, los tiburones no encuentran luego suficientes langostas, moluscos, almejas, cangrejos, calamares o cualquier tipo de peces en

general. Las tortugas, las focas, los lobos marinos y hasta los delfines son eliminados indiscriminadamente por las redes de arrastre que no distinguen presa alguna.

Mauro averiguó que la contaminación de los mares envenena a los tiburones. Comen tanto, tienen tan buen apetito, que son capaces de echarse al estómago hasta desechos tóxicos, creyendo que son buena comida. Descubrió también la práctica de captura masiva de tiburones para hacer sopa con sus aletas. Esta costumbre hace que los saquen del agua solamente para cortárselas. Luego tiran el resto del cuerpo al mar donde encuentran una muerte dolorosa y segura al no poder nadar.

Se dio cuenta de que las películas y los cuentos ofrecen una imagen feroz de ciertos animales y por eso les tenemos miedo en lugar de cuidarlos. Todo eso y más había aprendido Mauro. Por esa razón, tenía un respeto y un cariño especial por los tiburones y deseaba conocerlos en su ambiente marino, no solo en sus sueños y estudios.

Un día escuchó a su madre hablar de un campamento infantil de buceo que se realizaría en Cocles de Talamanca y a la orilla del mar Caribe. Inmediatamente pidió a sus padres que lo llevaran allí a participar en el campamento. Conocer el mar y a la familia de la gente pescadora de la zona costera de su provincia sería la mejor aventura en el mar durante sus vacaciones de medio año.

En el campamento estudiarían al pez león. Y como nunca había sabido acerca de esa especie, pensó que sería otro pez para proteger. ¡Cuán equivocado estaba el niño! El pez león es un invasor despiadado. Cada vez que yo llego a los mares del Caribe Sur, veo su impacto en los arrecifes. Pero no importaba su falta de información, porque su sed de conocer el mar lo acercaría a sus verdades.

Llegó el día del campamento. Bajo intensos aguaceros viajó con su padre unas tres horas para llegar a su destino. El viaje obligaba a levantarse de madrugada. *“Mauro, levántate a desayunar para ir al campamento”*, le habló su madre. Pero él ya estaba en pie desde la medianoche, listo para su nueva aventura. Había dormido con la pantaloneta, la máscara de bucear con todo y el snorkel colgando de ella y hasta con las patas de rana puestas. Cuando lo llamaron acababa de terminar de escribir lo soñado esa noche. Y si le daban la oportunidad en el campamento, contaría a sus compañeras y compañeros de la costa lo que acababa de soñar.

¡Qué gracioso se veía sentado en su escritorio, escribiendo y escribiendo su sueño marino con todo el equipo de buceo snorkel puesto! El viaje entre Guápiles y Cocles no fue fácil. Los aguaceros, a lo largo de dos meses, habían llenado los ríos Reventazón, Pacuare, Toro Amarillo y el Valle de la Estrella, hasta inundar las planicies que caracterizan la travesía entre su casa y el mar.

Daba tristeza ver las plantaciones destruidas, los puentes socavados, las carreteras llenas de agua y la gente tratando de pasar de un lado a otro por puentes inestables. Ante esa situación, el gobierno acababa de declarar al Caribe costarricense en “estado de emergencia”.

Mauro y su papá no suspendieron el viaje. Tal vez sabían que, a pesar de las lluvias torrenciales de esa mañana, quienes organizaron el campamento no lo cancelarían. Llegaron sin mayor contratiempo, únicamente preocupados por tanta inundación en el camino. Cuando entró en Cocles a la casa de los pescadores donde se realizaría la actividad, encontró que estaba llena de artefactos de pesca: redes, nasas, cuerdas y cañas de pescar. Un letrero hecho artesanalmente y colocado en una pared decía: “Aquí se pesca responsablemente”. Mauro, al ver al resto de los participantes, pudo confirmar de inmediato que había elegido el lugar perfecto para pasar sus días de vacaciones. Constató además la total disposición de las “maestras del mar” para enseñarle.

No importa el mal tiempo, “contra viento y marea”, había dicho una de ellas. Otra de las maestras dijo lo mismo de otra manera: “No podemos cambiar el clima, lo que sí podemos cambiar es nuestra mentalidad para hacer lo que tenemos que hacer a pesar de la lluvia”. Otra recordaba un refrán popular que dice: “Al mal tiempo, buena cara”.

Mauro estaba seguro de que allí conocería acerca del pez león, pues uno de los pescadores de la zona que lo captura y estudia charlaría con ellos sobre la extraña especie que desde el 2009 había empezado a invadir las costas del Caribe.

Julio, pescador de la zona, venía de un evento sobre pesca responsable en una isla del golfo de Nicoya, donde había participado con pescadores y pescadoras del Pacífico costarricense. En el campamento hablaría sobre la necesidad de pescar responsablemente. “Cuidar especies y proteger la forma de la pesca para las generaciones venideras es pescar con responsabilidad”, explicó más adelante.

Los participantes en el campamento dibujarían y pintarían sus experiencias en el mar y, al finalizar la sesión de dibujo, cada quien contaría la historia de lo que había trazado con crayones, marcadores y lápices. Mauro se puso feliz al darse cuenta de esa oportunidad para contar a sus nuevas amistades su sueño de la noche anterior.

Yo también me puse contenta al verlo tan entusiasmado; supe que su actitud lo ayudaría a aprender mucho.

La charla sobre el pez león enfrentó al niño con la gran sorpresa de que nada de lo que había pensado sobre el “león” antes de llegar a Cocles había resultado cierto. De igual manera, al oír y ver las presentaciones de los participantes en el campamento, le asombró el hecho de que el único en pintar un tiburón había sido él. ¡Todos los demás niños y niñas habían pintado peces león! Fue consciente de que a los participantes costeros no parecía atemorizarles el tiburón y más bien sus preocupaciones giraban alrededor de esa otra especie.

—Estoy sorprendido y me agrada que ellos conozcan el mar no solo por los libros, sino por lo vivido por sus padres, sus abuelos y lo que han vivido ellos mismos —le dijo a su padre antes de exponer.

Mauro prestó atención a todo lo que dibujaron y explicaron. Le impresionó saber acerca del actual “terror del mar Caribe”; que es venenoso, pero no es mortal. Por eso Mauro no entendió inicialmente el origen del miedo a su presencia. Poco a poco, en la medida en que se fue informando, fue comprendiendo los motivos.

Su madre lo llamó desde Guápiles para saber cómo le iba. Mauro estaba tan impresionado de lo aprendido que terminó hablándole sobre el pez león.

—Mamá, ¿sabés?, su veneno no es mortal. Y lo saben porque, si así fuera, muchos de sus padres y madres ya estarían enterrados bajo tierra —le explicó por el celular, riéndose.

Le aclaró que algunos pescadores y pescadoras, cuando todavía no se conocía suficiente información sobre sus espinas venenosas, habían sido accidentalmente punzados. Después, aprendieron que al agarrarlos era preciso cortarles las espinas para prevenir esos accidentes. Ella le preguntó si es un pez agresivo con la gente.

—No mamá, no le tengas miedo al pez león. No ataca ni muerde a bañistas. Es pequeñito como de un kilo y medio y es tranquilo. No pasa nada mientras uno no se le acerque. Acabamos de aprender cómo prevenir, porque nos dicen que debemos conocerlo, pero sin tratar de pescarlos hasta que seamos un poco más grandes.

—¿Y hay forma de curarse de una punzada?

—¡Claro! Primero ponen en agua caliente la parte del cuerpo que ha sido punzada y si sigue doliendo mucho, se toman una pastilla para el dolor. Eso es todo, y esperar a que la toxina deje de doler. Pero si hay alergia, hay que llevar a la persona a la clínica ya que puede haber vómitos o mareos y hay que controlarle.

—¿Y cuáles peces se comen al pez león? —seguía interrogando la madre.

—Ese es el problema, mamá. Aquí en el Caribe todavía no hay depredador marino. Vino de los mares de Japón, de Australia, todas las costas del Indo-Pacífico y el Mar Rojo, desde el otro lado del planeta, y aquí no se le conoce depredador que lo mantenga a raya; los pescadores y pescadoras son sus cazadores en masa —dijo muy convencido—. ¡Vieras, mamá!, los pescadores organizados y hasta algunos de sus hijos e hijas de mi edad han agarrado más de mil ejemplares desde que apareció en el Caribe. Y hasta ahora ni un solo niño o niña ha sido espinado porque se les enseña a tener mucho cuidado.

—¿Y se puede encontrar información de ese pez en internet, hijo?

—Mamá, buscá “Scorpaenidae”. Es la palabra en latín para conocer a la familia de este pez. Son conocidos como “peces piedra” o “peces escorpión”; son peces muy peligrosos y venenosos. Pero no te preocupés por eso tampoco. Acordate que duele pero no mata, su toxina muere

veinte minutos después de muerto el pez. Por eso se lo comen sin preocupación. Dicen que es tan sabroso, papá dice que lo vamos a llevar a la casa para probarlo.

—Y entonces ¿cuál es el problema con ese animal?

—¡Ay, usted viera lo mucho que estos niños y niñas saben sobre eso! Han dibujado peces león comiéndose todos los pececitos pequeños que limpian el arrecife. Y dicen que un solo pez león puede comerse hasta veinte en treinta minutos y no perdona ni los huevos de las langostas. Arrasa, como la pesca de arrastre, con todo lo que se le atraviesa en el camino.

Un silencio invadió el otro lado del celular en el que se encontraba la madre en Guápiles. Yo me alegré con ese silencio. Por vivir en el fondo del mar sé que el silencio es muy positivo para el aprendizaje. Sin él es difícil asimilar lo nuevo. Y casi todo en el mar es nuevo para quienes viven lejos, sin relacionarse con él. Mauro aprovechó para exponer todo lo aprendido esa mañana de los pescadores y de las nuevas generaciones costeras.

—Mamá, y como si fuese poco, esos invasores ponen entre 15 000 a 40 000 huevos. Los ponen hasta cada cuatro días en climas calientes como el nuestro. Sacá la calculadora, mamá, en un año, cada hembra pudo haber puesto un promedio de dos o tres millones de huevos, aunque no todos son fertilizados en el mar por los machos. ¡Estaríamos inundados de pez león si ese fuese el caso! Estamos invadidos, pero no inundados. Parece que la pesca está logrando mantenerlos a raya con la ayuda del resto de la naturaleza. Lo apresan con chuzo, lo pescan con redes, con nasas y hasta con anzuelo.

Mauro apagó el celular y se quedó triste de tanta y tan grave información compartida con su madre. Pero no desesperó. En las exposiciones de los niños y las niñas se vislumbraba una gran confianza de poder controlar la invasión. Además, se había olvidado de contarle a su madre que los familiares de sus nuevas amistades estaban organizados en asociaciones de pescadores artesanales en Cahuita y en otras zonas del Caribe Sur y hasta en iniciativas comunitarias de buceo scuba y buceo snorkel para jóvenes, niños y niñas.

Mauro puso atención al calypso del *Pez León* que una maestra del mar había hecho y que dice así:

Con esta danza, con este canto,
voy a cazar al pez león
porque se chupa los pececitos,
es del arrecife un depredador.
Con esta danza, con este canto,
vamos a chucear al pez león.
Para que naden tranquilamente
todos los niños que hay en Limón,
para que naden tranquilamente
todas las niñas que hay el Limón.
Con esta danza, con este canto,
vamos a sacar al pez león
para que vuelva doña langosta,
pa' que se vaya este comelón.
¡Ay, don pescador, tire la nasa aquí!,
¡ay, doña pescadora, tirela por allá!
¡ay, don buceador, clave su chuzo aquí!,
¡ay doña buceadora, clávelo por allá!,
tirá la nasa, tirá el arpón,
pescá parejo al pez león.
Tirá la nasa, tirá el arpón,
pescá parejo al pez león.
Y es que al final, nos lo comemos también.



Para acceder al calypso
del ***Pez León*** escanee
este código QR.

Organizan concursos en Cahuita, torneos en Manzanillo y monitoreos y remociones organizadas con las autoridades en el Parque Nacional Cahuita para salir juntos a cazarlos. Y en los mares de Puerto Viejo lo cazan permanentemente los embajadores del mar que descontaminan los arrecifes. Yo los he acompañado en casi todas esas actividades y me encantan. El entusiasmo contagia a las comunidades y a nosotros también en el fondo del mar. He visto a los pececitos del arrecife, a las langostas y a los cangrejos aplaudir cada vez que los buceadores agarran uno.

Al fin le llegó a Mauro el momento para exponer su dibujo y para contar su cuento. Presentó su pintura y comenzó a hablar:

—Anoche tuve un sueño —dijo mientras levantaba su dibujo del tiburón—. Soñé que a un niño que se llamaba como yo, que tenía la misma edad, que vivía en el mismo lugar y que soñaba los mismos sueños que yo, se le acercó al oído un tiburón a decirle algo en secreto. Y como, al igual que yo, no le tenía temor al tiburón, lo escuchó tranquilo. “Mauro, —le dijo el tiburón— ya no te preocupés por mí. Aquí en Costa Rica y en todo el mundo, hay mucha gente que lucha por nosotros los tiburones”.

Mauro continuó diciendo:

—El niño del sueño le respondió al tiburón que, cuando fuese grande, quería ser un biólogo marino para proteger, junto a la gente de la costa, todo lo que hay que proteger en el mar. “No tienes que esperar a ser grande —le dijo el tiburón—, ser biólogo marino es una actitud ante la vida marina, no solo una profesión”.

De repente Mauro se detuvo en su exposición. Con cara de asombro, miró su dibujo, se lo llevó al oído para asegurarse de que había escuchado bien al tiburón, sintió que debía regresar a la realidad del campamento. Tomó conciencia total, le “cayeron todas las pesetas” del sueño y entonces soltó el dibujo del tiburón, se cuadró ante su público, levantó su frente y muy emocionado gritó fuerte:

—¡Ese niño en el sueño soy yo! No tengo que esperar a tener más edad para ser lo que quiero ser. ¡Desde hoy me declaro biólogo marino! Me ocuparé del cuidado de los arrecifes con mis amigos y amigas de la costa.

Un fuerte aplauso se escuchó resonar en la sala de reunión. Nada detenía las emociones. Todos aplaudían y aplaudían sin cesar. Y entre aplausos coreaban: “*¡Viva la biología marina, vivan los biólogos y las biólogas marinas! ¡Vivan, para que viva el mar y viva la cultura de la pesca responsable!*”. Los demás participantes se sintieron todos “biólogos marinos” del Caribe Sur, según lo dicho por el tiburón del sueño. En Mauro habían ganado a un nuevo amigo y además a un aliado de la comunidad en la lucha contra el pez león y la protección de los mares.

A partir de ese día, hasta en las Cabinas de Selvin donde se fue a hospedar Mauro con su papá, la gente lo llama “Mauricio el pequeño biólogo marino de Guápiles”. Por donde anda va con-

tando el cuento. Lo cuenta en las escuelas, en las fiestas, en los juegos y en todos los campamentos de buceo a los que asiste.

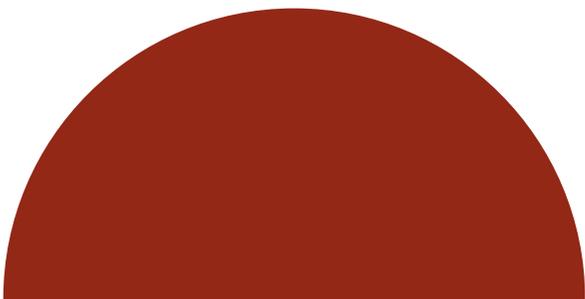
Desde ese día yo, Tona Ina, la luz marina, también les cuento a todas las especies marinas (a los tiburones, a los más recónditos animalitos, de la más grande profundidad, en donde brillan con su propia luz) lo que hace la niñez para ayudarnos a vivir felices en el mar. Les cuento todo lo que Mauro aprendió de su propia experiencia y de las vivencias de la gente de los mares del Caribe Sur. Les cuento cómo se inspiró al seguir el consejo del tiburón: *“No esperés a hacerte grande para ser lo que querés, ya sos un biólogo marino si cuidás y conocés cada vez mejor el mar, su gente, todos sus protagonistas”*.²²

22 En estas crónicas, los relatos sobre la niñez del Caribe Sur y el niño de Guápiles son reales y tuvieron lugar en Playa Chiquita en el 2015, al calor de los campamentos infantiles que organizó la entonces Escuela de Buceo, coordinada por la autora de estos cuentos y las maestras del mar de ASOPACS. El de los Bribri está basado en tradición sobre Presbere, contada a la autora por sus descendientes, al calor de las luchas contra la explotación petrolera y minera. Están reseñados en trabajos como el de la periodista Fabiola Pomareda y otros. El calypso del *Pez León* fue escrito por la autora de estos cuentos.

7

LA AFRICANA

Nicolasa Mina





La africana Nicolasa Mina

La encontraron con sus pies lacerados, casi desnuda, hambrienta, desorientada y agotada. Había caminado ocho largos días de sur a norte por las playas del Caribe de Costa Rica. Aquel 10 de marzo de 1710, cuando el soldado Alfonso Ramírez la mandó a capturar a la altura de la playa en Matina, yo no estuve cerca pero me apresuré para ver cuál sería su destino. Deduje que lo único familiar para ella durante el trayecto había sido el mismo sol abrasante de día y la misma luna llena, que tantas noches alumbró los caminos de su tierra natal en Ghana, cuando viajaba por los campos con su madre en busca de alimentos para el clan.

Así la conocí en una playa distante de su África natal, una playa en Matina, en Costa Rica. Hablo de Nicolasa Mina, era de piel negra azabache, quinceañera. Fue la primera africana reportada en la historia oficial de los españoles que llegó a Costa Rica directamente de África, viajera del Christianus V, hundido por su tripulación europea en algún lugar del Caribe Sur.

Esos barcos, como les conté antes, llegaron por error a la entonces provincia española de Costa Rica, cuando iban camino a la isla de St. Thomas en lo que hoy en día son las Islas Vírgenes, cerca de Puerto Rico. Al arribar a playas ticas, en franca y abierta rebeldía, los marineros se sublevaron cuando su capitán y el de la embarcación hermana, el Fredericus IV, no quisieron detenerse a buscar alimento ni a efectuar el pago que les adeudaban por más de nueve meses, desde que salieron de África.

Nicolasa viajó forzosamente junto con otras 650 personas de distintos territorios y de todas las edades, provenientes de África. Fueron desterradas forzosamente para ser vendidas como esclavas en las Américas. Ella había sido desembarcada y liberada en las playas por los marineros sublevados.

Tempranito en la mañana, un guardacostas español, vigía de turno, divisó a las dos jóvenes africanas. Cumplía la tarea de mirar cuidadosamente hacia la costa para detectar la presencia de guerreros miskitos, de piratas, de ingleses o de “talamancas”, como les decían los españoles y criollos a los bribris y cabécares.

El vigilante alcanzó a ver dos esbeltas siluetas que le parecieron extrañas. Nunca antes había visto una persona de piel tan oscura. En el reporte oficial a sus superiores las describió como dos mujeres de tez negra, casi desnudas, que corrían por la playa. Las mandó a capturar inmediatamente, lo cual no fue difícil porque estaban agotadas y con los pies sangrantes de tan larga caminata. Al ser increpada, Nicolasa le había tratado de decir a los soldados, señalando hacia el sur de la costa, que había mucha más gente como ella en las playas.

Yo soy Tona Ina, la luz marina que recorre los mares del Caribe Sur desde que llegué libre y por voluntad propia a Costa Rica. Viajé en la panza de una ballena en el siglo XV, para esperar la llegada de mi gente de África. Por eso me acerqué a ver qué destino tendría Nicolasa y su compañera cuyo nombre la historia oficial nunca registró.

Ya había visto en el sitio del desembarco que algunos africanos y africanas se habían internado en la selva. Es muy probable que hayan llegado a Alta Talamanca y que se hayan fusionado con los bribris y cabécares. También había observado a otros de ellos que fueron capturados por los miskitos y los ingleses para llevarlos a Nicaragua y a otras provincias vecinas. Me pregunté qué destino tendrían quienes corrían de sur a norte por las playas del Caribe Sur. Por eso me fui nadando detrás de ellos.

Todo lo que presencié fue muy duro, la forma en que fueron capturados, el trato que recibieron. Además de llorar lágrimas de sal amarga, quise hablar con la joven africana que llegó a las mismas costas en las que yo vivía en ese momento. Esta rica costa de mares, playas y selvas, puestas allí por la naturaleza de nuestro planeta para que la gente pudiera vivir de ella y con ella, había sido convertida en un territorio de guerra. Disputas entre colonos criollos, colonizadores españoles, ingleses e indígenas miskitos, todos queriendo adueñarse por la fuerza de una naturaleza que ofrecía abundancia de sobra para todos.

Quise hablar con Nicolasa, pero con tanto dolor que presencié esa semana en el Caribe Sur, perdí mi luz, me quedé opacada y disminuida, sin ninguna fuerza para salir del mar ni para meterme en el fétido calabozo en el que fueron colocadas las dos jóvenes. Hice mi visita de forma imaginaria y en mi imaginación conversé con ella.

Sin luz y profundamente triste, no podía acercarme a Nicolasa. Quizás ese no era su verdadero nombre. Debió haber tenido un nombre africano yoruba como el mío, pero fue con ese nombre que le dieron los colonos ticos que la compraron en una subasta en Cartago. Años después contó su propia versión de la historia de los acontecimientos.

La entrevisté imaginariamente, probé en “pidgin”, un idioma o dialecto desarrollado para comunicarse en forma sencilla entre quienes carecían de un lenguaje común, en los barcos del tráfico transatlántico. En esos barcos viajaban personas de diferentes lugares de África y hablaban diferentes idiomas. Pidgin se hablaba también en los barcos pirata o en tierra firme donde quiera que llegaron los traficantes y traficados, cada quien con su lenguaje.

También probé una mezcla de yoruba con español, inglés, miskito, bribri y cabécar, etc. Era lo que podía imaginar después de casi tres siglos de mi llegada a las costas del Caribe Sur de Costa Rica. ¡Ese día me inventé un creole!, era un idioma natural, desarrollado de la mezcla entre idiomas africanos, europeos e indígenas. Y aunque pensé que Nicolasa probablemente hablaría otras mezclas, quizá podría entenderle algo y ojalá ella también me entendiera a mí.

No todos mis lectores hablan creole tico, unos por olvido y otros por desconocimiento de la cultura afrocostarricense, por eso transcribo esa conversación en español. ¡Prohibido olvidar! es mi consigna “tonaínica”.

TONA INA: ¡Cómo me dolió presenciar tu primera experiencia en Costa Rica cuando llegaste de África, capturada y hecha prisionera tan solo por buscar alimento y albergue en sus playas!

NICOLASA: Yo no sabía ni dónde estaba parada en ese momento. Había sido una travesía muy larga y terrible: las cadenas, el hambre, el hacinamiento en el fondo del barco, la pestilencia, la muerte de quienes agonizaban al lado de nosotros y no eran sacados hasta días después y tirados al mar sin africana sepultura. Y las mujeres que parieron atadas a las vigas del barco sin poder recibir sus crías en sus brazos o amamentarlas, hasta que a algún desgraciado vigilante le diera la gana acercarles los bebés para que no se murieran. Para ellos, un bebé era un futuro esclavo más en las Américas; no se podía desperdiciar ¡si lograba sobrevivir la travesía!

TONA INA: Mi llegada a estas playas en la panza de Cubalí había sido esperanzadora por su belleza natural. Se parecían tanto a África que por un momento pensé que la ballena me había devuelto allá.

NICOLASA: Bueno, cuando los marineros nos liberaron y nos llevaron a tierra firme, yo también tuve esperanza. Caminamos por las cálidas arenas blancas, con el deseo de llegar a la abundante vegetación que se veía a corta distancia de la playa. Con mi amiga buscaríamos comida y algún lugar para pasar la noche. Caminamos hacia el norte, como lo hacíamos cuando nos perdíamos en las playas de África, para asegurarnos de conseguir agua, pues todos los ríos desembocan en el mar. Pero después de una semana, lo que apareció fue una cuadrilla de soldados, armados hasta los dientes; nos capturaron como si estuviésemos cometiendo algún delito, igual que como había pasado cuando estábamos tranquilas en el poblado que me vio nacer en Ghana, África. Siempre me pregunté cuál habría sido el crimen que cometimos para merecer tan tremendo castigo cuatro veces: el castigo de la tribu de los Akwamu, cuando nos capturaron en nuestro pueblo, convirtiéndonos en sus prisioneros; el castigo de los ingleses colonizadores, cuando los Akwamu nos vendieron a ellos; el castigo de los daneses, cuando nos compraron; y el castigo en Costa Rica, cuando los colonos nos volvieron a esclavizar.

TONA INA: ¿Qué hicieron cuando las vinieron a capturar?

NICOLASA: ¡Nada! Entre la sorpresa, el hambre y la desorientación, no hicimos nada en ese momento. Caminamos, otra vez amarradas de pies y manos, detrás de los soldados que guía-

ban la ruta hasta llegar a un calabozo construido en la playa. Allí medio nos alimentaron y nos pidieron que contáramos qué había pasado.

TONA INA: ¿En qué idioma hablaste para que te entendieran?

NICOLASA: Bueno, yo hablaba yoruba, como vos cuando llegaste. Soy de la etnia Mina de Ghana y eso hablaba. Pero no quise que lo supieran. Había un traductor que eventualmente había sido esclavo y había comprado su libertad a cambio de convertirse en intérprete para los criollos y españoles. Un tipo listo como la araña Anancy. Había aprendido español castizo, inglés británico y hasta miskito. Él hablaba un poco de pidgin, algo de holandés y francés. Le hablé en señas y con las pocas palabras de todos esos idiomas que aprendí en la travesía.

TONA INA: ¿Y qué dijiste?

NICOLASA: Ese día conté lo que había pasado cuando el barco se hundía; además, les dije lo que pasaba por mi mente en ese momento.

TONA INA: ¿Cómo se los dijiste para que no te castigaran por ello?

NICOLASA: Conté que el barco se había destrozado en mil pedazos. Dije que eso fue producto de una tormenta de rayos y truenos. Así hablé del castigo de los dioses y las diosas contra quienes nos trataran mal. Los criollos no entendieron nada, porque nadie de los suyos había presenciado tormenta alguna en el mar de Costa Rica la semana anterior a la llegada a Costa Rica. Solo los africanos y africanas hablábamos de tormenta. ¡Nunca nos comprendieron! En nuestras culturas una tormenta significa un castigo de las deidades contra los abusadores. Así lo sabemos. Declaré en el testimonio que las deidades africanas habían castigado a los esclavistas y fueron esas deidades las que nos liberaron. No entendieron nada, pero yo no guardé silencio. Ya había aprendido, en medio de tanto cautiverio, que muchas veces lo único que le queda a una es la voz y esa es a la que nunca debemos renunciar en nuestra resistencia a dejarnos morir o vivir subyugadas.

TONA INA: Tu lenguaje es cimarrón,²³ Nicolasa. ¡Cómo me encantó haber hablado con vos, eres una heroína!

NICOLASA: Y tú, la mía, Tona Ina, por ser africana libre y decidida. Cuando recuperes tu luz marina vas a guiar la búsqueda de esos barcos hundidos, que son testigos de nuestra historia. Entonces nos devolverás las raíces desaparecidas de nuestro origen y de lo vivido en este país del cual somos parte. Algún día me tendrás que contar cómo recuperaste tu luz.

23 Cimarrón es cualquier animal doméstico que escapa de sus amos y se asilvestra. En algunas zonas se llama también cimarrones a los animales salvajes con parientes domésticos. El término fue usado en América colonial para describir a los esclavos que escapaban de su cautiverio. En Cuba, Jamaica, Panamá y algunos países sudamericanos (Colombia, Venezuela, etc.), el término cimarrón está asociado con los esclavos negros fugitivos que llevaban una vida de libertad en rincones apartados de los centros urbanos o que creaban pequeñas cabañas en medio de la selva evitando a toda costa ser descubiertos.

Y así terminó mi diálogo imaginario con Nicolasa Mina. ¡Claro que nos habíamos entendido muy bien en el lenguaje y la imaginación! Después de todo, a lo que se le llama “lengua materna” es a la comunicación que aprendimos con las emociones. Y la emocionalidad es capaz de traspasar casi cualquier barrera idiomática. Décadas después supe que Nicolasa terminó en Cartago, esclavizada y bautizada con el nombre que aparece en el testimonio que dio ante la Corte, en un juicio al que la Corona española sometió a los colonos por haber robado esclavos que no eran para ellos y por quedarse con ellos sin pagar impuestos.

.....

En ese juicio, Nicolasa contó la historia de su presencia en las costas del Caribe Sur de Costa Rica. Narró cómo el barco en el que venía voló en pedazos en la playa, después de que los marineros desembarcaron en la costa cercana a los africanos que traían. Nicolasa se refería al Christianus V en el que viajó y mencionó que venía además otro barco que también se hundió. Esto consta en el documento del juicio en el Archivo Nacional.

.....

Me hice una imagen de las 650 africanas y africanos corriendo por las playas del Caribe Sur para buscar comida, abrigo o escapar. Me imaginé el cansancio, la desesperación y la desorientación, luego de un viaje brutal de casi un año de vejaciones en los barcos esclavistas. Pensé que, a pesar de todo lo que sufrieron, su espíritu de libertad estaba intacto y activo, como sucede con cualquier sobreviviente cuando consigue superar situaciones límite como aquella. Unos tuvieron que ser ayudados a caminar por ser muy pequeños o bien por estar gravemente enfermos y debilitados.

Eran tan diversas sus lenguas, que el lenguaje de las señas sirvió de mucho. Les vi usando el dedo índice para indicar que todos y todas debían correr hacia la espesa selva que divisaban más allá de la playa. Entre abundantes uvas playeras, sangrillos y demás, encontraron alimento, albergue y sitio donde esconderse de los extraños miskitos que los habían visto desde la orilla.

Por eso afirmo, desde mi milenaria luz marina, que los primeros negros que poblaron el Caribe Sur llegaron mucho antes que los traídos para construir el ferrocarril en los primeros años del siglo XX o los que vinieron con el pescador William Smith entrado el primer cuarto del siglo XIX.

De acuerdo a los Archivos Nacionales, además de Nicolasa, 101 más de ellos fueron capturados y llevados al Pacífico a vivir esclavizados. Por eso decidí que ayudaría a buscar sus huellas en los vestigios de los barcos en el fondo del mar, en algún lugar del Caribe Sur.

.....

Interesada en saber de buena fuente acerca del rastro de los africanos entre los bribris y cabécares en Alta Talamanca, fui a encontrarme con uno de los Bribri mezclados con africano. Fue un honor para mí encontrarme con el maestro *elder* don Alejandro Swaby en Suretka, territorio indígena de Talamanca, donde vive ya jubilado, entre plataneros y sembradíos de banano y de cacao, casi a la orilla del río Sixaola, en la frontera con Panamá.

Maestro de escuela e historiador, ha recuperado buena parte de la historia oral de la zona, sobre todo en su territorio y la relación con la costa. Quise saber de boca suya si de verdad la relación entre indígenas y africanos y sus descendientes fue tan tensa como la describen algunos historiadores.

Así narró su historia:

“Mi padre, Alfredo Swaby Hidalgo, nació aquí en Talamanca en 1883. Su padre, William Alexander Swaby, había llegado en 1870. Ese abuelo mío nació en Newport, Jamaica, en 1852, aunque se crió en Manchester. Fue traído a Costa Rica para construir el ferrocarril de Minor Keith. El padre de Alexander Swabi era mi bisabuelo y había sido sacado de su tierra en la Costa de Marfil en África a principios del siglo XIX para ser esclavizado en las Américas; pero entre su salida de África y su llegada al Mar Caribe, ya se había declarado la ilegalidad del tráfico de esclavos en las colonias inglesas.

Mi bisabuelo le contó eso a su hijo, quien a su vez le contó a su propio hijo, quien me lo contó a mí, y así pasó la información familiar de generación en generación. El nombre de mi bisabuelo no lo sé, porque tiene que haber sido un nombre africano difícil de pasar de boca en boca. Mi abuelo trabajó en el ferrocarril hasta llegar a Siquirres donde desertó, internándose en la montaña para sacar hule y venderlo. Al llegar a Talamanca conoció a mi abuela que era una bribri, se casaron y se quedaron en Amubri, sembrando una finca de coco en la Barra del Sixaola y otra de cacao por Manzanillo”.

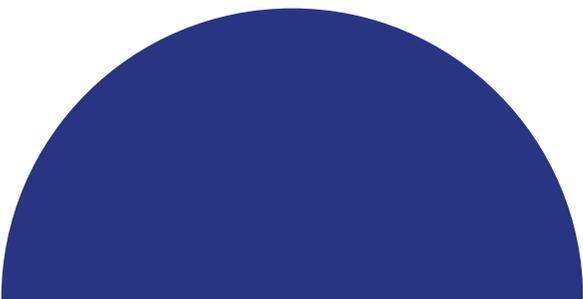
Le pregunto a don Alejandro si es cierto que a inicios del siglo XVIII, cuando arribaron los dos galeones daneses a las costas del Caribe Sur, las relaciones entre indígenas y africanos era conflictiva, además de la conflictividad con españoles, criollos, ingleses y demás. Él, frunciendo el ceño, me explicó que fue con los miskitos con quienes hubo problemas, pues era gente irrespetuosa de los territorios y de las mujeres indígenas.

“Eran los piratas en tierra de los ingleses. Los bribris y cabécares debieron protegerse mutuamente ante una situación desigual, porque los miskitos ya tenían machetes y herramientas, pero nosotros no. La forma de defenderse de los indígenas, ¿sabe cuál fue?, emborracharlos para atacarlos y sacarlos del territorio. ‘Sureski’ era el nombre que los Bribri le tenían a los miskitos: significa ‘vulgares’”.

Y en cuanto a la llegada de los africanos, aquí en Talamanca es interesante ver que ellos se consideraron más indígenas que negros. Se dice que muchos “desaparecieron” en las montañas de Talamanca cuando desembarcaron y lograron escapar. Eso es cierto, pero una forma de “desaparecer” es que se consideraran indígenas, aunque hablaran su idioma inglés y mantuvieran sus nombres ingleses. La estructura de clanes de los Bribri permitió que algunos negros, al nacer de madre bribri, se insertaran plenamente como indígenas. Si un negro nacía de una mujer bribri, era de ese clan y eso lo legitimaba en el territorio, la etnia y la cultura. Eso explica por qué hay muchos negros “desaparecidos”, porque se convirtieron en indígenas. Hay una tremenda fuente de saberes ocultos en el fondo del mar y la memoria oral de la gente.²⁴

24 El nombre Nicolasa Mina la historia de su captura y su destino es real y fue contada por ella años después de su llegada, en el libro de Ken Russell Lohse. 2014. University of Mexico Press, Albuquerque, EUA. El juicio al que se refiere este cuento aparece en el archivo nacional ANCR. La entrevista con Alejandro Swaby es de la autora de estas crónicas, realizada en el 2016.

El misterioso bosque
de árboles de corales en el mar:
LOS CAYOS DE FLORIDA





El misterioso bosque de árboles de corales en el mar: los Cayos de Florida

Un buen día de verano emprendí un viaje a los Cayos de Florida en Estados Unidos. Uno de ellos se llama “Cayo Hueso” y creí que era tal vez porque tenía en su fondo marino muchas embarcaciones viejas que naufragaron. O quizá porque había mucho coral muerto debido al calentamiento global o por la contaminación. Pero me habían jurado que, a pesar de eso, el lugar conserva el encanto de una diversidad y belleza marina excepcionales.

Jóvenes buceadores de Costa Rica me habían contado su experiencia en ese lugar mágico, motivándome a hacer el viaje. Ellos me hablaron acerca de todo lo que ahí vieron e hicieron, y lo que más curiosidad me provocó fue la historia de Rogelio y de Santiago, quienes aseguraban haber visto un bosque de árboles de corales en esos mares, durante las actividades de un curso del Programa Jóvenes Buceando con un Propósito, al que asistieron.

¿Alguna vez han visto un bosque de árboles de corales? ¡Yo no! Pero como ellos son unos buceadores serios, decidí que iría a buscar esos árboles para verlos con mis propios ojos. Para ser sincera, pensé que tal vez no existían. *“No puede ser —me dije para mis adentros—, eso no existe; los corales son animales y no crecen en árboles como las frutas”.*

Pensé que se debía a que el curso había sido impartido en inglés, por lo que ellos entendieron mal lo que los profesores y las profesoras explicaron. También creí que quizá soñaron esa noche con árboles de corales, confundiendo sueños con realidades. Pero el gusanillo de la curiosidad me picó: ¿un bosque de árboles de corales? Y salí, tan rápido como pude de viaje hacia ese sitio.

La travesía desde Costa Rica fue larga, dura y fuerte. Nada menos que unos 1646 km en línea recta entre Cayo Hueso, Florida, en Estados Unidos y el Caribe de Costa Rica, en donde vivo alumbrando procesos de arqueología marina, en manos de unos jóvenes que desentierran misterios ocultos en el fondo del mar y en la memoria ancestral de la población que vino del mar y habita en las costas.

•••••

Pero no viajé en línea recta para llegar a Cayo Largo (Key Largo), donde supuestamente estaban los árboles, al sur de Cayo Hueso. Decidí recorrer la escabrosa costa que siglos atrás fue refugio de piratas, filibusteros y conquistadores, aunque cuando ellos llegaron ya estaba ocupada por los pueblos indígenas del continente, que pescaban en botes o cayucos.

•••••

Hoy en día, las corrientes marinas que llegan hasta las costas de Parismina en Tortuguero, de Roatán en Honduras y de tantas otras playas del Caribe centroamericano son corrientes llenas de plástico que dificultan el tránsito directo.

Las costas centroamericanas, bendecidas por corrientes que a través de la historia trajeron la tortuga a desovar, la langosta, la buena pesca y el transporte de gente en pequeñas embarcaciones; costas y corrientes que fueron la carretera interamericana e interoceánica del lugar en donde “todo vino del mar”, incluidos los que llegaron huyendo de las guerras en sus países; corrientes que arrastraron a quienes murieron en el horror de los naufragios de inmensos galeones, barcos piratas y mercantes del tráfico transatlántico de esclavos; están ahora convertidas en una maldición que lleva la basura plástica de las islas de todo el océano Atlántico, así como de los ríos que nacen en las montañas del istmo y atraviesan pueblos y ciudades, donde la gente deposita toda su basura en las aguas, hasta llegar al mar.

Fue una locura mi viaje en medio de ese desastre de plástico y de contaminación de los mares, sin embargo, la belleza del arrecife costero que recorre al Caribe continental se rehúsa a desaparecer. Muestra una resiliencia como la de los mismos pueblos costeros, los cuales resisten a desaparecer de las playas que los vieron nacer y desarrollarse libres.

He conocido esos fondos marinos desde hace ya más de seis siglos: los colores psicodélicos, la diversidad de peces de todo tamaño y forma, los corales de todo tipo, los azules transparentes que adormecen al viajero que pasa por ellos. Y en medio de estos, formando arrecifes artificiales por la cantidad de siglos que llevan en el mar, se pueden ver de vez en cuando inmensos barcos hundidos que naufragaron en sus aguas, así como los artefactos desprendidos de ellos, que contienen historias de piratas, de esclavistas, de mercantes, de colonizadores y conquistadores, lo mismo que canoas, piraguas y cayucos de indígenas naufragados al huir de la avalancha de avaricia que llegaba de Europa a conquistar la América.

¡Qué escenario el del fondo del mar Caribe costero! Está lleno de vida sin contar o que no ha sido contada a cabalidad. Todavía no se le otorga el valor histórico que le corresponde. Por aire, mar y tierra se va encontrando y haciendo valer esa historia.

Los chicos que me hablaron sobre el bosque viajaron desde Costa Rica por avión, luego en carro, y bucearon en el fondo para llegar a los misterios del mar. Yo viajé por mar y las distancias entre Costa Rica y Florida casi se duplicaron debido a que muchas veces tuve que alejarme para no pasar muy cerca de las costas.

.....

En lo que llaman la costa atlántica de Nicaragua, vi un barco hundido cuyo nombre desconozco, pero se trata de un naufragio fundante de una etnia africana que se mezcló con la población nativa. Su origen está en África también, es de personas negras traídas de ahí para ser esclavizadas en las Américas. Al encallar y naufragar, los africanos desembarcaron, se mezclaron con los miskito y surgió una nueva identidad "afromiskita". Existen narrativas ampliamente reconocidas sobre africanos que arribaron sin cadenas a la costa atlántica de Nicaragua, en un barco esclavista portugués que naufragó en 1640. Venían para ser esclavizados, pero desembarcaron libres.

Una historia similar hay en Roatán, Honduras. Orlando, un joven que estudia arqueología marina, habló de su multiétnico pueblo compuesto por los negros Garífuna, una mezcla de los africanos con indios Caribes de la Isla de St. Vincent, conocida como Yuruman por los indígenas. Las africanas y los africanos llegaron en el año de 1635, también producto de un naufragio de dos barcos esclavistas españoles. Sobrevivieron nadando hasta la costa, donde fueron recibidos y hasta desencadenados por los indígenas que allí vivían. Convivieron y se mezclaron hasta que, un siglo después, llegaron los colonialistas ingleses que quisieron esclavizarlos otra vez. Rebeldes y resistentes, unos huyeron en piraguas hacia Guatemala, Honduras y Belice, y se afirma que llegaron hasta El Salvador, aunque este país de Centroamérica no tiene costa Caribe.

Otros garífunas fueron "exportados" por los ingleses y recibidos en la costa Caribe de Honduras, donde les fueron dadas tierras comunes, por las que hoy se ven forzados a luchar contra grandes corporaciones turísticas. El pueblo Garífuna se dispersó por la región, también se encuentran en Livingston, en Guatemala.

Al igual que en toda la costa, los ríos que ahí desembocan nacen en las montañas de Guatemala. A lo largo de su curso por las cercanías de muchas poblaciones, arrastran crecientes cantidades de basura plástica. Es preciso que las poblaciones cambien su cultura de manejo de desechos. Se dice, además, que al salir de los puertos los cruceros tiran sus basuras al mar y hacen crecer la contaminación en los mares cerca de las costas.



Sentada en una pajilla de plástico me fui con las corrientes. Una tortuga confundió la pajilla con algas comestibles y casi nos traga. Me salvé por un pelito, pero aproveché la cercanía de la tortuga y me monté en su lomo para continuar mi viaje, pues ya estaba agotada. De Belice crucé a mar abierto y fui bordeando el noroeste de Cuba para llegar primero a Cayo Hueso, apenas a noventa millas de Cuba.

Mar adentro tuve que enfrentar las embarcaciones de pesca de arrastre en esas aguas. Vi cómo arrasaban con anclas antiguas, vasijas y otros artefactos, además de atrapar delfines, tortugas, tiburones, etc. Las compañías llaman a tales atrocidades “daño colateral” y los devuelven muertos al mar. Es más lo que matan y tiran que lo pescado para vender. ¡Es horrible!

Santiago, un buceador del Caribe Sur, dice que parte del problema es que los humanos nos creemos la cúspide de la cadena alimenticia porque producimos y extraemos mucho alimento. Pero él piensa que no es cierto, los humanos no somos la divina joya que nos creemos. *“Lo que producimos es dinero y el dinero nos come a nosotros. La cadena alimenticia de la muerte inicia cuando hacer dinero está por encima de todo lo demás, pues nos devora en vida”.*

Conocer las redes de pesca de arrastre fue una experiencia terrible. Una vez quedé atrapada y sin escapatoria en una de esas redes que pasan arrasando los fondos marinos indiscriminadamente. Ahí me tocó ver a un pez sierra, especie en vía de extinción, luchando por escapar. La Florida es en este momento su hábitat crítico, pues habita solamente en esos cayos y otro sector del golfo de México al lado de Florida. Hice lo único que podía hacer: animar a los otros peces para que lo ayudaran. Con la colaboración de todos y con su pico aserrado conseguí romper la red. Bailé con los delfines, los tiburones y las tortugas rescatadas y liberadas.

Al fin llegué a los cayos, especialmente Key Largo donde estaría el bosque de árboles de corales. Estaba lleno de gente. Se acercaba la fecha de la pesca de langosta en julio, y cientos de embarcaciones y de personas se alistaban para cazarla. Además, era verano y mucha gente vacacionaba en esos hermosos manglares e islotes pequeños llamados cayos.

Los Cayos de Florida son una serie de islas pequeñas conectadas por una carretera de 171.4 km, muy larga y delgada, y compuesta de islotes de distintos tamaños, que desde arriba una parece el nudo de un hueso. Por eso la llaman Cayo Hueso. En sus mares hay memoria antigua: cientos de barcos hundidos, una estatua de un Cristo con sus brazos extendidos hacia los lados y hacia arriba, exclamando: “¡¿Qué rayos han hecho los humanos con los océanos del planeta?! ¡Deidades de la naturaleza, ayúdenles a darse cuenta a tiempo!”

.....

Los indígenas de la etnia Miami creían que las distintas fuerzas de la naturaleza eran diosas y dioses que se enojaban, se alegraban y gozaban de su vida en la Tierra con todos los seres vivientes. Por eso los humanos respetaban su propia naturaleza y su fuerza como parte de un todo. El Cristo lo expresa también. Es una estatua hecha de bronce, que se dice pesa cuatro toneladas y está parada en una base de cemento que se asegura pesa nueve toneladas. Fue hecha por el artista italiano Guido Galletti, en homenaje a Dario Gonzatti, el primer italiano en hacer buceo scuba en la década de los cuarentas y que murió allí en 1947. La escultura está llena de coral de fuego y se ve bellísima. El coral de fuego la protege, porque nadie la puede tocar.

Buceando en los sitios, se pueden ver al menos tres embarcaciones naufragadas, de las nueve que hay en esos cayos. Dos están identificadas porque son más modernas. Una era un barco de vapor de casco de hierro, usado para transportar mercancía y pasajeros entre Nueva York, Cuba y México, el City of Washington. Permanece imponente, sus partes están regadas en el fondo marino como si una tempestad lo hubiese roto en mil pedazos y luchó por mantener intacto su casco.

En Elbow Reef, a siete metros y medio, se observan restos de esa embarcación que encalló el 10 de julio de 1917, mientras dos remolcadores la sacaban de Florida. Había sido emblemática durante la Guerra Hispanoamericana porque ayudó a sacar sobrevivientes del ataque del Maine, en La Habana en 1898, hecho que desató la guerra durante la cual fue utilizada para el transporte de tropas. Al finalizar la guerra, realizó de nuevo viajes de pasajeros y de carga, hasta su retiro en 1908. Tres años más tarde fue comprada y convertida en barcaza de transporte de carbón. Este caso ilustra lo que es la arqueología marina, actividad que investiga la identidad de piezas en el fondo del mar, guardianas de historias sin contar. Tiene relevancia en el presente pues se ocupa del legado que nos ha dejado el mar para que no olvidemos de dónde venimos.

Otra embarcación inmensa, de nombre Hanna N. Bell, fue un buque de vapor con casco de acero que medía 93 metros. Era de origen británico. Naufragó en otro punto de los Cayos de Florida a 9.7 metros de profundidad.

El Hanna N. Bell fue construido en 1893, recibió el nombre de la mujer que lo bautizó. Antes de su naufragio en 1911, realizó frecuentes viajes transatlánticos entre puertos europeos, las costas del este, el golfo de los Estados Unidos y los puertos del Caribe y Sudamérica. Transportaba algodón, azúcar y carbón. La información recopilada por el personal del santuario y los buceadores voluntarios de una Asociación Nacional de Buzos Negros, en septiembre de 2012, permitió a los arqueólogos marítimos confirmar los orígenes del naufragio.

La tercera embarcación, más antigua que las otras, permanece como una hipótesis arqueológica a comprobar, aunque su historia está altamente documentada. El Guerrero fue un barco pirata español que naufragó en 1827 en un arrecife cerca de los Cayos de Florida. Llevaba 561 africanos

a bordo, de los cuales 41 se ahogaron en el naufragio, que fue producto de una batalla con el patrullero británico HMS Nimble, al norte de Cuba. En la batalla, el Nimble también se estrelló contra el arrecife, pero eventualmente fue reflotado y regresó al servicio. Saboteadores en los Cayos rescataron a la tripulación española y a los africanos sobrevivientes. También ayudaron a reflotar al Nimble. Por su parte, los tripulantes españoles rescatados secuestraron y se llevaron a casi cuatrocientos africanos a Cuba, donde fueron vendidos como esclavos. El Guerrero estaba fuertemente armado con cuatro cañones largos de cobre y diez cañones de hierro, y llevaba una tripulación de noventa hombres o más. Por ser un viaje de la piratería, es decir no oficial, es difícil encontrar documentación aparte de la ofrecida por los artefactos en el fondo marino.

•••••

Así, mediante el aprendizaje del buceo arqueológico, aunque no hayan encontrado pruebas documentales de la identidad del barco hundido, y pese a que ellos mismos aún no lo perciban, los chicos buceadores se han convertido en los guerreros marinos de historias sin contar. Antiguamente el arquetipo del guerrero no era el que hacía la guerra: era el que salvaba vidas luchando contra las adversidades. Estos jóvenes arqueólogos de distintos lugares de Estados Unidos, de Costa Rica, de Honduras, de padres y madres migrantes del mundo entero, son guerreros marinos. Sus profesores son buceadores afroamericanos del Programa Youth Diving With Purpose (YDWP), son formadores de guerreros marinos. En su trabajo de búsqueda y rescate de las historias ocultas, retan a la pérdida de memoria histórica colectiva, esa amnesia que nos deja sin raíz e identidad; desafían las políticas que evaden reconocer las injusticias cometidas en el pasado, que se repetirán mientras las neguemos, mientras no pidamos disculpas ni hagamos reparación del daño ocasionado. Le dan voz a quienes no pudieron contar su propia historia porque perecieron en el fondo del mar en las embarcaciones en las que viajaban, o a quienes, al llegar a las orillas de alguna playa como sobrevivientes, fueron desarraigados de sus tierras natales y de su historia.

Uno de ellos, el presidente de la Asociación Nacional de Buceadores Negros de los Estados Unidos, es del pueblo Kikuyu de Kenia en África. Su apellido Sadiki resuena con su apoyo a la iniciativa de jóvenes buceando con propósito, ya que en suajili²⁵ significa 'guerrero silente'.

¡Son todos guerreros! Cuando la memoria quiere olvidar los horrores del tráfico transatlántico de esclavos entre los siglos XVI y XIX, ellos nos los recuerdan, buscando galeones y embarcaciones esclavistas en el fondo de los mares; investigando y documentando los acontecimientos, los nombres y las vidas truncadas o desconectadas de quienes perecieron allí. Un ejemplo es lo que ha hecho en tierra esa iniciativa: recuperar para la memoria la historia y la vida en Cayo Hueso.

25 Suajili o swahili: es una lengua de África del este, cuenta con un número aproximado de ciento cuarenta millones de hablantes a lo largo de Somalia, República Democrática del Congo, Rwanda, Burundi, Uganda, Mozambique, Comoras, Kenya y Tanzania. El suajili tiene influencias persas y árabes.

De manera acertada, la recuperación en Higgs Beach, el sitio y su historia, cambió el nombre de cementerio de esclavos a “Cementerio de Africanos” en el 2012, para recordar a las personas procedentes de ese continente, muertas en varios naufragios.

La placa dice así: “Cerca de este sitio se encuentran los restos de 294 hombres, mujeres y niños africanos que murieron en Cayo Hueso en 1860”. En el verano de ese año, la marina de los EE. UU. rescató a 432 africanos de tres barcos de propiedad estadounidense, involucrados en el tráfico ilegal de esclavos. Los barcos con destino a Cuba fueron interceptados por la Armada de los Estados Unidos, que trajo a los africanos liberados a Cayo Hueso, donde se les proporcionó ropa, refugio y tratamiento médico. Habían pasado semanas en condiciones insalubres e inhumanas a bordo de los barcos de esclavos. Los buques de vapor estadounidenses Mohawk, Wyandott y Crusader rescataron a estos individuos del incendio forestal, donde 507 fueron rescatados; el William, donde 513 fueron rescatados; y el Bogotá, donde 417 sobrevivieron. En total, 294 africanos sucumbieron en Cayo Hueso a diversas enfermedades causadas por las condiciones de su confinamiento.

Ellos fueron enterrados en tumbas sin nombre en la actual Playa de Higgs, donde ahora se encuentra la Torre de Martello Oeste. En agosto de 1860, más de mil sobrevivientes partieron hacia Liberia en África occidental, un país fundado para exesclavos estadounidenses, donde el gobierno de los Estados Unidos los apoyó por un tiempo. Cientos murieron en los barcos antes de llegar a Liberia. Por lo tanto, los sobrevivientes fueron devueltos a su continente natal, África, pero no a sus países de origen en ese continente.

.....

Recordé tantas historias de los jóvenes buceadores que fueron a estudiarlas, pero seguía sin toparme con el famoso bosque de árboles de los que colgaban corales en lugar de frutas, de los que ellos también me hablaron.

Duele conocer la historia de estos barcos como el Guerrero y la de los barcos Fredericus IV y Christianus V en alguno de los mares del Caribe Sur en Costa Rica. Con tanto dolor me fui a la deriva. Una fuerte corriente proveniente del golfo de México que entraba a los Cayos de Florida me lanzó hacia una zona más profunda que los arrecifes en los que descansaban, silentes, los restos de las embarcaciones.

Cerré los ojos; lo mejor era dejarme llevar hasta que la corriente se disipara sola. Cuando por fin los abrí, ahí estaba, de repente y sin aviso, el bosque de arbolitos de corales. Se mecía al ritmo cadencioso de una suave corriente que llegaba al lugar escogido en el que se encontraban. Se movía de un lado para otro para evadir el paso de los peccecitos que los mordían para comerse las algas que tenían pegadas. Crecían como en el aire para no ser impactados por la sedimentación,

vivían como en un bosque encantado mientras se desarrollaban en sus primeros meses de vida. Eran árboles sembrados por biólogos y buceadoras y buceadores guerreros de los mares.

Su estructura estaba hecha de tubo plástico y sus ramas eran cuerdas de hilo de pescar, donde habían sido colgados pequeños corales, de cuerno de venado unos y de cuerno de arce otros, todos más o menos del tamaño de un mamón²⁶. Allí, visitados cada cierto tiempo para limpiarlos de algas, almejas y corales de fuego que se les pegan, crecían durante sus primeros seis o siete meses hasta alcanzar el tamaño de una naranja o una toronja. Al cabo de cierto tiempo, crecidos, limpiecitos, fuertes y saludables, son trasplantados a un lugar escogido donde pueden seguir creciendo bajo supervisión y ayuda, quitándoles de vez en cuando las algas invasoras y la sedimentación. Ocurre que, cuando el agua está contaminada, crecen desproporcionadamente las algas a fin de proteger los arrecifes. Pero al crecer así, en lugar de proteger, los invaden.

Por eso es fundamental que todas las personas controlemos la contaminación. En las zonas agrícolas los pesticidas son mortales y eso requiere un trabajo urgente como el que se debe hacer con el uso del plástico. Es mucho el trabajo que demanda la protección de la vida en este planeta. En las zonas turísticas —solo para mencionar un ejemplo— el oxibenzine que les ponen a las cremas de protección solar es sumamente dañino. Los jóvenes de Costa Rica me contaron de una joven en Florida que hace y comercializa una crema solar sin tóxicos llamada Stream2Sea.

Me mostraron un vídeo de la siembra realizada por buceadores jóvenes y pude ver lo que parecía un milagro de la relación entre humanos y el resto de la naturaleza. Les cuento. Cuando los jóvenes se pusieron a martillar las rocas para limpiar un espacio donde colocar “la pega” y plantar allí los pequeños corales bajados de los arbolitos, sucedió algo increíble. Casi al instante empezaron a aparecer pececitos de todos los colores a bailar y a alimentarse interactuando con los nuevos corallitos. Dice Rogelio, uno de los ticos sembradores de corales, que ver los pececitos llegar masivamente a aquel desierto de rocas, corales muertos y abanicos aislados, le provocó una emoción muy intensa porque sintió que venían a agradecerle la siembra. Yo, Tona Ina, la Luz Marina, sentí lo mismo. Un profundo agradecimiento hacia esos guerreros de la arqueología y la biología marina que nos devuelven, con cada acto, la salud del mar y los secretos que guarda la cultura que allí se encuentra.²⁷

26 Fruta del mamón. Árbol de América intertropical, de la familia de las sapindáceas, corpulento, de copa tupida, con hojas alternas, compuestas, hojuelas pequeñas, lisas y casi redondas, flores en racimo y fruto en drupa, cuya pulpa es acidula y comestible, como también la almendra del hueso.

27 Está basado en una historia real vivida por jóvenes Embajadores del Mar y la autora de estos cuentos, en sus cursos de formación en buceo con propósito en los Cayos de Florida en el 2017 y 2018, con becas otorgadas por la organización Youth Diving With a Purpose (YDWP) entre el 2017-2019 y por UNOPS y AyA en el 2021, para aprender a reconocer, monitorear y sembrar corales, entre otros aprendizajes. El bosque de árboles de corales existe y ha sido creado por la Coral Restoration Foundation para cultivar corales allí.

Las historias de naufragios en Nicaragua y en Honduras fueron narradas a la autora de estos cuentos por mujeres garífunas de Honduras y por mujeres negras de Nicaragua en la década de los noventa para la radio.

La investigación acerca de El Guerrero está fundamentada en el documental **A documentary of The Guerrero Project** de James Avery en el 2004, además de que la autora de estos cuentos participó directamente en una prospección arqueológica en buceo scuba en el 2017 con Youth Diving With a Purpose (YDWP) y el National Parks Service en Key Biscayne para tratar de encontrar sus restos y conoció su historia en las exposiciones de YDWP en el Museo del Buceo y una charla con el director del Museo Marítimo Mel Fisher, Corey Malcom, en Florida en el 2018.

POTÍ,
un buen pirata
con ojo de vidrio en Cahuita





Potí, un buen pirata con ojo de vidrio en Cahuita

Conocí una vez un pirata bueno, que vino al Caribe Sur desde Japón para impartir un curso de fotogrametría a los jóvenes buceadores Embajadores y Embajadoras del Mar. Potí es el nombre que le puse al profe cuando escuché a unas niñas en Cahuita cantar una canción pegajosa que tararean los niños y las niñas.

Obviamente la canción habla de un pirata porque dice que tiene un ojo de vidrio, una pata de palo y una nariz de guacamaya. Y me pareció que Kotaro Yamafune, más bien, puede ser el pirata de la canción que cantada dice así: *“Potí, Potí, pata de palo, ojo de vidrio y nariz de guacamaya”*. Fue por la imagen del ojo de vidrio que le puse Potí. Porque este japonés de ojos rasgados mira las cosas con el “ojo de vidrio” que es su cámara de fotogrametrear.

Su especialidad es tomar cientos de fotos de un objeto para convertirlo en un modelo tridimensional computarizado que permite ver más allá de una simple mirada. Y le puse de sobrenombre “el buen pirata” porque, en lugar de robar tesoros, atesora información creada mediante modelos digitales tridimensionales que rescatan, recrean y visibilizan imágenes perdidas de barcos hundidos en sitios arqueológicos.

Con la fotogrametría, “Potí el buen pirata” convierte en tesoro lo que permanece oculto y al fin se logra ver en los modelos de 3D. Así recupera tesoros culturales ocultos. Es un hombre sencillo, de baja estatura y lleva una sonrisa transparente que contagia. Tiene gestos muy expresivos. Probablemente usa esa técnica para comunicarse porque, a pesar de que no sabe una palabra de español y su inglés es muy “japoneseado”, ha diseñado una metodología impresionante para hacerse entender con los jóvenes del Caribe Sur que de japonés solo saben las canciones de los videojuegos.

Yo fui maestra bilingüe durante muchos años, cuando piratas, colonizadores, miskitos, bribris, cabécares y africanos merodeaban la zona del Caribe Sur y se hablaban muchos idiomas. Entonces ese territorio costero del Caribe Sur no era controlado por nadie. Lo merodeaban todos, cada quien con su idioma.

Todavía no comprendo cómo hizo este japonés para que unos buceadores de la zona que hablan español, dos daneses que hablan su idioma y hasta un ucraniano hicieran un curso en inglés con él.

¡Y lo aprendieron todo! Es un maestro en fotogrametría, pero también es un maestro en la nueva educación bilingüe o multilingüe en la cual, de no entender lo que escuchas, se propicia una segunda oportunidad mediante la práctica del comando verbal en la computadora. Así aprendieron nuestros jóvenes buceadores el saber más avanzado que cambiará la disciplina de la arqueología radicalmente: la modelación tridimensional para mapear, medir, preservar y analizar sitios y piezas arqueológicas.

¿Qué más ha aportado ese buen pirata al Caribe Sur?

Al finalizar exitosamente su trabajo de capacitación, se dedicó a navegar las aguas turbulentas, en el Sitio de los Ladrillos en el Parque Nacional Cahuita, en las dos últimas mañanas de verano del lugar. Potí sabe, como yo, que el fondo del mar sigue guardando secretos a su antojo. Yo, la luz marina, estoy encandilada por los recientes descubrimientos de los naufragios de Cahuita. Pero Potí se los encuentra sin tocarlos ni sacarlos para que los podamos conocer. ¡Qué maravilla de pirata!

La noche en que presentó su modelación del Sitio de los Ladrillos, hasta yo, Tona Ina, me quedé atónita de lo que pudieron ver por primera vez esos jóvenes buceadores. Llevaban cuatro años buceando arqueológicamente el lugar, habían visto decenas de veces miles de ladrillos, los habían apreciado, los habían medido y los habían analizado, pero en esta ocasión, en la pantalla del computador, por primera vez, vieron mucho más.

¡Qué risa me dio verlos a todos quedarse sin habla también! Permanecieron callados, mirando la computadora como si no tuvieran voz, a pesar de que Potí les preguntaba una y otra vez si veían lo que él miraba. ¡Ahí estaba, nítido ante sus ojos! Ya no eran solo los vestigios de un naufragio, sino que en la muestra tridimensional pudieron percibir, dibujada en la protuberancia de un gran grupo de ladrillos, una silueta de barco. Mientras Potí movía el cursor sigilosamente, girando el modelo para mostrar los distintos ángulos del naufragio, preguntaba y nadie contestaba. ¡De un simple sitio a un claro naufragio!

Curiosamente, esa noche el Sitio de los Ladrillos dejó de ser *un sitio* y los ladrillos dejaron de ser *unos artefactos*. Ante treinta ojos atónitos, el lugar se convirtió en todo un naufragio que permanece bajo la arena sumergido, justo debajo de los ladrillos. “*¡Lastre que cubre algo!*”, al fin gritó alguien rompiendo el silencio. Quedaba claro que los ladrillos esparcidos a los largo y ancho de la silueta de la nave habían sido el lastre que en su fondo equilibraba el barco.

Por eso, por haber estado colocado en todo el sótano cuando ocurrió el naufragio, cayó en la misma formación y, al quebrarse toda la parte superior de madera, quedó encima de la base de la embarcación. Por su tamaño sugerido, se sabe ahora que más que un inmenso barco, fue de un tamaño menor. Sus dimensiones sugeridas por la silueta podrían coincidir con la

información reciente de un periodista investigador en Dinamarca, quien también visitó a los embajadores y embajadoras estos días: Jakob Olling. Él sugiere, a partir de sus investigaciones documentales en Dinamarca, que el Fredericus IV y el Christianus V, que llegaron a Costa Rica, parecen haber sido dos fragatas construidas en Noruega, entonces parte del reinado danés.

Otro dato explicado por Potí esa noche es que ahora, con esta nueva información, quedó cuestionada la hipótesis de que los restos del naufragio en la zona arqueológica de Punta Cahuita pueden ser de un solo barco. Les recordó a los buceadores que hasta el momento había dos hipótesis sobre el tipo de naufragio. Una sostenía que lo hallado en esa zona, en el Sitio de los Ladrillos y un kilómetro después en el Sitio de las Anclas y Cañones, pudo haber pertenecido a una sola embarcación que soltó ladrillos en su sitio y luego siguió a la deriva hasta soltar anclas y cañones un kilómetro más al este.

“No es posible que sea uno, porque al saber ahora, con esta fotogrametría, que el fondo del barco puede estar ahí, debajo de los ladrillos, no pudo haberse ido a la deriva; así podemos sugerir, con mayor certeza, que los objetos en el Sitio de Anclas y Cañones son otro barco”. El buen pirata también explicó que es posible hacer una escalada técnica en la investigación, presentando una propuesta profesional a las autoridades, para excavar una pequeña fosa que permita encontrar madera preservada. *“Hacerle pruebas a la estructura permitiría saber la procedencia, el tipo de madera y la época en la que fue cortada”*, explicó.

Eso complementaría significativamente el resultado de la prueba química de los ladrillos, que el Museo de Costa Rica está enviando al Museo de Dinamarca por solicitud de la cogobernanza del Parque Nacional Cahuita.

¡Qué cerca están estos muchachos y muchachas de encontrar la identidad de ese naufragio! El escurridizo mar nunca revela todos sus secretos. Soy Tona Ina Yoruba, esa luz marina que se opaca cuando la vida marinera duele y que recupera su luminosidad cuando la juventud intrépida, embajadora del buceo scuba, sigue queriendo saber más para descifrar la verdad de un naufragio, sin importar las dificultades.

No se dan por vencidos y por eso cada vez se acercan más a la identidad de los barcos. Unos creen que se ha tardado tanto en saberlo porque ha faltado ciencia. Otros piensan que los artefactos y sus contextos no cuentan todo acerca de su historia. Y hay hasta quienes creen que es porque no importa lo suficiente para dedicarse a eso.

Yo digo que esas son todas “verdades a medias” porque lo cierto es que el mar también tiene la culpa de que no se sepa. Por ser tan transparente y a la vez tan resbaladizo, no hay quien atrape la verdad, aunque muestre su alma cristalina. Yo, Tona Ina, que he vivido una eternidad en el mar, les puedo decir con certeza que los artefactos que están allí, aunque nos muestren el último momento de su vida, se hacen tan escurridizos como las aguas que los abrazan. El mar, que lo conectó todo desde el inicio de la vida en el planeta, abraza y estrecha a nuestra América por el centro, la convierte en un gran reloj de arena y nunca lo muestra todo. Los vestigios

culturales en el fondo del mar permanecen a la espera para cobrar vida con significados que les demos. No como objetos, sino como expresión de culturas del pasado que nos hablan de nuestras raíces y nuestra historia, en un lugar en donde todo vino del mar.

•••••

Son las acciones de rescate; los recuentos que se asoman en los archivos sobre naves que naufragaron en nuestros mares; la memoria ancestral de los descendientes que habitan en las costas o en las montañas cerca de las costas; lo que nos habla. El mar a solas nunca va a revelar toda su historia. Lo que ha estado mucho tiempo en el mar ya le pertenece y solo nos muestra lo que podemos aprehender sin atrapar. Ese mar de Costa Rica, que todo lo trajo cuando las demás vías eran inexpugnables, se hizo inexpugnable al aprender a no contarlo todo. Tal vez por eso nunca nadie ha escrito la historia náutica de Costa Rica.

Es tan escurridizo el mar que si nos dice cómo naufragaron los barcos, nos esconde el lugar donde sucedió. Y si nos muestra el lugar donde hubo un naufragio, puede tomar toda una vida saber qué, cuándo y cómo pasó. Por eso la juventud embajadora no solo surca los mares, también se hunde en la memoria en búsqueda de una historia que se resiste a morir. El universo marítimo de la incertidumbre tiembla ante semejante alianza: mar y memoria ancestral.

Ellos pertenecen a la generación de lo digital, las tabletas y los teléfonos celulares. Son la primera generación en su zona que tiene acceso a los estudios secundarios y es una educación secundaria en crisis porque no sabe cómo educar a esa nueva generación más allá de lo enciclopédico. Es una generación que aprende creando y recreando e investigando. Por eso son aspirantes a arqueólogos subacuáticos. Saben que la historia oral, la información de archivos, el buceo arqueológico y ahora la fotogrametría subacuática son claves para pedirle al mar que les revele sus secretos, interactuando con sus propias capacidades ancestrales e intelectuales.

No rechazan los conocimientos previos en libros y reportes, y ciertamente están interesados en la ciencia y sus aportes, pero quieren conocer usando todos los recursos. Historia de una búsqueda de identidad. Cuando llegaron los pescadores de tortuga hace casi doscientos años, vieron una luz en Punta Cahuita y lo relacionaron con el hecho de que allí había restos de barcos hundidos. William Smith, fundador de ese poblado, se lo contó a Selles Johnson y desde entonces Selles lo había compartido al resto de boca en boca. Lo contaron una y otra vez, describiéndolos en todo su esplendor.

Hablaron de anclas, cañones, botellas, teteras, ladrillos, espadas con vaina de oro, monedas y muchas cosas más. En 1969, un investigador canadiense de nombre Guilles Lelieux supo de la presencia de esos artefactos cuando estudió Cahuita para hacer una propuesta turística. En su tesis de maestría, en un instituto de la Organización de Estados Americanos, habló de un

galeón español y nunca dijo por qué creía eso, a pesar de lo que le dijeron Selles y otros. Otra larga década pasó hasta que en 1978 el arqueólogo Steven Gluckman hizo el primer estudio arqueológico del naufragio cerca de Punta Cahuita.

Han venido otros más recientemente, como los buceadores scuba Cris Weston, dos amigos y una amiga, en 1970, que los vieron también y los siguieron describiendo. Veinte años después, retomó los naufragios en el Caribe Sur la escritora Tatiana Lobo en su famosa novela histórica *Negros y blancos, todo mezclado* (1997), que escribió con Mauricio Meléndez. Se trata de ese libro demoledor que saca trapos sucios de la historia no contada sobre la esclavitud y la negritud en Costa Rica. Tatiana fue la primera en consignar la historia de dos barcos daneses cargados de africanos a esclavizar que desembarcaron en las costas del Caribe Sur de Costa Rica.

Sin fecha exacta, pero más recientemente, los pobladores afrocostarricenses Mr. Winston Brooks y Rosemary Riddle Stewart, en la portada del menú de su restaurante Típico Cahuita, contaron la historia de los barcos esclavistas sin sus nombres, pero con bastante información veraz sobre la llegada de africanos libres que desembarcaron en las costas del Caribe. Después de ellos, vinieron David Van Zandt de Cleveland Underwater Exploration (CLUE) y Lynn Harris de la Universidad de Carolina del Este (UEC) a bucear el sitio en Cahuita, y produjeron conjuntamente una presentación sobre los barcos daneses en el 2013. Harris regresó con sus estudiantes y colegas profesores de la UEC en el 2015 y, por invitación de las Embajadoras y Embajadores del Mar, regresó tres veces entre el 2016 y 2018.

En el 2019 siguieron sin la UEC, la cual se tiró por su cuenta en el Caribe, mientras las embajadoras y los embajadores invitaron a daneses que están aportando información de Dinamarca que faltaba en Costa Rica. También “pasaron por agua” a un arqueólogo terrestre de Costa Rica que capacitaron en buceo para trabajar con ellos en el mar.

Los embajadores y las embajadoras trabajaron mucho y aprendieron más. Han construido capacidades locales para asumir los retos de contribuir a revelar la nueva historia que se va develando bajo el mar con la memoria ancestral y tecnológica, a la cual acceden sin cesar. Ahora las preguntas que les hicieron a los artefactos —¿de dónde vinimos?, ¿cómo llegamos?, ¿quiénes somos?— se las hacen acerca de sus propias raíces.

Y ahora en el 2019, la Expedición Galeones y Otras Embarcaciones, de los embajadores y embajadoras con arqueólogos daneses, japoneses y croatas, parece que se está acercando vertiginosamente a la identidad de las embarcaciones y su historia, que cada vez se asemeja más a la suya, en un lugar donde todo vino del mar.

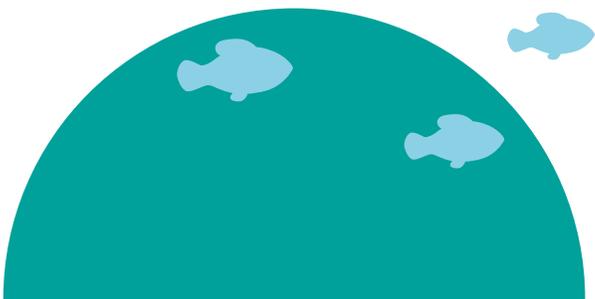
•••••

“Colorín colorado, este cuento es sin *finito* y no se ha acabado”. Potí lo sabe. Su ojo de vidrio ayuda a los Embajadores y Embajadoras del Mar a saber cada vez más. Así es la vida, un infinito viaje de aprender y aprender, aprehendiendo arqueológicamente también.²⁸

28 *Potí* es una crónica creada para darle vida imaginaria a la historia real de un personaje internacional científico japonés, Kotato Yamafune, quien vino al Caribe en el 2019 apoyado por Puntos de Cultura del Ministerio de Cultura y Juventud a impartir un curso de fotogrametría a los jóvenes buceadores del centro, ya que es el más reconocido especialista mundial en el tema aplicado a naufragios. Con un PhD, es tan sencillo, humilde y brillante como nuestros jóvenes.

10

El viaje de
EL BARCO FANTASMA
en Manzanillo





El viaje de El Barco Fantasma en Manzanillo

En noches oscuras, por el horizonte marino y las playas de Manzanillo, un barco navega errante. Eso se afirma desde hace muchos años, desde que apareció humeando y sin tripulación un misterioso barco. Parecía no tener un rumbo definido. No obstante, llegó allí directamente, se estrelló contra la arena y se abrió en pedazos.

Los pobladores de Manzanillo que presenciaron su llegada le llamaron “El Barco Fantasma” por la forma en la que lo vieron venir. Nadie lo capitaneaba y, sin embargo, con toda seguridad traía un rumbo definido; echaba humo, aunque no estaba en llamas. Este y otros comportamientos de la embarcación fueron dándole su peculiar sobrenombre en el transcurso de los años.

Conozcamos las historias sobre ese barco fantasma que nos cuentan algunos pobladores de Manzanillo, quienes vivieron ese momento y viven todavía, con más de noventa años, y lo cuentan como si hubiese ocurrido ayer.

“Estaba yo con mi cuñado y con otro amigo —cuenta Manicú— pescando aquí en Manzanillo, cuando lo vimos en el horizonte. Al principio solo vislumbramos una chimenea humeante a lo lejos. Cuando empezó a acercarse, pudimos ver que el barco venía ya de lado y avanzando. Parecía un fantasma. Con la intención de ver de qué se trataba, fui a remo hasta la orilla y traje el único bote a motor que había entonces en Manzanillo, el cual pertenecía a mi cuñado. Así, fue posible avanzar sigilosamente y enfilarnos a babor. Manteníamos el motor del bote lo más silencioso posible, para que arriba en el barco pudieran escuchar cuando gritábamos: ¿Hay alguien? Pero nada. Por eso, mientras yo permanecí en el botecito con el motor encendido, los otros dos subieron a la embarcación con gran dificultad, pues era sumamente alta. Nadie había, ni una sola persona. Adentro, solo humo. El barco mismo era de madera y se quemaba. Era un maderero, cargado de pino cortado en largos tucos cuadrados. Le seguimos el rumbo en el bote a motor, acompañándolo hasta que pegó en la arena, de proa, cerca de donde hoy está el hotel Almendros y Corales.

Anochecía y ya empezaban a salir las estrellas. Desde que lo vi en el horizonte, me pareció que tenía un rumbo definido aunque navegaba sin tripulación. Desde entonces, hay pedazos de barco por todo esto; hasta aquí, en frente, en Manzanillo. Y era tanta la madera que traía que todo el mundo acudió y llevó lo que podía para construir”.

“Era el Domingo de Resurrección de 1954. Tenía una sábana grande, colgando de un mástil, que decía “Daisy Gray”. Soy Eduard Welden, cariñosamente conocido como Sonny Boy. Cuando llegó el Daisy Gray, yo era un joven de dieciséis años de edad en Manzanillo, donde nació. Trabajaba como jornalero en los cocotales y como vendedor de copra. Era un conocedor de esa playa porque siempre viví y trabajé allí, de cara al mar. Actualmente vivo a doscientos metros de Almendros y Corales, el lugar en donde han aparecido partes de una embarcación y donde permanecen la caldera, pedazos de la grúa, el motor y otras piezas más.

Lo que sé de ese barco es que iba para Cuba, lleno de madera de pino en tucas cuadradas. Había salido de Honduras, pero nunca llegó a su destino. Supe su nombre porque circuló de boca en boca, así como también que su incendio fue una estratagema, en razón de que era un barco de muy larga existencia y ya querían cobrar el seguro. El asunto es que después de que recogieron a la tripulación y le dieron fuego al barco, empezó a llover. Ni se quemó, ni se salvó. Nunca supe si cobraron el seguro.

El día de su llegada estaba en mi casa, casi llegando a Punta Mona, más allá de Manzanillo. Lo vi pasar al garete sin darle mucha importancia porque no me enteré de que venía quemándose. Después me dijeron que encalló y por eso fui a Almendros y Corales para verlo. Era inmenso y cargaba mucha muchísima madera. Una parte se la llevaron para un aserradero en Puerto Viejo. Era tanta que incontables tucas se fueron flotando hasta llegar, por las mareas y corrientes, a las costas de Panamá. ¡Hasta allí supe que llegaron! Ya no recuerdo si vino alguien del gobierno o de la compañía de seguros, pero sí que vino un barco grande a llevarse la madera. En él venía una señora cubana. Anclaron afuera, frente al barco encallado, y con botecitos pequeños jalaron la madera, flotando hasta subirla al barco grande. Se llevaron mucha madera, pero aún quedó gran cantidad flotando y hundida en el mar. Mucha gente de aquí extrajo también buena parte de ella.

El resto se fue hundiendo en la orilla al chocar con las olas. Y claro, cuando vino el terremoto del 1991, alguna de la madera que estaba hundida en el fondo del mar pero cerquita de la orilla quedó desenterrada en la arena de la playa porque la tierra subió más de un metro. Por eso cuando salió una pieza cerca del río en Playa Grande, recientemente, aunque decían los expertos que había venido del mar, yo sabía que no era cierto. Había estado enterrada en la arena y ya se le había visto salir muchas veces”.

Otra persona cuenta:

“Soy Rogelio Ellis Perdegast, residente actual de Cahuita, conocido cariñosamente como “Culí” por pertenecer a la etnia hindú de gentes traídas al Caribe de Costa Rica desde Jamaica, donde ya muchas personas originarias de la India se habían mezclado con afrodescendientes. Fuimos traídos como fuerza “esclava” para la construcción del ferrocarril. Habitamos Westfalia durante décadas y luego nos mezclamos y esparcimos por el país. Yo tenía siete años de edad cuando vi los vestigios del barco que, según se hablaba, había aparecido en Manzanillo y luego había sido arrastrado por las corrientes hasta el mismo lugar en donde ahora apareció un pedazo de panza y costilla.

Actualmente, a mis 71 años de edad, recuerdo que cuando fui a ver el barco, el mar lo enterraba, ya sin madera adentro. Al verlo, pregunté a Cracker Jack —un hombre de Cahuita que hacía botes— de qué madera estaba hecho. Él me dijo que traía mucho mahogany (caoba), una madera muy dura.

Años más tarde —como fui maderero también— pregunté si aquí en Costa Rica había esa madera y me dijeron que no, que procedía de Nicaragua. Pero hace poco, gracias a internet, con ayuda de una muchacha, confirmé que la caoba es mundial y que hubo mucha en Costa Rica. El nombre de Cahuita viene del nombre de esa madera, el caobé. Escuché que muchos que lo conocieron después de su arribo y, ya desalojado, creían que había sido un barco de transporte de pasajeros entre Limón y Manzanillo, o Nicaragua y Limón.

Luego la gente fue perdiendo interés por el barco que se enterraba solo. Lo que había en la playa eran pedazos, pero lo que se enterró estaba bastante entero y quedó entonces pegado casi a la orilla de la playa. Ahora el mar ha cambiado mucho, se ha ampliado y ha cubierto ciertas partes donde antes no estaba. Cuando salió recientemente en Manzanillo, me puse a reír. Para mí no era nada nuevo; ya lo había visto. El mar lo trajo hace años y lo hundió en el mismo sitio donde ahora reapareció. Su valor es la historia que guarda en sus entrañas”.

Tona Ina le habla al Daisy Gray

¿Sabes, Daisy? Te he conocido con muchos y diversos nombres en tu larga vida. Si te llamabas Daisy Gray o no en el momento en que los pescadores te vieron llegar a Playa Grande en Manzanillo no se sabe todavía. Vos entendés, tanto como esos buceadores que estudian arqueología subacuática, que la identidad de un barco se determina por la cinta (nombre) pegada en algún lugar de su casco. Y mientras la cinta no se encuentre pegada a tu cuerpo o algún dato de motor o algo así, tu falta de identificación sigue haciéndote un barco fantasma. Daisy, amiga, ¿qué más fantasmagórico que la falta de prueba de tu nombre y lo espectral de tu arribo a las costas del Caribe Sur? Se afirma que todavía se te ve navegar en el entorno.

Desarmado y desintegrado tu cuerpo por los embates de la naturaleza durante todo este tiempo, aún se encuentran piezas tuyas a lo ancho de la playa que te vio llegar y otras piezas de tu cuerpo han sido vistas por personas buceadoras, navegando en flotabilidad negativa, casi a ras de la arena en el fondo del mar.

Otros miembros de tu cuerpo fragmentado se asoman ocasionalmente de tu entierro en la arena y se vuelven a esconder en ella de vez en cuando. Y los restos más pesados han sido vistos y documentados por jóvenes estudiantes de arqueología subacuática, durante los últimos años en la zona.

Son tus brazos de metal la grúa mecánica con que cargabas mercancías. Tu vientre, la caldera para quemar energía y generar la fuerza que moviera tus motores de vapor. El mismísimo motor, tu fuerza, se ha visto en la orilla del marullo en la playa. Así, el conjunto de manifestaciones arqueológicas de tu sombrío naufragio parece tener vida todavía; una vitalidad que se asoma cuando el mar se calma y se esconde cuando se pone bravo. Por eso los que te han conocido en esa dinámica afirman que hoy en día es necesario ofrecerte la tranquilidad de algún lugar para morir en paz, no sin antes ser reconocida por lo que fuiste, para no desaparecer de la historia.

Dicen que no descansarás en paz hasta encontrar ambos: tranquilidad y reconocimiento. Por eso aquel sábado 9 de febrero, cuando el buceador Guillermo te encontró en la orilla y soltó a los siete vientos en las redes sociales el hallazgo de tu presencia en Playa Grande, quienes te conocemos sentimos tu ineludible reclamo por ser incluida en la memoria colectiva después de tantos años. Era un grito de guerra para ser reconocida.

Pero tu salida pudo haber sido también un grito de auxilio, porque tu madera podrida significaba que ya te estabas muriendo. No importa si eres o no Daisy Gray, porque lo que se levantó fue una hipótesis, pero lo cierto es que esa aparición te dio vida porque estabas desparramada por muchos lugares de la playa y el mar, en pedazos que han ido apareciendo poco a poco.

Reaparece El Barco Fantasma

Tona Ina nos ha contado muchas aventuras, además de la suya. Ella es una tenue luz, asentada en el misterio de las historias que yacen en el fondo del mar del Caribe Sur. Nos ha contado acerca del barco que llegó a Manzanillo en busca de una playa que lo dejara descansar en paz en su vejez, que lo reconociera por su aporte a la historia de las últimas grandes embarcaciones de madera del siglo XX y que vivió grandes hazañas.

Yo quiero darles más información para que tengan una idea de todos los conocimientos y experiencias que Tona Ina puede tener y que en algunos casos no alcanzamos a imaginarnos ni a conocerlos.

Corría la mañana del sábado 10 de febrero del 2018 en Playa Grande de Manzanillo. El mar, alzado en grande como sucede en esa época del año, batía su fuerza contra la arena. Pero no todo en la orilla era arena ese día. Imponente y majestuosa, en el preciso lugar donde el mar hace orilla, una gran pieza de embarcación, visiblemente antigua, era abatida por una fuerza mayor que la suya cuando alguna vez surcó los mares por encima de tempestades. Ahora, vieja y casi vencida por la edad y las inclemencias del ambiente que le ha tocado resistir, permanecía inmóvil, como a la espera de auxilio.

William, un buceador scuba de un Dive Center, contactó tempranito al grupo Embajadores y Embajadoras del Mar (CCBEM) para avisar que había encontrado los restos de una embarcación; ya lo había publicado y había puesto fotos en las redes sociales. Era tarde para tomar medidas orientadoras antes de que llegara la gente. Al describir las características de la pieza y algunos datos del pedazo de embarcación que yacía en la orilla del mar, en Playa Grande, explicó que una residente española que vive en Playa Negra, Teresa, la había visto aparecer el martes anterior y quiso avisarnos, pero pensó que de seguro ya lo sabíamos.

Una embajadora le pidió a William algunos datos básicos:

EMBAJADORA: ¿Tiene o no adherencias de flora marina?

WILLIAM: No tiene ninguna.

EMBAJADORA: ¿Qué pasa cuando tocas la madera que se ha desprendido?

WILLIAM: Se hunde como si fuese una esponja.

EMBAJADORA: ¿Sus clavos son de cabeza redonda o cuadrada?

WILLIAM: Hay cuadrados y hay redondos.

EMBAJADORA: ¿Puedes identificar el tipo de madera?

WILLIAM: No, pero parece un pino.

EMBAJADORA: ¿Está sometida a presión de la ola y de la gente?

WILLIAM: De las olas sí, tremendamente. De la gente no, pues nadie ha llegado todavía.

EMBAJADORA: Gracias por las fotos. Es una belleza que atrae como imán a cualquiera.

WILLIAM: ¿Qué se debe hacer?

Las embajadoras y los embajadores le explicaron que inmediatamente había que avisar a las autoridades del Refugio Natural de Vida Silvestre Gandoca Manzanillo (REGAMA), pues el mar de esa zona es parte del refugio. Igualmente, debía avisar a otras instancias: al Museo Nacional de Costa Rica, al Ministerio de Cultura, a la Sede del Caribe de la Universidad de Costa Rica, a la Municipalidad y a la Fuerza Pública.

Le ofrecieron ayudarlo en esas gestiones, a lo cual William accedió. Inmediatamente contactaron al responsable del Sistema Nacional de Áreas Protegidas (SINAC), quien solicitó criterios para proceder, pues solo contaban con el protocolo de rescate de embarcaciones que encallan en el momento, pero este no era el caso.

Solicitaron de inmediato que avisaran a otras autoridades, especialmente a la Fuerza Pública, pues por las redes sociales veían imágenes de personas adultas y niños jugando y hasta posando para fotografías de pie sobre la pieza encontrada.

Empezó a llegar mucha gente. Unos, la gran mayoría, observaban respetuosamente, tomaron fotos, comentaron. Otros intentaron vandalizarla, vinieron desde Sixaola en un camión a llevarse piezas relevantes. No lo lograron, gracias a la intervención del CCBEM, que les solicitó abandonar el sitio si no querían tener problemas.

Una vez identificados, se supo que los grandes vándalos no eran de la comunidad. Vinieron desde Sixaola cerca de Panamá. No entendían por qué no se debe tocar. Desconocían que son los tesoros que guarda el mar, que no se trata del valor en dinero. Se sabe que llegará más gente; en las redes circulaban precedentes desfavorables que alertan. Sugieren al SINAC que permita a quienes lleguen ver la pieza para saciar su curiosidad, pero que la acordonen con la policía e informen a la gente que no está permitido tocarla.

La alerta se activó y generó enlaces de colaboración y apoyo para proteger y documentar del mejor modo el afloramiento de la pieza. Eduardo, de la Universidad de Costa Rica (UCR), informó que tras una llamada de la Asociación de Pescadores Artesanales del Caribe Sur (ASOPACS), contactó entidades del Gobierno: el Ministerio de Cultura, el museo, la Junta de Administración de la Vertiente Atlántica (JAPDEVA); mientras se encaminaba al sitio con buena cámara y la intención de hacer fotografías de la pieza.

A solicitud de Mariana, también de la Universidad de Costa Rica, se incluyó en esta tarea a Peter, uno de los jóvenes Embajadores del Mar. Con las fotos adecuadas, se puede hacer una simulación tridimensional que guarde la integridad de la pieza antes de que el mar la desmiembre o se la lleve. A las 2:00 p. m., tomaron las fotos.

El embate de las olas y la falta de luz ocasionaban dificultades. Tales fotos no se usaron para la simulación digital y fueron publicadas por la Universidad de Costa Rica en un PDF. En tanto, Peter consiguió tomar un video y lo remitió ese mismo sábado, documentando en el sitio nueva evidencia de la persistente aparición de pedazos sueltos de madera que parecían ser del mismo naufragio.

Afortunadamente, las Embajadoras y los Embajadores del Mar ya contábamos con un permiso para investigar la zona y habíamos realizado, como corresponde, el reporte a las autoridades locales, primera instancia ineludible para actuar comunitariamente. Esa misma tarde a las 5:00 p. m., Sal, otro joven embajador del mar que también se capacitaba en arqueología subacuática comunitaria, llegó acompañado de William y su hijo, quienes lo apoyaron en la tarea de tomar medidas preliminares de la embarcación, cuando todavía estaba en la arena cerca del mar.

Se trata de datos “preliminares” como él mismo explicó, pues al carecer de una cinta métrica arqueológica, buscaba un palo de aproximadamente un metro. Con ese midió las piezas y nos envió un reporte: *“Es una costilla de un barco de madera en Playa Grande de Manzanillo, Talamanca, provincia Limón, que parece ser un costado con seis vigas del fondo de la embarcación. Medidas aproximadas: doce metros de largo y cuatro metros de ancho en su parte más angosta. Presenta clavos de acero de cabeza redonda que miden aproximadamente treinta centímetros y otros cuadrados del mismo tamaño”*.

A su vez, otro joven buceador en arqueología comunitaria hacía fotos con un amigo fotógrafo y elaboraban un diseño o simulación tridimensional (3D). Mientras los embajadores documentaban y guardaban información, llegaron las autoridades. El Sistema Nacional de Áreas de Conservación (SINAC) y la Fuerza Pública acordonaron y amarraron la pieza. Eventualmente las autoridades decidieron enterrarla.

Los Embajadores del Mar se hicieron presentes en el proceso de entierro que, según informa el museo, tiene el objetivo de guardar la integridad de la pieza, evitando que las olas o la gente inescrupulosa la desmenucen.

Tal decisión se adoptó al tiempo que el Museo Nacional tomó un pedazo de madera de la parte exterior de la embarcación para hacer la prueba de Carbono 14, para confirmar el dato de antigüedad de la madera.

Previamente, averiguaron mediante un análisis del Instituto Tecnológico Costarricense que la madera es un tipo de pino. Dentro del cordón de seguridad estuvieron presentes una delegación del Museo Nacional, JAPDEVA, la Fuerza Pública, el Organismo de Investigación Judicial (OIJ), la Universidad de Costa Rica, el CCBEM y la ASOPACS. La prensa estuvo ausente por no cumplir con el procedimiento planteado por las autoridades y por la policía.

Antes del entierro, se habían dado por parte del museo opiniones oficiales que asignaban a los restos unos tres siglos de antigüedad y negaban categóricamente la posibilidad de que pertenecieran al Daisy Gray. Tal información acerca del origen de los restos había irrumpido en la prensa y se presentó como hipótesis de los embajadores sin serlo.

Tampoco se permitió entrar a unas personas que, al escuchar la noticia, viajaron de urgencia la noche anterior desde los Estados Unidos. Según nos informó el fiscal de Limón, tal prohibición obedeció al hecho de ser personas desconocidas en Costa Rica, que no contaban con autorización para investigar aquí.

Se enterró la pieza. Pero las Embajadoras y los Embajadores del Mar se comprometieron a continuar indagando todas las fuentes posibles, para conseguir datos sobre la procedencia de esos restos hasta descubrir la verdadera identidad del entierro.

Más de una hipótesis emergió y eso es muy común en la disciplina. Lo importante es mantener la mente abierta y, sobre todo, desarrollar criterios sólidos antes de sacar conclusiones definitivas.

Para las hipótesis del pecio²⁹ de trescientos años, vale la pena, con todas las pruebas, explicar la presencia de muchos clavos redondos en la estructura interna de la pieza, no solo estudiar los clavos cuadrados, que se sabe son más antiguos, porque son forjados mientras los redondos son de la era industrial. La combinación de ambos en la estructura interna de la pieza puede decir algo, mientras que la madera suelta y sacada de la estructura externa no necesariamente hablará de la época del barco, aunque sí de madera que pudo haber sido incorporada en cualquiera de sus viajes por el mundo, después de su construcción inicial.

Para el Daisy Gray, las y los Embajadores del Mar levantaron esa hipótesis por la cantidad de trabajo investigativo desde el 2016 en el fondo del mar en Playa Grande a 7 km del lugar de la aparición de la nueva pieza y los testimonios de los elders de Manzanillo. Con esta aparición y el estudio continuo de un grupo de las Embajadoras y los Embajadores del Mar, cada vez está más claro que en la zona puede haber más de un naufragio. Sería bueno colocar las dos investigaciones y sus hipótesis en el ámbito académico hasta dar con datos más contundentes.

Tona Ina vuelve a hablar con el Daisy Gray

¿Verdad, Daisy, que vos salís de nuevo porque te resistís a morir en el anonimato? Por eso, porque te conozco, traje a los jóvenes aprendices de arqueología subacuática comunitaria para que tomaran las medidas de tu cintura y del largo y ancho pedazo desmembrado de tu cuerpo.

Te midieron y analizaron tus clavos; los que mantuvieron tu forma y flotabilidad hasta que encallaste en la arena muchos años atrás. Te ensamblaron en simulaciones tridimensionales y dibujaron otras partes tuyas, encontradas sueltas por todo lo ancho de la playa y en el fondo del mar. Así, al documentarte paulatinamente, la juventud buceadora va restituyendo partes perdidas de tu identidad. Te valoran y eternizan tu belleza estructural.

Todas las piezas sueltas podrían ser partes tuyas, aunque en esa zona pudo haber también otros naufragios. Por eso se levantaron otras hipótesis, llamando la atención aquella que se refería a tu edad, más de trescientos años.

29 1. Pedazo o resto de una nave que ha naufragado o porción de lo que ella contiene. 2. Derecho que el señor de un puerto de mar exigía de las naves que naufragaban en sus costas.

Es posible, hasta ahora nadie sabe y nadie ha respondido a toda la información que brinda la investigación; por ejemplo, los clavos redondos que surgieron a partir de la aparición de las máquinas y que fueron hechos sin tener que forjarlos a punta de formón a finales del siglo XIX.

Haber visto tu vientre, que es la caldera, en el fondo del mar dos años antes, les permitió saber que tu fuerza era de vapor. Al observar y medir tus brazos, supieron que soportaste carga pesada. Al haber visto tu máquina de fuerza y saber que su propela también estaba allí, confirmaron tu constitución moderna, que databa de un poco menos de cien años. Y tus coyunturas, o sea los clavos y el tipo de ensamblaje, hablaban de un barco moderno para la época del siglo pasado en el que navegaste.

La juventud aprendió que en este mundo globalizado es posible y necesario mirar hacia otros horizontes, además de buscar antecedentes históricos en archivos, para devolverte el esplendor de tus pasadas hazañas. Las grandes gestas que pudiste haber realizado cuando joven —de las cuales nada se sabía en Costa Rica— solo podrían encontrarse en otras latitudes, porque en Costa Rica no se construían ni había *Daysies* como vos.

Habías nacido en Portland, Oregón, en el Pacífico de Estados Unidos en 1922. Fuiste el último gran bergantín de madera y motor de vapor en construirse en los Estados Unidos.

Muchas hipótesis

Después del entierro de la importante pieza aparecida en Playa Grande de Manzanillo, nos ocupamos de documentar diversas piezas que salieron desde entonces, a lo largo de los siete kilómetros entre Almendros y Corales y el lugar de su aparición el 9 de febrero del 2018.

Al mismo tiempo, las embajadoras y los embajadores se dedicaron a investigar documentalmente otras versiones arqueológicas acerca del Daisy Gray, buscando en las bases de datos de naufragios en el mundo, unas oficiales y otras consignadas por marineros amateur.

Encontraron una referencia interesante del marinero amateur Toni Allen, quien sostiene en su web que el Daisy Gray se hundió con otro nombre y en otro lugar: en Aruba en 1954. Hablaron con Allen, un capitán de velero que construye una base de datos sobre embarcaciones naufragadas (wrecksite.org.) Él explicó la fuente de su hipótesis: *“Yo estuve en mi bote en la pequeña isla de Aruba en las Antillas Menores del Caribe y vi con mis propios ojos el Río Tinto, había naufragado allí y su nombre original había sido Daisy Gray”*. Nos ofrece en su web el siguiente recuento de nombres del mismo barco:

DAISY GRAY SS 1923-1947. Dueño: S. S. Freeman & Co., San Francisco, USA.

DAISY GRAY SS 1947-1951. Dueño: Burns SS Co. Inc., San Francisco, USA.

DAISY GRAY SS 1951-1952. Dueño: A.K. Wilson SS Lines, San Francisco, USA.

DOROTEA SS 1952-1953. Dueño: Loughran Corp., Panamá.

DOROTEA SS 1953-1953. Dueño: Gold Coast Navy Corp., Panamá.

RÍO TINTO SS 1953-1954. Dueño: Río Tinto Ship Co., Panamá.

Así pues, Allen afirma en su página web que el Daisy Gray encalló en Aruba como Río Tinto. No obstante, al responder una nota que le escribimos, reconoció que el encallamiento en Aruba es una conjetura sin pruebas todavía.

Las embajadoras y los embajadores fueron a buscar archivos de Aruba, siguiendo fieles a sus procesos de agotar las informaciones de la historia oral hasta que sean desmentidas o corroboradas con datos y sabiendo que la información amateur —si bien es una pista a considerar— no implica necesariamente la verdad.

Las fuentes de prensa que consultaron dan una versión del naufragio del Río Tinto en Aruba, a pesar del empeño puesto por su capitán y dueño, así como por sus quince marineros, para tratar de salvar la embarcación durante la noche del 20 y la madrugada del 21 de marzo de 1954. Lo confirma la Compañía ESSO. Así mismo, en archivos de prensa se describe la sucesión de hechos: una serie de filtraciones en el casco de madera del Río Tinto permitió que el agua llegara hasta el cuarto de motores, obligó a los tripulantes a apagar la caldera y a quedar sin energía y sin radiocomunicación, flotando en medio de olas huracanadas que poco a poco fueron hundiendo el barco. Afortunadamente, todos los marineros, hasta el último hombre, fueron rescatados mediante un esfuerzo combinado del remolcador Punta Colorado y el barco ESSO Glochester.

Según la indagatoria, los tripulantes del ESSO Glochester alcanzaron a ver el Río Tinto hundiéndose e inmediatamente llamaron por radio al Departamento de Marina y se mantuvieron a un costado del barco, porque estaba oscuro y las olas eran huracanadas. A las 11:00 p. m., poco después de que el Departamento de Marina recibiera la llamada del Glochester, el remolcador Colorado Point, con nueve marineros a bordo y el Capitán J. B. Fernando al mando, avanzó hacia el lugar donde estaban los hombres en peligro, a veinticinco millas al noreste del Faro North Point.

La búsqueda de información bien documentada les facilitó muchos aprendizajes a las embajadoras y los embajadores. Aprendieron la técnica de *Dead reckoning navigation*, que es una forma de calcular la posición de un barco con base en la información acerca de la dirección y

distancia recorrida por este, a partir de un punto preciso. Utilizando esa técnica, el Colorado Point les ganó el curso a las olas para llegar al Río Tinto.

Los Embajadores constataron también que el ESSO Glochester mantuvo su radar encendido hasta que el remolcador Colorado Point tuvo la certeza de que el rumbo era exacto, momento en el que el tanquero (Glochester) le mandó una señal intermitente.

El relato cuenta que en la madrugada del 21 de marzo el Colorado Point hizo contacto con el Río Tinto. Aunque a esas alturas la embarcación ya tenía mucha agua, el Capitán Fernando, a cargo del remolcador, trató de arrastrarlo hacia un lugar seguro. Con una cuerda de nilón atada en la punta, lo intentó durante nueve horas, hasta convencerse de que era inútil pretender salvarlo. El capitán, Joseph R. Jouna, maestro y dueño total de la embarcación Río Tinto (así lo dice el comunicado), ordenó a su tripulación abandonar el barco, llevando consigo toda pertenencia personal posible. Luego se trasladaron de la embarcación a los botes salvavidas y fueron recogidos por el Colorado Point, según el periódico local *El Aruba ESSO News* del 27 de marzo de 1954, bajo el título "Colorado Point Effects Rescue of 16 Seamen".

Las embajadoras y los embajadores, no conformes con una versión de prensa que podría haber confundido el nombre del barco con el de la compañía propietaria, escribieron a Lloyd's Records, la más reconocida fuente oficial de información sobre embarcaciones. Su respuesta fue clara: no existe récord de ninguna embarcación llamada Río Tinto. Pero si quieren verificar, escriban a la empresa de ese nombre. ¡Bingo! ¡Permanecen abiertas todas las hipótesis!

La siguiente indagatoria encontró datos acerca del momento en que la compañía Freeman vendió el Daisy Gray, veinticinco años después de haber sido construido. Así, constataron su venta en 1947 en Coos Bay, Oregón, debido a las dificultades para mantener la competitividad, dado que ya en esos años resultaba más eficiente el transporte por tren y por barcos más veloces.

Al hacer entrega del navío a la compradora, Compañía Burns de San Francisco, el capitán puso de manifiesto ante los medios de comunicación que Daisy Gray estaba tan bien construida y había rendido tan buen servicio que, si se le daba el cuidado adecuado, podría seguir trabajando muchos años más.

Fue en ocasión de la primera venta, en 1947, en el Puerto de Coos Bay en Oregón, que el primer capitán del barco pidió la cinta que decía Daisy Gray para llevársela a su casa. Mucho tiempo después, el día de la muerte del capitán, su hija entregó la legendaria cinta al Museo de Coos Bay.

Las embajadoras y los embajadores habían llamado a los museos de cada puerto donde se detuvo Daisy Gray en sus mejores años en Estados Unidos, buscando información. La curadora del Museo de Coos Bay nos envió una foto de la cinta y fotos del barco cuando tenía su cinta original como "Daisy Gray".

Fue un gran hallazgo, pues confirmaba que su nombre había sido cambiado posteriormente, aunque siempre sus utensilios, su cuerpo y su alma, fuesen del Daisy Gray. Esa fue la segunda bús-

queda tipo “CSI” (Crime Scene Investigation) arqueológica de las Embajadoras y los Embajadores del Mar porque ya habían buceado sus restos en Manzanillo y habían buscado su nombre en los museos, dando con la cinta del barco cuando se llamó oficialmente “Daisy Gray”.

Además de escribir a los museos de los puertos, escribieron al hijo de un marinero de apellido Brambora, quien respondió afirmando que su padre le había contado su historia del Daisy Gray:

“Mi nombre es Larry y la página que he hecho donde aparece el Daisy Gray es un homenaje a mi difunto padre Johnnie Brambora (1923 - 2003), quien trabajó en el SS Daisy Gray en Portland, Oregón. Es una gran noticia para mí saber que el Daisy Gray encalló en el Caribe de Costa Rica. Yo nunca supe lo que pasó, pero mi padre me contaba de cuando trabajó en ese barco en Estados Unidos. Ahora él ya murió y yo no he actualizado la página sobre él en mucho tiempo. Mi padre era de Portland, Oregón, pero trabajó en Coos Bay Oregón también y me dijo que en ese barco llevaban madera de Oregón a California, pero cuándo y dónde fue eso no lo sé...”

Los embajadores pensaron hipotéticamente que debido a la lealtad y cariño por tantos años de trabajo en el barco, el marinero Brambora hizo la manta que decía Daisy Gray, aunque el barco ya tuviese por nombre SS Dorothea. Además, para los marineros y los pescadores, el cambio de nombre de una embarcación trae mala suerte y por eso le siguen llamando con su nombre original. Saben que los ignorantes de la tradición cambian nombres por razones comerciales, pero con ello le decretan la mala suerte a la embarcación. Por eso el Daisy Gray pudo haber pasado por el canal con una cinta que decía SS Dorothea y una manta que decía Daisy Gray.³⁰

Y seguro cuando a Brambora le daba frío en sus viajes a California, pudo haberse cobijado con el verdadero nombre. Además de constar en la manta, el nombre permanecía en los finos cubiertos y vajilla en el barco, según cuentan pobladores de la zona que sacaron tesoros del Daisy Gray en Manzanillo.

¿Dónde más buscar? Para atreverse a contestar eso, las embajadoras y los embajadores apelaron a la lógica geográfica. El paso del Daisy Gray al Caribe tenía que haber sido por el Canal de Panamá. Escribieron a las autoridades del canal para tratar de encontrar datos de aduanas pero pronto supieron que toda esa información permanecía en enormes libros manuscritos que habría que revisar uno a uno y dentro de fechas posibles. Los embajadores decidieron dejar esa tarea pendiente, pero averiguaron que ya puesto en Panamá, siempre en 1952, lo vendieron una vez más. En esa ocasión lo compró la Gold Coast Navy Corporation y, en menos de un año, lo vendió de nuevo a una compañía civil de transporte: la Río Tinto. Ese era el nombre de la compañía compradora, la última dueña del Daisy Gray cuando todavía tenía su nombre.

30 Entrevistado el 22/02/2018.

Tona Ina informa al Daisy Gray

Desde luego confundir el nombre del barco con el de su propietario podría hipotéticamente explicar la “conjetura” de su encallamiento en Aruba y las grandes gestas en las que participaste. El tiempo transcurrido a principios del siglo XX, cuando la humanidad vivió dos guerras mundiales, fue un período muy duro para la economía.

La conocida “Crisis del 29” tuvo su origen en tu país, cuando cayó la bolsa a los niveles más bajos de la historia, ocasionando un deterioro de la economía a nivel mundial, pero sobre todo para la de tus Estados Unidos, que vivió la Gran Depresión de 1929 a 1940. Los efectos de la guerra fueron devastadores, vos lo viste y lo viviste, Daisy. La miseria se propagó entre la gran mayoría de la gente en el mundo. El comercio internacional bajó a la mitad. El desempleo alcanzó a una tercera parte de la población y la industria de la construcción prácticamente se detuvo.

¡Pero no se detuvo el Daisy Gray! En tu lento navegar continuaste el transporte de mercancías por toda la Costa Pacífica de Estados Unidos, alimentando el comercio de madera para la construcción. Ese material que transportabas (la madera) es tan versátil que nunca ha sido posible sustituirlo del todo para llenar las necesidades de la humanidad. Es el material más noble que tiene la naturaleza del planeta. Y de eso estás hecha también, Daisy, por eso te resistes a morir desconocida.

En esa época, ya casi todos los grandes barcos que se construían en Estados Unidos eran de metal, material usado para esos fines durante la Primera Guerra Mundial que prácticamente acababa de terminar. Pero vos, Daisy, de sólida madera, jugaste entonces un papel relevante y me resulta indispensable propagar tu historia para que te conozcan mejor.

Quien hizo posible tu nacimiento fue un excéntrico magnate del comercio californiano y su esposa. Ellos apoyaron económicamente a S.S. Freeman Company de San Francisco, California, cuyo dueño era hermano de la señora. Así tú, un gran barco de madera de abeto, fuiste construida en el astillero Pensilvania Yard, por Mathews F. G. en Oregón. Tus medidas eran inmensas, como las piezas encontradas en Manzanillo. Un ancho de 13.2 metros, un largo de 65.9 metros y una profundidad de 4.7 metros, con un peso de 1187 toneladas.

Eras tan grande como una ballena. Tu máquina de vapor, de triple expansión, era de 91 caballos de fuerza y nueve nudos. Y ese motor tuyo, construido por la United Engineering Works en Alameda, California, tuvo el número de matrícula IMO/Off. no. 222719. Eras una embarcación bella y majestuosa; de fina madera, tres mástiles y una grúa capaz de levantar toneladas de lo que fuese, sobre todo madera que era tu cometido.

En fin, eras un imponente barco maderero. La más grande y la última de tu género en la historia de Estados Unidos. Claro que, para ejercer el mando y guiar semejante embarcación, te buscaron al capitán más experimentado que había: Alex Backman, migrante de Finlandia a Estados Unidos quien, desde que cruzó el océano Atlántico a sus dieciséis años de edad, juró que iba a ser marinero. Backman se convirtió en un hábil cuentacuentos y gran entretenedor de visitantes

cuando te capitaneaba, para dicha de sus patrocinadores, a quienes les encantaba llevar gente, mostrarles su rara creación y el personaje que lo manejaba.

Contigo al comando, aunque él decía que era su hazaña, el hábil capitán desafió tempestades, burló amenazas y logró maniobrar hasta en los puertos más difíciles en todo el Pacífico de los Estados Unidos.

El patrocinador no podía haber sido menos emblemático que el capitán y el barco mismo. Fue también un ilustre entretenedor y cuentacuentos. Nada más y nada menos que el Gran Gatsby, Mr. Ben Gatsby, marido de Daisy Gatsby, hermana de Mr. Freeman, dueño de la compañía. Dos versiones de la famosa película *El Gran Gatsby* han sido producidas en Hollywood acerca de las extravagancias del magnate, aunque su aporte a la construcción tuya no aparece en ninguna de ellas.

Si bien en tu tiempo fuiste celebrada con bombos y platillos por la prensa de Estados Unidos, esto fue motivado más por las hazañas y la relevancia de quienes te construyeron que por las tuyas propias. No en vano te rehusás a morir en el anonimato. Ya es hora de hacerte justicia, querida. Esclarecer el paradero para seguir viviendo. ¡Daisy, Daisy, Daisy... soy tu confidente!

Aclarada tu insigne trayectoria y tu aporte, falta tu lugar de descanso. Vos recordás bien dónde naciste y cómo viviste tus años de gloria, pero no tenés memoria de tus últimos años cuando ya estabas en edad avanzada, y luego de haber pasado tantas veces de puerto en puerto y de mano en mano, finalmente naufragaste.

No te aflijas, Daisy, eso ocurre con la edad; es como si la vida fuese un libro en el que podés leer los primeros capítulos, pero los últimos están borrosos. Te acordás de tus buenos tiempos; los que viviste en plenitud. Y si no recordás cómo y cuándo te enterraste en vida en la arena, no creo que te afecte gran cosa. Ahora saliste, recuperarás la vida. Apenas al primer momentito de tu asomo, ya han surgido tres hipótesis y sigue el debate sobre vos.

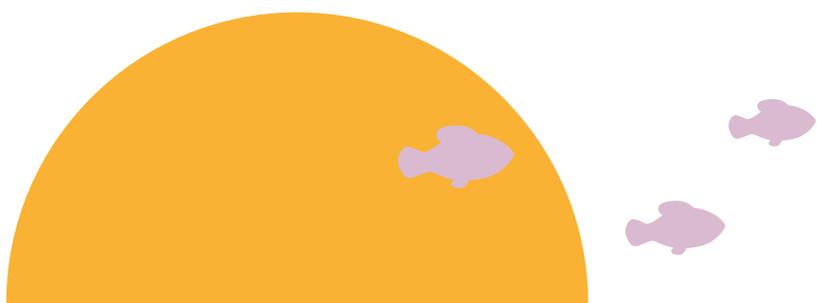
Unos te dicen que pudo haber sido en el Caribe Sur de Costa Rica donde llegaste a descansar; otros que en la isla de Aruba y otros, del museo, dicen que podés contar hasta trescientos o más años. Daisy, querida, ¿no es mejor andar de boca en boca que estar desaparecida? Es cierto que otra vez han enterrado tu cuerpo, pero para los *elders* de Manzanillo, para las Embajadoras y los Embajadores del Mar, para las comunidades del Caribe y para quienes quieran aportar, vas a seguir viviendo hasta que recuperemos tu memoria.³¹

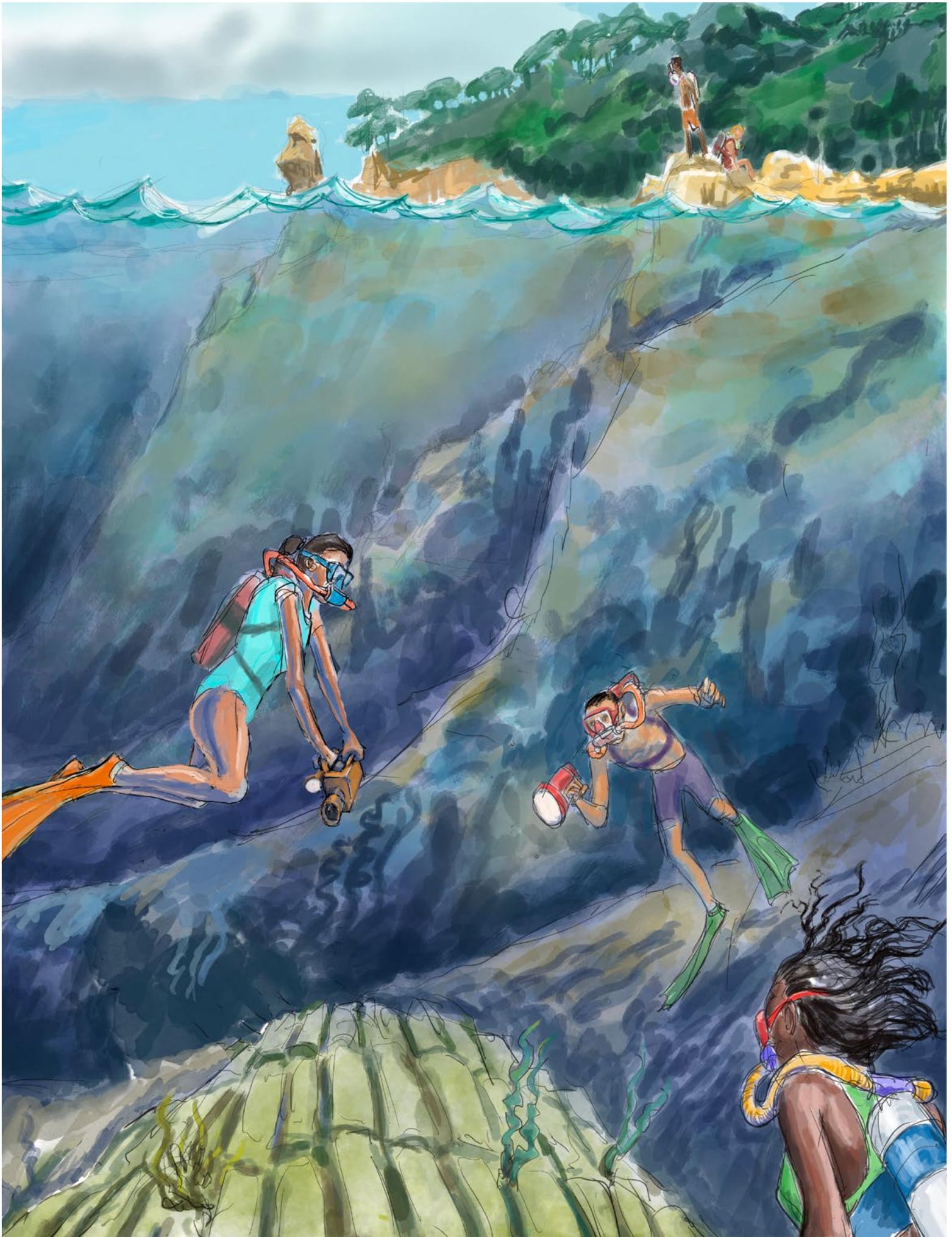
31 Esta crónica está fundamentada en la tradición oral de la población de Manzanillo, acerca de los restos de embarcaciones que han ido apareciendo en la orilla de Playa Grande y los estudios preliminares en arqueología comunitaria, con profesores de la Nautical Archaeology Society (NAS), de piezas en el fondo del mar en Almendros y Corales. Además, en estudios documentales y periodísticos de investigaciones complementarias del CCB Embajadores y Embajadoras del Mar, en entrevistas a los “*elders*” de Manzanillo. La documentación escrita en archivos, periódicos viejos, documentos de museos, obituarios y árboles genealógicos apuntan a la hipótesis del Daisy Gray en Manzanillo.

Un grupo de cinco Embajadores y Embajadoras del Mar compuesto por Gloriana Brenes, Alexandre Koblensky, Sangye Wang, Salvador Van Dyke y Royer Coloner tiene inscrito un proyecto de investigación sobre ello para su graduación Nautical Archaeology Society (NAS) 2 y la autora ha hecho parte de la investigación, el análisis y las entrevistas a los *elder*.

A 310 AÑOS

desde la llegada
de los barcos daneses





A 310 años desde la llegada de los barcos daneses

A estas alturas de mi vida, aunque vivo recientemente en Cahuita, no creo que tenga que presentarme. Pero por si acaso, soy Tona Ina, la luz marina, la Boe Deje del Caribe Sur que hoy vengo a narrarles asuntos de actualidad. No sé si recuerdan una canción muy famosa del inglés Elton John que habla sobre seguir el camino de ladrillos amarillos, se llama *Goodbye Yellow Brick Road*.

Hoy en día, cuando se conmemoran los 310 años de la llegada de 650 africanos y africanas a las costas del Caribe Sur de Costa Rica, les vengo a contar un cuento que cada vez me devuelve más luz de aquella que perdí el día en que alrededor de 101 de ellos fueron capturados y esclavizados por colonos en Matina, a pesar de que habían desembarcado libres.

Fue tan fuerte ese momento que me quedé sin luz y desde entonces viajaba opacada por estos mares, apenas con la chispa de la esperanza de que algún día, alguien, al ver los artefactos y miles de ladrillos amarillos en el fondo del mar, en el Parque Nacional Cahuita, se preguntara más allá de viejos documentos e historias orales y se pusieran a documentar arqueológicamente hasta dar con la verdad de la identidad de los barcos.

Ya había dicho una historiadora hace unos años que la zona era un lugar favorito para el contrabando, por lo cual las verdades de los naufragios iban a tener que ser buceadas. Ya lo había alertado una escritora de novelas históricas cuando dijo que mucho de la historia de la esclavitud en Costa Rica estaba por conocerse. Ella abrió el tema de la historia de los barcos daneses en el Caribe Sur, pero no significa que su propia documentación de fuente única no pueda ser replanteada con nuevas fuentes después de veintidós años, desde que publicó que esos barcos daneses habían naufragado en Gandoca o en Matina, aunque puede ser, porque nada está comprobado todavía.

Pero es en estos días, y en este aniversario de la llegada de los barcos esclavistas daneses al Caribe Sur, que el camino de ladrillos amarillos entre Dinamarca y Costa Rica nos está acercando a la hipótesis arqueológica principal, la cual sugiere que los dos naufragios que hay al norte de Punta Cahuita son los dos barcos daneses, el Fredericus IV y el Christianus V.

Mi luz se encandila hoy de pensar que las muestras de barro de tres ladrillos del parque, enviados recientemente a Dinamarca para análisis químico, pueda comprobar que son ladrillos Flensburg. El camino de 5000 millas de distancia entre Dinamarca y Cahuita se irá acortando con el resultado de esas muestras. Es por eso que hoy tarareo la canción metafórica del “camino de ladrillos amarillos” de Elton John, como recordándonos que estudiamos los objetos y la información del pasado, pero no para quedarnos anclados, sino para forjar el presente.

Adiós camino de ladrillos amarillos.
Cuándo vas a venir,
cuándo vas a aterrizar.
Yo me debería haber quedado en mi casa,
yo debería haber escuchado a mis viejos.
Tú sabes que no me puedes tener por siempre,
yo no firmé contigo,
yo no soy un regalo para que me abran tus amigos.
Este muchacho es demasiado joven para estar cantando los blues.
Pues adiós camino amarillo de ladrillos,
donde aúllan los perros de la sociedad...
Oh, finalmente he decidido mi futuro,
más allá del camino amarillo de ladrillos.

Está claro que tres muestras, entre miles de ladrillos, no son suficientes para una conclusión científica, pero sí que nos acercan al largo camino de búsqueda arqueológica de pistas. ¿No creen? ¡A mí me brilla el pelo! La costa de Iller Strand en el fiordo Flensburg, al suroeste de Copenhague, es el lugar en el que se han fabricado dichos ladrillos durante los últimos cuatro siglos. Los ladrillos eran usados para construir en las colonias, como lastre para equilibrar la carga de barcos y para hacer las cocinas de los sótanos de los barcos esclavistas, evitando que se quemaran los barcos mismos. Los Flensburg coinciden con la lista de carga oficial de la Compañía Danesa Occidental y Guinea, dueña de los dos barcos en mención.

Y como si fuese poco, hoy me he quedado mirando detenidamente una fotogrametría del Sitio de los Ladrillos en el Parque Nacional Cahuita y otra serie de pistas aparecen. Mi ojo crítico, aunque no necesariamente científico todavía porque hay que estudiarlo más, observa lo que parece ser el contorno del casco del barco. Su silueta en relieve debajo de los ladrillos sugiere que el barco se quemó hasta donde estaba el lastre a lo largo del fondo de la nave y que este se

hundió. De haber sido quebrado y no quemado, estaría disperso y los ladrillos también. Pero no es así, todo está muy ordenadamente caído en su sitio. Esta revelación también nos dice que el otro sitio arqueológico, ubicado aproximadamente a un kilómetro al oeste del Sitio de los Ladrillos, conocido como el Sitio de Anclas y Cañones por sus más de quince cañones y dos inmensas anclas antiguas, tendría que pertenecer a otro barco naufragado allí.

A pesar de que una de las hipótesis arqueológicas hasta ahora había sido que los restos en ambos sitios podrían ser de un solo navío, ello puede ser desechado actualmente porque no puede haber una base de un barco que después viajó a la deriva hasta el otro lugar. Es sentido común que sean dos embarcaciones, al menos como hipótesis más aterrizada.

Rumbo a su colonia de St. Tomas en las Antillas Mayores, cerca de Puerto Rico, una espesa neblina y una tormenta los sacó de ruta. Su carga mayor eran 650 africanos y africanas y miles de ladrillos daneses de Flensburg, que se usaron en los dos barcos como lastre para equilibrar el peso de las personas que habían sido traídas para venderse como esclavos.

Al saberse perdidos y sin alimentos ni agua, los marineros a bordo se amotinaron. Eso dio como resultado que las africanas y los africanos fueran liberados en la costa en medio del caos, cuando la tripulación reclamaba su pago y su deseo de permanecer en la zona para buscar comida antes de zarpar para Portobelo en Panamá. El rechazo de los capitanes a tal exigencia hizo que los barcos fueran destruidos, uno por fuego —no se sabe si accidentalmente o a propósito— y el otro fue hundido en el arrecife cuando los marineros soltaron las anclas a propósito. Antes habían puesto todo el resto de la tripulación a salvo, embarcando a los capitanes con veintiún africanos que habían comprado y los marineros mismos en dos barcasas inglesas que los llevaron a salvo a Panamá.

Dispersos los africanos, se sabe que veintiuno de ellos quedaron en Portobelo, probablemente esclavizados; otros fueron capturados por miskitos en la costa de Costa Rica, que sin duda se los llevaron como esclavizados al protectorado inglés en la costa atlántica de la entonces provincia de Nicaragua. Otros 101 fueron capturados en Matina y reesclavizados, y otros pueden haber desaparecido en las selvas de Talamanca donde pudieron haberse mezclado con los Bribri.

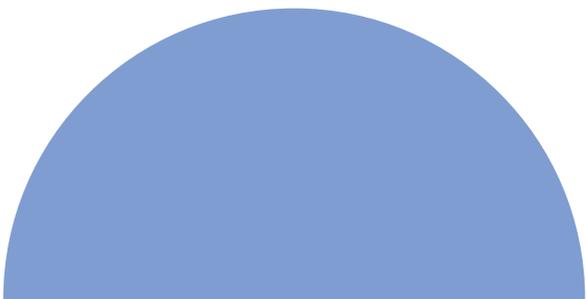
A partir de hoy, 310 años después de que llegaron, he recuperado la luz que perdí entonces, gracias a la investigación arqueológica comunitaria de ese grupo de jóvenes y de quienes les han apoyado. Juro que ya no espero que ellos me devuelvan luz; hoy me uno a ellos en su búsqueda. La luz que me han devuelto será, desde hoy, un nuevo faro de luz que los alumbre en el camino de los ladrillos amarillos.

Esa investigación y acción que ha iluminado a la población del Caribe para construir un nuevo capítulo de su historia es mi camino también. No son tiempos de quedarse suspendida en el pasado.³²

32 Esta crónica actualiza —aunque no en forma definitiva—, con informaciones más recientes en fotogrametría y en análisis químicos preliminares de laboratorio sobre tres ladrillos del Parque Nacional Cahuita, la hipótesis de que son los vestigios de los barcos daneses los que se encuentran allí.

12

Las damas de los
CORALES





Las damas de los corales

Hoy soy una luz marina encandilada por los hallazgos y las hazañas de los jóvenes Embajadores y Embajadoras del Mar en su arduo, aventurero y alentador trabajo en el desarrollo de una cultura arqueológica comunitaria en el Caribe Sur de Costa Rica.

Esos buceadores y buceadoras están a punto de comprobar que las piezas arqueológicas de dos naufragios, encontrados en los sitios arqueológicos marinos de Cahuita Point en el Parque Nacional Cahuita, pueden pertenecer a dos embarcaciones danesas que por error llegaron acá, con un cargamento de 650 africanas y africanos esclavizados.

Yo, la luz marina, los vi arribar en las embarcaciones esclavistas aquel 2 de marzo de 1710 cuando fueron liberados en la costa, a pesar de que habían sido traídos para ser esclavizados en América. Perdí mi luz cuando vi que muchos de ellos fueron capturados y reesclavizados por colonos en Costa Rica y por miskitos de Nicaragua que merodeaban estos mares.

Muchos de los africanos liberados tuvieron que haber tomado el camino de la selva talamanca que los recibió al desembarcar en la playa. Allí se deben haber encontrado con los bribris y los cabécares que en ese preciso año libraban la lucha liderada por Presbere para no ser colonizados.

Los africanos habían viajado en los fétidos sótanos de los dos barcos, Fredericus IV y el Christianus V, que habían zarpado de Ghana, en África, nueve meses antes. Su destino original era la colonia danesa St. Thomas en el Caribe. Pero, dando tumbos por el Caribe debido a tormentas y mala orientación náutica, llegaron por equivocación a la costa sur de Costa Rica.

Los marineros de las embarcaciones se sublevaron abriendo los baúles donde estaba su atrasado pago, liberando a las africanas y los africanos en la costa y poniéndose ellos a salvo junto con los capitanes y su mercancía en unas barcazas inglesas que pescaban cerca, a quienes les solicitaron que los llevaran a Portobelo, en Panamá. Un barco fue quemado, no supe nunca si por accidente o a propósito, y al otro le cortaron las amarras, dejándolo a la deriva para que naufragara.

Yo perdí mi luz, como les decía, cuando supe de la reesclavización de muchos de los africanos y las africanas en Matina. El hecho de que semejante acontecimiento de la historia pudiese quedar desconocido y que, como consecuencia, los destinos de los africanos sobrevivientes desaparecieran para siempre, me apagaba. Pero recuperé mi luz recientemente cuando las buceadoras y los buceadores embajadores del mar se dedicaron a investigar más allá de lo que había contado la historia oficial o los pescadores de tortuga sobre los artefactos del naufragio que quedaron en el fondo del mar. Ellos siempre creyeron que podían ser barcos piratas.

La juventud buceadora se apoyó en las historias orales de la comunidad y en particular las de sus abuelas y abuelos afrodescendientes. Se informaron a través de los documentos de archivos nacionales y se hicieron entrenar por arqueólogos de profesión que los prepararon para aportar ciencia ciudadana.

Consiguieron permisos del parque y de la cogobernanza y se pusieron a desentrañar el secreto, buceando, entrevistando y estudiando. ¡Que contenta me puse con mi luz recuperada! Así llevaba ya más de un año cuando otro acontecimiento me dejó sin habla esta vez.

Nadaba yo con los manatíes por los senderos arqueológicos del parque cuando vi que los corales, esos animalitos rocallosos y “alagosos”, llenos de vida, se estaban blanqueando. Un silencio sepulcral me invadió el día que los vi palideciendo. Ellos, los centinelas de las piezas arqueológicas durante tres siglos y de los secretos que ahora cobraban vida entre nosotros, parecían en serio peligro. Ellos, los que complementaban la vida marina que les rodeaba y cuidaban la historia perdida y reencontrada, estaban muriendo. Ellos, centinelas de historias y cuidadores de vida marina, ahora eran el blanco del desastre ecológico que vive el planeta.

Tantos siglos viviendo en el mar Caribe sin luz, que no pude ver lo que pasaba más allá de los naufragios que me habían afectado tanto. Me pregunté si sería el fin de la historia misma. ¿Si morían los corales, quién podría sobrevivir? Decidí que era tiempo de hacer historia. Fue entonces cuando, meditabunda, cabizbaja y en silencio, me fui a buscar a los Embajadores y Embajadoras del Mar.

¡Tenía que alertarles! Todo su esfuerzo estaba en peligro. Esa juventud no se podía conformar con haber encontrado los tesoros culturales. Sin sus amigos los corales, desaparecerían también. Ahora los corales estaban en peligro, poniendo en peligro todo lo demás. Fue en esa búsqueda que conocí a las Damas de los Corales. Yo misma les puse ese nombre. Y es que yo creía que las iba a poner en alerta, pero ellas terminaron dándome la información y el aliento para romper el silencio y sembrar esperanza. Y me dieron una gran lección: no solo hay que cono-

cerlos, hay que sentirlos y hablar con ellos. Las Damas de los Corales son cuatro embajadoras del mar que no solo han buceado los mares y los arrecifes de corales, sino que se han hundido en las profundidades de sus imaginarios para sentir con los corales.

“No podemos respirar... I can´t breathe”, le han dicho a Maitena, una joven buceadora afrodescendiente de 14 años de edad, que también ha escuchado eso, aplicado a la discriminación racial en el mundo de hoy y también dicho por los corales en su decoloración al morir. Esa buceadora me recordó que si bien yo recuperaré mi luz, los corales necesitan más luz y no la tienen, porque la sedimentación, la contaminación con fertilizantes y la basura que termina en el mar los opaca. *“Los corales que yo visito no pueden respirar, no pueden ver, ni pueden oír, pero pueden sentir”*.

—¿Qué sienten? —le pregunta Elisa, una maestra de danza que realiza sesiones de meditación con las Damas de los Corales para que cuenten su historia.

—Dolor y temor y me piden que les ayude a respirar —dice Maitena.

Sandrita, de la misma edad, me contaba que los corales le han dicho que están “más o menos”, porque no se sienten bien en el ambiente. La última vez que fue a monitorearlos, encontró tanto plástico que no se veía la luz.

Anaí, que acaba de cumplir la mayoría de edad, afirma que los corales fluyen en el mar; nunca se están quietos y le preguntan qué está pasando. *“Hay corporaciones que no saben el daño que están haciendo, pero hay gente dispuesta a apoyar a los corales”*, concluye Anaí.

Una de esas corporaciones en el Caribe son las bananeras. Según algunas biólogas marinas, son la principal fuente de contaminación que impacta los corales con sus pesticidas. *“Las avionetas riegan pesticidas cerca de la costa y así llega directo al mar y matan el plancton”*, explica una bióloga marina que está convencida de que, sin abordar esa particularidad del Caribe donde las plantaciones están cerca del mar, es imposible pensar en recuperarlos.

Ariana, adulta Dama de los Corales, sostiene que necesitan más atención y afecto. Ella organiza visitas cada vez que el mar lo permite. Son inmersiones de monitoreo para captar datos nuevos que se necesitan para saber el estado del mar, de la atmósfera y de las especies, pero ella sabe que son visitas de amor. *“Quitar basura de encima es un acto de amor, así como evitar el uso de plástico que termina en el mar”*, declaró enfáticamente.

Juntas, las cuatro Damas de los Corales les dicen con sus visitas que hay personas dispuestas a apoyarles aun sabiendo que no es fácil, porque toda la humanidad tiene que cambiar sus prácticas para que los corales puedan sobrevivir.

Entre las actividades que quieren hacer las Damas de los Corales, ahora que está de moda “cultivar” los animalitos, es organizar estudios del mar y de los arrecifes para saber a ciencia cierta, antes de emprender ese tipo de acciones masivamente, todo lo que hay que cambiar para que

vivan. Sostienen que sembrar y sembrar sin conocer bien o abordar el contexto es como llover sobre mojado. Lo que quieren es organizar estudios profundos sobre el estado de los mares del Caribe Sur y observar sistemáticamente el comportamiento de los arrecifes y corales en su contexto, además de crear “nurseries”³³ de fragmentos naturales que morirán en la arena si no se les ayuda a adherirse a un ambiente vital.

Saben que cada vez son más los fragmentos naturales que se les desprenden, sea por *swells*, accidentes de surfistas o debilitación por blanqueamiento debido al cambio climático. No quieren improvisar y aceptan pequeños experimentos, pero quieren usar los estándares internacionales, los cuales sostienen que hay que estudiar los mares y arrecifes integralmente, al menos dos años antes de definir qué conviene hacer.

Yo, Tona Ina, la luz marina, voy a acompañarlas porque hay que sembrar esperanza y ellas ya la han soñado bajo el mar y se preparan para hacerlo con seriedad. Los visitan, los monitorean con otros muchos buceadores empleados públicos y amateurs autorizados para intervenir; los limpian de algas y plásticos, junto a la comunidad sacan la basura de las playas y de los arrecifes, siembran palmeras y otra flora en la orilla para detener la erosión y sedimentación. Estudian las amenazas y se preparan para proponer formas de disminuirlas.³⁴



Para acceder a las canciones:
Los Barcos Hundidos y ***Vengo de una tierra***,
escanee este código QR.

33 Anglicismo. Nursery: vivero, guardería, semillero.

34 Esta crónica está fundamentada en la instalación artística de Elia Arce en 2021 titulada *Cuerpos de Agua*, producida y presentada en el Museo de Arte Contemporáneo con cuatro Embajadoras del Mar. Un ejercicio de meditación sobre la relación con los corales motivó esta crónica que consiste en el viaje de Tona Ina a conocer el lenguaje de la simbiosis de los corales con las buceadoras con propósito conservacionista del arrecife de Puerto Viejo.



Tona Ina

La misteriosa luz del mar en el Caribe
Crónicas

Cuando empecé a leer este libro, esperaba encontrarme con una literatura para niñas y niños, pero poco a poco fueron cautivándome las crónicas, las aventuras y viajes de Tona Ina. Un libro que es historia, un libro mar, arrecife, barco pirata, barco negrero, un libro-negritud y un libro afro indígena. Tona Ina te lleva con su tenue luz a buscar en el fondo del mar los vestigios de antiguos barcos y galeones y a conocer a una juventud buceadora que ha asumido la investigación arqueológica subacuática como una actitud ante sus propias vidas ávidas de conocerse y reconocerse en el mundo. Subamos a este barco lleno de aventuras y descubramos junto con Tona Ina los misterios que el mar del Caribe de Costa Rica esconde hace cientos de años.

- *Guadalupe Urbina*



UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA



CIDICER
Centro de Investigaciones
sobre Diversidad Cultural
y Estudios Regionales

SC Sede del
Caribe



ISBN: 978-9930-578-08-7



9 789930 578087